PQ7797
.C27
Z8

tm
8-20-74
JS

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.C27
Z8

PQ7797
.C27
Z8

BELISARIO J. MONTERO

MIGUEL CANÉ

IMPRESIONES Y RECUERDOS

(DE MI DIARIO)

BUENOS AIRES
G. RICORDI É C. — IMPRESORES
1928

A

MARCO M. AVELLANEDA

— ingenio de eximia cultura —
— cultivador de nobles amistades: —

dedica estos recuerdos e impresiones.

BELISARIO J. MONTERO.

TIGRE, VILLA "ELSA"

Abril de 1927.

I. - Una tristeza apacible cae con la lluvia lenta y monótona. Las plantas y las flores del jardín aparecen mustias. Los sauces, chorreando por las ramas sus lágrimas transparentes, parecen llorar hoy con más intensidad las pesadumbres de la naturaleza; esas irremediables, que ella comparte con nosotros, que nos penetran y llegan a lo íntimo sin ruido de palabras. Idéntico paisaje de vaga melancolía surge en mi interior; y en demanda de consuelo evoco el recuerdo de viejas amistades, de nobles y amables sentimientos, de hechos y cosas que no fueron comunes y que alguna vez nos encantaron.

Ponemos más amor al recordar el bien pasado, que al analizar el bien presente. ¿Existe

acaso lo presente? La medida precisa de la sensación inmediata nos escapa; sólo el tiempo, — *cuando se sabe vivirlo,* — nos proporciona comparaciones relativas que se acercan a la verdad. Y así llega hoy a visitarme la imagen cariñosa de este amigo; y me parece ver su cuerpo animado y como en vida, su rostro revestido de la forma conservada en mi retina, y escuchar el eco y el ritmo simpático de su palabra. Viene a acompañarme en esta soledad, en esta tarde triste, al caer de las hojas, al llorar de los árboles!

—

Y al hacer esta evocación, considero que en los tiempos futuros, cuando la intelectualidad argentina busque en los viejos recuerdos sus títulos de nobleza, le será imposible olvidar a aquellos de sus antepasados que amaron la belleza, y vivieron en el culto de las cosas sabias y hermosas, haciendo de este culto algo como un estado o condición de carácter permanente. Entre estos precursores, uno de los que más sobresalió por la agudeza y vigor de su ingenio y por la incomparable delicadeza de su verbo, fué Miguel Cané.

Hablo, pues, de Cané, considerándolo como

el más claro y sintético tipo de su generación, la cual los tuvo de calidades eminentes. Supo escuchar la vida, mirarla y comprenderla. Fué un observador sagaz y receptivo. En las letras era noble e hidalgo más por naturaleza que por merced. Tenía algunos años más que nosotros, y le guardábamos atenciones y miramientos en el fondo de nuestra simpatía. Nada prepara tanto para describir un talento como el amor y la consideración que se le ha dedicado. Por eso hago el elogio y dejo correr la pluma tranquilo y confiado, sin buscar excusas a las exageraciones del panegírico literario de que no puedo desprenderme. ¡Es tan agradable el estudio y la conversación íntima con esos hombres superiores!

II. - Los que no han conocido a Cané sino por la obra literaria que desarrolló, no lo han conocido sino a medias. Sus escritos contribuyeron en gran parte a dar relieve a su personalidad. Pero hay en ella otras facetas que valen tanto, y que no son generalmente apreciadas, como pasa con su acción política de estadista, con su contribución educadora de filósofo y de hombre de mundo, con su labor eficiente de diplomático; a lo cual se agrega esa crítica permanente de toda su vida, que era acción en la enseñanza; crítica fina, elegante, bien sentida e inclinada al entusiasmo por las calidades superiores. Porque donde encontraba un carácter, un cuadro, una ópera, una estatua, un paisaje, no buscaba ni consideraba

otra cosa que el aspecto preeminente de belleza. Jamás sintió su ánimo afectado por la fealdad moral o por las deformaciones de la naturaleza, en las cuales no detuvo su mirada.

Tenía el poder misterioso y atractivo de la simpatía que persuade, y que se desprende de la persona como por acto reflejo, conquistando voluntades sin esfuerzo. No necesitaba artes para afirmar tal ascendiente. Bastábale el singular comedimiento de su frase, la cortesía espontánea en el gesto, la firmeza en la acción; esa firmeza que a veces parece arrogancia pero que no es sino un reflejo de la energía completiva de la personalidad. Era indulgente y sabía disimular y perdonar los defectos ajenos. Recordábame a esos filósofos de la antigua Roma, de que nos habla Plinio el joven, que con su conducta en la vida tenían cátedra permanente de amabilidad; lo cual no es trivial sino útil e indispensable en toda sociedad de cultura superior. Ella supone buena voluntad en las cosas comunes, y ese género de complacencia que consiste en preferir los otros a nosotros mismos, en todos los momentos, en todos los actos, y que viene a ser como una atención constante a las necesidades de

aquellos que nos rodean. Por otra parte consideraba que la divina medida de las cosas, puesto que todo es ponderable y de relación, es la belleza. Acercarse a ella es elevarse. La verdad misma depende de ese equilibrio armónico que tiene sus raíces en el corazón. En la introversión y contemplación interiores, la belleza se impone como concepto de moral pura, como ideal de arte, como evocación creadora de hechos nobles en bondad, en amor, en exaltación de sentimientos.

Creo que Cané fué una época y una escuela, más que una modalidad y una entidad literaria. «Su tarea predilecta era la profesión expansiva de la cultura, en su aplicación a la vida, a los medios de procurar la mayor alegría, el mejor bienestar, el más intenso goce estético, las más fuertes afinidades morales».

La importancia y representación intelectual de Miguel Cané, así como su eficiencia en el medio político y social en que figuró, están muy arriba de su producción literaria, por más fina y atrayente que ésta sea en su manera sutil y encantadora. Representaba un valor superior a la manifestación fragmentaria que aparece en los varios tomos publicados; puesto

que, además de eso fué político, administrador, estadista, catedrático, orador, y especialmente hombre de mundo. Veo esta apreciación confirmada por Martín García Merou, Ministro Plenipotenciario que fué su secretario durante algunos años, y le conocía íntimamente. «Leyendo los libros de Cané, dice, más de una vez me ha llamado la atención que ellos no reflejan en realidad la verdadera forma de su espíritu», y por eso los críticos que lo juzgan y consideran únicamente como hombre de letras, amenguan su personalidad.

La influencia de la cultura desarrollada en cada generación que pasa, con todas las ideas y conocimientos que forman el medio, influencia que no se transmite precisamente por la germinación material, sino por la tradición moral o escrita, es también una verdadera herencia que nos llega y nos penetra con el ambiente de los estudios, conocimientos, costumbres, educación, prejuicios familiares; y es en este sentido que las generaciones sucesivas recogen el capital moral de los antecesores. Fué así cómo Miguel Cané supo penetrarse de la atmósfera que su padre había respirado, y continuar la obra en el plano más elevado que

se formó después, con el progreso de las ideas, de la educación y de los acontecimientos: plano que hoy nos resulta inferior al actual, si lo consideramos desde la arrogancia y prepotencia de la cultura contemporánea, que a su vez será juzgada de idéntica manera por la siguiente.

Lo que recuerdo y digo en este estudio es lo que he observado desde mi punto de vista; visión personal que puede ser diversa de la de otros amigos y compañeros que le frecuentaron. No es un retratò moral exacto, sino el simple análisis de impresiones íntimas recibidas.

III. - Cuando se trata de una persona cuyo valor o renombre tiene tan poca necesidad de antepasados, las referencias de familia pueden aparecer como redundantes. Pero cuando ellas existen, no corresponde tampoco olvidar a los antecesores que a su vez tuvieron notoria personalidad. Es sabido que la genealogía de cualquier individuo remóntase indefinidamente en los tiempos; pero fuera de ello hay el deseo muy explicable de saber de quiénes se procede en el pasado mediato, para establecer la identidad individual dentro del grupo familiar que continúa el nombre o apellido. En otros países ese es un sentimiento muy natural, de donde nace el uso del libro de recuerdos y tradiciones, especie de archivo

de familia documentado que establece su origen. El hombre que forma cepa y crea linaje, sacando su apellido de la nada e ilustrándolo por su talento, por sus actos, por su participación en los acontecimientos locales o históricos, está seguro de que varias generaciones sucesivas le guardarán un culto agradecido al aprovechar de la notoriedad que le deben. Hay en esto un noble estímulo para aquellas almas bien dotadas que prefieren un renombre permanente a los instables bienes de fortuna. Los advenedizos, los ricos que se improvisan, pueden dejar seguramente la herencia del bien material, pero no la de nobleza inherente al bien espiritual. Anhelan para sus hijos aquello de que carecieran en los tiempos primitivos de su existencia difícil; pero al ambicionar el *pignon sur rue,* en la esperanza de fundar casa solariega, construyen mansiones suntuosas que generalmente resultan frustráneas, por falta de calidades morales que los descendientes no pudieron heredar junto con el dinero. (1)

(1) "El honor de la familia, como ideal no significa la disputa de blasones nobiliarios, ni de linajes, ni la preocupación de casta o de abolengo; es la reputación colectiva formada por agre-

Miguel Cané no fué un heredero de fortuna, sino de inteligencia y de nombre, ilustrado en la política y en las letras. Su padre se llamaba también Miguel Cané, y sobresalió por su ingenio en aquel círculo de familias decentes, que eran así llamadas por su dignidad y compostura, — familias por cierto muy meritorias que no fueron precisamente «sanas, iletradas, orgullosas, aburridas, ricas y gordas», como las calificó el cáustico y talentoso autor de la *Gran aldea*. Pero hay que convenir en que esa especie de nobleza porteña, que había sufrido el yugo de Rosas, rompió sus vínculos en el orden político sin romper su tradición en el orden social, y sin cambiar la fisonomía moral

gación, por sedimentación, por el aporte de virtud, de nobleza de sentimientos de todos y cada uno de los miembros de la familia. El honor de la famila, a menudo no nace de una generación presente, sino que proviene del esfuerzo de los que fueron, y se esforzaron para transmitirlo sin mácula alguna a sus descendientes; *de allí que los antepasados, dentro de ese marco de virtudes, viven y actúan en el espíritu de su posteridad.* El buen ejemplo de los abuelos y las virtudes de los padres, son la nobleza de los hijos, cuando éstos se mantienen dignos de sus antepasados. La gloria de éstos, no se transmite, como vanidosamente suele creerse a veces: son sus triunfos morales los que señalan un imperativo a quienes llevan su nombre o su sangre". Honorio J. Senet. "De lo nuestro", pág. 53.

de aquellos de sus hijos que siguieron como estancieros o tenderos. Precisamente por eso tiene mayor mérito el grupo intelectual de la época, que supo emanciparse de esa costumbre porteña, dedicándose al cultivo de las letras y del pensamiento, a la política, a las ciencias y a otras disciplinas de carácter desinteresado. Miguel Cané (padre) había sufrido la influencia de la revolución literaria y filosófica de Francia, hacia 1830, que permitió la entrada en la Argentina de muchos libros y autores hasta entonces ignorados. «Cousin, Jules Janin, Villemain, Quinet, Michelet, Nisard, Merimée, andaban en nuestras manos, dice el doctor Vicente Fidel López, produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores, románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos».

Ese grupo fué democrático y romántico desde sus orígenes. En política, como toda juventud, adoraba los extremos, y cayó necesariamente en la deformación jacobina. En literatura infiltróse del germen romántico transmitido también desde Francia, con toda su ideología social y estética. «Miguel Cané (padre), merece ser recordado en nuestros anales litera-

rios, y aun en los políticos, pues su arte ostenta un blasón noble, puro, y su acción cívica un viril empuje, dice Rohde. El temperamento de Cané contrastaba con su ambiente contemporáneo, y lo señalaba con un sello original y único, que, por cierto, ha perdido mucho de su quilate gastado con el correr del tiempo. Por lo tanto comprendemos, a favor de la visión histórica, el gesto admirativo que suscitó entre los publicistas de la época, los cuales coronan algunas de sus producciones con las más vistosas flores de entusiasmo». (1).

En su carácter y en los accidentes de su persona, este primer Cané era un verdadero porteño; y al decir porteño de aquellos tiempos, me refiero, tanto en las apariencias físicas como en el carácter, a la mezcla del tipo francés y andaluz de que nos habla Pablo Mantegazza, al describirlo en su estatura mediana, de ojos despiertos y negrísimos, de rostro pálido, de barba y cabello obscuro, delgado de cuerpo, vivo y ágil en sus movimientos, voluble, intrépido en la lucha. «Cuánto brilla le seduce; se entu-

(1) Jorge Max Rohde. "Las ideas estéticas en la literatura argentina". Tomo III, págs. 144 y siguientes.

siasma con facilidad y con igual facilidad se desalienta y olvida. De pasiones súbitas y violentas, ni de nombre conoce la avaricia».

Sus artículos de diario, sus ensayos, sus novelas y notas de viajero observador, forman el comentario de las tendencias, pasiones e ideales de su generación. En su espíritu había energía y al mismo tiempo delicadeza. Daba a las cosas austeras la gentileza que las hace amables, y cuando llegaba al epigrama, lo hacía con gracia y sin agravio. Tenía el sentimiento de la belleza en el gesto moral y en la acción, y estimaba que la urbanidad consiste, no sólo en los modales, en el acento, en la cortesía exterior de la persona, sino también en las calidades del pensamiento y en las formas del lenguaje. (1).

(1) Miguel Cané (padre), nació en Buenos Aires el 26 de Abril de 1812, y falleció el 12 de Julio de 1863. El segundo Miguel Cané nació en Montevideo el 27 de Enero de 1851, durante la emigración y fué reconocido como ciudadano argentino por ley del Congreso. Se educó en el Colegio Nacional de Buenos Aires, y a los 17 años entró a formar parte de la redacción de "La Tribuna", pasando después a la de "El Nacional". Esos diarios eran los más importantes en esa época. Conservó siempre sus aficiones periodísticas, colaborando después en "El País", "La Prensa" y en sus últimos años en "La Nación", comentando con su firma los acontecimientos artísticos y literarios de actualidad. Estos artículos de

suma crítica, recordaban las *Causeries du Lundi* de Sainte Beuve. En 1872 terminó sus estudios de derecho; en 1874 fué elegido diputado a la Legislatura de Buenos Aires, y en 1875 diputado al Congreso de la Nación. Pasó a la administración nacional en 1880, como Director General de Correos y Telégrafos, durante la presidencia del doctor Avellaneda que mucho le distinguía y consideraba. En política Miguel Cané militó siempre en el partido autonomista. Ingresó a la diplomacia en 1881, y fué el primer Ministro Plenipotenciario en Alemania y Austria, y en 1886 pasó en el mismo carácter a España. Cuatro años después regresó a la Argentina, para desempeñar el cargo de Intendente Municipal de la Capital. Fué Ministro de Relaciones Exteriores en 1893, y del Interior en ese mismo año. En 1894 fué nombrado Director del Banco de la Nación. En 1896 volvió a la carrera diplomática como Ministro Plenipotenciario en Francia, ejerciendo también la Plenipotencia en Suecia, donde inició las relaciones diplomáticas con nuestro país. Siguió en París hasta 1898 en que fué elegido Senador Nacional; regresando definitivamente a Buenos Aires. Con su prédica constante y entusiasta contribuyó a la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, de la cual fué Decano. Falleció en Buenos Aires el 5 de Septiembre de 1905.

Publicó: "Ensayos" (1877), "Juvenilia" (1882), "A la distancia" (1882), "Charlas literarias" (1885), "Expulsión de extranjeros". (1889) traducción de "Enrique IV" (1890), "Notas e impresiones" 1901, y "Prosa ligera". Después de su desaparición, la Cultura *argentina* publicó un volumen de "Discursos y conferencias" (1919).

IV. - Cuando Miguel Cané terminó sus estudios universitarios, tuvo ocasión de realizar el soñado viaje a Europa con que entonces se coronaba, en las familias acomodadas, la vida diligente y afanosa del estudiante que había sabido terminar su carrera. Llegó a París, capital seductora y atrayente para quien busca el movimiento de las fiestas y de los placeres, pero al mismo tiempo ordenada, sabia y discreta para quien ama el estudio y la meditación. «Pasaba allí, dice Cané, la vida correspondiente a ese centro y a esa edad: sin cuidados, sin temores, libre el espíritu y el corazón». Así, pues, la contempló y la gozó en los dos términos, en el boulevard y en el barrio latino. Fué como una alegre escapada del jilguero argentino ba-

tiendo sus alas en los jardines de las Tullerías y del Luxemburgo. Vivió contento durante algún tiempo y la abandonó con pesar, junto con los últimos francos de su precaria bolsa. Hubiera querido apurar las satisfacciones que ella nos brinda, y salir como el *convidado satisfecho,* pero esa aspiración epicureista no pudo ser realizada sino mucho tiempo después, cuando ya los años habían abatido los bríos adorables de la juventud, y le habían convencido de que sólo la madurez sabe de saciedades.

V. - Al comparar el argentino contemporáneo con los de hace cincuenta años, época en que con tanta premura nos iniciábamos en la vida, no puedo menos que recordar aquella observación de Balzac, estableciendo que cada profesión o condición social, es un clima que produce sus variedades y sus especies; de acuerdo, naturalmente con su medio más que con sus capacidades, las cuales no pueden rendir el mismo fruto en distinto ambiente. Aquellos gentiles romanticismos aparecen hoy como simples ingenuidades. El hombre se ha hecho más práctico, más utilitario; «es un animal de otra especie, con otras necesidades, apetitos y repugnancias, con otras sensaciones, imágenes e ideas, con su concepción particular de la felicidad

y del honor, con sus emociones propias y su actitud propia ante el placer, el peligro y la muerte».

Tarea difícil es la de relacionar esas cosas con las que hoy determinan y desenvuelven nuestras acciones. Aquellos hechos aislados no revisten ya la misma importancia, ni el mismo grado de belleza o de verdad. Hubo en esa generación más personalidades descollantes, ya porque el término medio fuera más bajo, o porque existe actualmente un nivel superior, como lo establece Horacio Ramos Mejía en su hermoso estudio sobre Miguel Cané. «De todas maneras, prosigue, pudo en aquel tiempo existir, y existió una *élite* en cierto modo reducida, directora absoluta en todos los órdenes de la actividad: política, artística y social, inconcebible en estos tiempos de actividades antagónicas y en que la mayor población (1), o mejor, la necesidad de dividir el trabajo social, ha originado esferas de acción diversas, sin más punto de contacto que el del choque. La mayoría de nuestros escritores pre-actuales ha tratado

(1) En el año 1870, Buenos Aires tenía 186.000 habitantes. Hoy cuenta dos millones.

de hacer obras definitivas orgánicas, *pero las circunstancias han hecho que ellas resulten trasuntos de teorías y de pensamientos ajenos, no siempre bien asimilados y concretados en un amontonamiento de páginas ilegibles y tremendamente aburridas*».

En los intermedios y vacaciones de la vida universitaria, el suceso artístico, modesto y limitado, adquiría para nosotros suma importancia. La primicia de una ópera en el teatro Colón; de un cuadro, aunque fuera de Blanes, de un Canto al Arte o a Prometeo encadenado, de un nuevo libro, o de un artículo literario de Revista, constituía un acontecimiento que encendía nuestro ánimo, provocando entusiasmos. Alternábamos más adelante la discusión de la ley electoral y la aplicación del cociente, con el comentario del último canto de Andrade, de Encina o de Ricardo Gutiérrez; el nombramiento de un nuevo Ministro con el dictamen del jurado de los Juegos Florales; el reciente discurso de Avellaneda y las estrofas de Rafael Obligado, con los resultados del censo. Esas efervescencias de la belleza tenían mucho valor al lado y en contacto con la prosa de la vida cotidiana. Pasaron con la generación

que las experimentó y cultivó con dilección, y hoy, a la distancia, aparecen, como lo digo antes con un tinte de ingenua presunción. En su reemplazo vino, en esas mismas esferas sociales, el ciudadano contemporáneo, serio, calculador, utilitario, acaso religioso, que ama a Dios sobre todas las cosas, pero el Dinero sobre el mismo Dios.

Un grupo de jóvenes compañeros nos reuníamos a la noche, por turno, en el cuarto de estudiante de cada uno, en la casa particular, o bien en la *colonia* provinciana, cuando ellos eran del Interior, y pasábamos la velada recorriendo las materias de estudio, razonando sobre los temas, o comentando las lecturas hechas durante el día en la biblioteca de la Universidad, en la calle Perú, ya que entonces los libros eran raros, caros y accesibles tan sólo a pocos privilegiados. A propósito recuerdo con qué alegría y curiosidad festejamos la llegada del gran diccionario de Larousse, en quince tomos, a la rústica, recibido como regalo paterno por Adolfo Mitre.

En esos círculos discutíamos con placer y sinceridad. Quien había aprendido durante la tarde o en la velada anterior algo de importan-

cia, se apresuraba a comunicarlo a los otros, y los otros, a su vez, transmitían su capital de conocimientos, con toda complacencia, realizando así una verdadera mutualidad intelectual. Se resumía la discusión por escrito, y se leía la respuesta en la siguiente sesión. Recuerdo los apuntes tan interesantes de Alberto Navarro Viola, de Adolfo Mitre, Julio Botet, Adolfo Carranza y Mariano Paunero, de los cuales aun conservo algunos en mi poder.

VI. - ¿Cuál era nuestra situación en esos momentos, y el medio en que Cané aparecía y se desenvolvía? «La República Argentina no tiene en la actualidad literatura nacional, dice en sus *Ensayos* (pág. 16). ¿Es acaso porque faltan hombres de espíritu superior, capaces de dar vida a obras imperecederas? Basta nombrar a Ricardo Gutiérrez, el primero entre los primeros, a Pedro Goyena, a José Manuel Estrada, a Dardo Rocha, a José María Gutiérrez, a Carlos Encina que cantó a Colón, a Olegario Andrade, esa vida obscura que se revela de tiempo en tiempo por un magnífico resplandor, a Juan Cruz Varela, que hace quince años era una esperanza y hoy es un recuerdo, a tantos otros a quienes la inteligencia estorba para incrus-

tarse brutalmente en la vida vegetativa de nuestra sociedad. ¿Y entre los viejos? ¿Creéis que es el cansancio lo que ha paralizado la pluma de Vicente Fidel López, de Juan Carlos Gómez, de Juan María Gutiérrez y tantos otros? Es que no hay estímulo para las letras, y como la inteligencia se desenvuelve bajo la ley fatal de la actividad, Gutiérrez se convierte en un médico admirable, Encina en ingeniero, Goyena y Gómez en abogados distinguidos, López en un filólogo profundo, y Estanislao del Campo en Oficial Mayor de Ministerio». (1).

«Lo bueno, lo generoso se va, — dice en otra parte, — las ideas elevadas no encuentran ya eco en nuestra sociedad. Sin embargo hay el deber sagrado de propender al retorno de los días serenos del reinado de lo bello. Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas» (2).

(1) Cané, "Ensayos", pág. 16.
(2) Cané, "Ensayos", pág. 19.

VII. - En sus apreciaciones artísticas le he conocido siempre independiente y personal. No aceptaba las opiniones hechas, las *recetas cómodas*, y como carecía de vanidad *il osait être soi-même*. De ahí la manera original que dió firmeza a su juicio sobre el de ciertos críticos oficiales. Sabía que, además del gusto, es necesario el carácter para apreciar la obra de arte. «La independencia de las ideas, dicen los Goncourt, es necesaria para la independencia de la admiración». Por lo demás, prefería lo agradable, lo que causa placer estético sin complicaciones, sosteniendo que no corresponde a la obra de arte aquel género de belleza que no es comprendido sino por los artistas (1), quienes

(1) "Malheur aux productions de l'art dont toute la beauté n'est que pour les artistes" dice d'Alembert en el elogio de Montesquieu.

deben manifestar la emoción con toda sinceridad, entendiendo como tal la intensidad personal con que se concibe, y la verdad de forma, clara y transparente, con que se expresa.

Ernesto Rossi, el célebre trágico italiano llegado a Buenos Aires, interpretaba los grandes autores en la escena del Politeama, ante una platea desierta. Un estudio crítico, fuerte, vibrante y lleno de erudición, aparecido en "El Nacional", llamó al público al sentido real, recordándole el genio de Shakespeare y revelándole el de su intérprete. (1) La sala se llenó en las veladas sucesivas, y la concurrencia advertida y encaminada, aplaudió y comprendió el encantamiento brioso y heróico de la tragedia antigua. El sentimiento artístico existía latente en la multitud, pero se necesitaba una palabra fervorosa para hacerlo vibrar. Hoy la situación ha cambiado, y siendo superior la educación general, no necesitamos sino de tiempo en tiempo las excitaciones de ese género; pero no corresponde olvidar que ellas fueron benéficas dentro de aquel ambiente apático e indiferente a esas emociones.

(1) Miguel Cané. "Charlas literarias", el *Hamlet* de Rossi, págs. 145 y siguientes.

Lo que hizo con Rossi lo repitió con Gayarre, el divino tenor, con Eduardo Ladislao Holmberg, el naturalista, con Carlos Encina, el poeta filósofo, y con muchos otros.

Nuestro inolvidable Angel de Estrada, refiriéndose a las críticas de Cané, decía que era uno de esos autores que más se hacen querer que admirar, y por eso tienen influencia, pues en cada lector cuentan con un ignorado amigo. Y Estrada en su manera poética de encarar las realidades, agregaba: «en las páginas de Cané el color brota de las letras obscuras, como si las palabras tuvieran fosforescencias; y el ritmo palpita, se mueve, y derrama por los períodos la sangre de la vida».

VIII. - No entraba en la índole de su moral privada la ostentación de esas cualidades domésticas que, según Macaulay, aparecen en las lápidas de los cementerios como una ironía de la triste realidad: «excelente amigo, apreciable ciudadano, buen padre, buen esposo», y otras parecidas. Pero, a no dudarlo, practicaba esas austeridades interiores con todo recato, sin pregonarlas ni hacer repicar sus campanas.

Tenía aversión por ciertas prácticas sociales fundadas en el engaño; desconfiaba de la sonrisa complaciente que en realidad es astuta, de la mirada simuladora, de la constante lauda de los labios lisonjeros. Cierto es que en la práctica esos detalles son necesarios para la buena convivencia, como lo observa Gracian; se ha convenido en admitirlos, y exíjese la re-

ciprocidad. La costumbre que los impone es de fuero interno y se funda en la utilidad general. Levantarse contra ella es caer en error. ¿Para qué chocar, por ejemplo, contra la preocupación que acuerda preeminencia a la gente adinerada sobre los que no tienen otro capital que sus virtudes o méritos morales? Decía Thackeray que en Londres quien había sido rico y quedaba pobre, era doblemente despreciable. Creo que en Buenos Aires no bajamos un centímetro de ese nivel, ni de esas nociones de moral usadas por los pueblos más civilizados. Hoy poco importa el ideal intelectual, doctrinario, poético, romántico, ¡cosas de niño! con tal de que la máquina humana funcione con la debida precisión para producir dinero y comprar *placeres*, ya que con dinero no se podrá jamás comprar *felicidad*. Siguiendo en este camino cesaremos de ser hombres de conciencia libre, y nos transformaremos en un pueblo de negociantes y de mercaderes, lo que no deja también de ser un ideal para muchas gentes. ¿Para qué ir contra la corriente y predicar a personas saturadas de vanidad y en plena borrachera de ambiciones? El apóstol resulta doliente, aflictivo y hasta ridículo.

Así, pues, sin caer en la ingenuidad del sermón, combatió el espíritu mercantil que aplicábase ya a cosas que no deben ser objeto de comercio; pero respetó las formas sociales en todas las ocasiones, considerando que se debe ser ecuánime, si bien a muchos les basta el parecerlo. Sabía por otra parte que conviene usar la prudencia, esa prudencia que calla las verdades desagradables. Nosotros no somos lo que creemos ser. Cada uno desliza su vida de la mejor manera, pero pocos la conocen; ante la propia conciencia somos siempre modelo sin reproche, y no cambiaríamos nuestra cabeza por la del mejor de nuestros amigos. Cada hombre, por discreto que sea, cree tener un talento especial que le hace superior a los otros; energía, inteligencia, riqueza, belleza, honradez, coraje, humildad o abnegación, son calidades y virtudes de las cuales siempre descubre alguna característica que se adjudica, y que nosotros generalmente ignoramos en su haber.

Insisto en afirmar que somos ante todo utilitarios. No tenemos convicciones éticas arraigadas, sino reglas para ganar fácilmente el dinero, y a eso aspiran la mayor parte de los pa-

dres cuando envían a sus hijos a estudiar en las escuelas y universidades; porque nuestro ideal no se halla distante del de los ingleses de Carlyle: «no creemos sino en la observación y en las estadísticas, en las verdades groseras y sensibles. No colocamos el deber en el centro de nuestra voluntad como fundamento único e inquebrantable de nuestra vida. Los ingleses somos egoístas. No miramos la vida como un templo augusto, sino como una máquina de lucro, de provechos sólidos, o como una sala de diversiones. Tenemos ricachos, industriales, banqueros que predican el evangelio del oro; y tenemos caballeros, *dandys* y señores que predican el evangelio del saber vivir sensualmente. Nos reventamos por amontonar guineas».

Cané no atacaba la riqueza en un sentido exclusivo y absoluto. Pensaba con Horacio Mann, que en tanto procure alimentos, abrigo, vestidos, y atienda las necesidades materiales del hombre, ella es útil y bienhechora. Como medio de civilización y de cultura del espíritu, como instrumento de progreso científico y moral, no será jamás bastante estimada... «Pero la riqueza como medio de pere-

za y de deleite, como fuente de orgullo y de aspereza, como instrumento de dominio, es el conjunto de todos los males escapados de la caja de Pandora. Si representa todos los valores, representa todos los vicios». Puede calcularse desde qué altura y con qué criterio juzgaba los actos de los ricos.

La importancia que nosotros los argentinos damos, a semejanza de los ingleses, a esta adquisición de las riquezas, es ciertamente exagerada, y nos induce en error, porque tal adquisición no es una fuente inagotable de bienestar como lo suponemos. Más frecuentemente es el cambio, pero no el final de los cuidados y de las congojas sufridas para conquistar poder, honras, fama o dignidades. El mal reside en la ambición y arraiga en la persona. El enfermo cambiará de lecho, pero dondequiera que vaya llevará su enfermedad.

IX. - Cané no era precisamente un filósofo, si es que debemos reservar el vocablo para aquellos que han dedicado su vida al estudio de los problemas de la existencia. No corresponde desentrañar de su obra una filosofía escolástica, si bien no es difícil descubrir filosofía en toda buena literatura. La suya es personal, emerge de sus actos y se desenvuelve en un medio más restricto; es un observador, un psicólogo mundano, armado de penetración y sagacidad. Consideraba la existencia a la manera de los antiguos griegos, en un desenvolvimiento armónico y luminoso de poesía, filosofía y ciencia. Hoy se estima que la mejor vida es la más intensa dentro del interés personal, la que revela mayor sabiduría dentro del egoísmo.

Era poco doctrinario en el comentario personal, siempre relacionado a la belleza de las cosas; su moral altamente estética; su conciencia en lucha permanente contra todo lo torpe, vil, o sin decoro. Pero no hacía profesión exclusiva de su condición de pensador. Era el eterno *dilettante* a quien todo le atrae y nada le fija. Revoloteaba, aspiraba el perfume, absorbía la dulzura, pero no se detenía. Y muchas veces sucede que cuando al principio de la vida se gusta y se goza de todo con avidez, llégase inopinadamente a la saciedad, y con ello al escepticismo. Shakespeare lo resume en una frase. «Tenéis el aire un tanto misántropo», dice Escalus a Mercutio. Y éste responde: «He visto en muy temprana edad la belleza perfecta».

Era literato o pensador por obra de su misma naturaleza, como a veces se es honrado, leal o sincero, no por esfuerzo ni virtud, sino por imperio del propio temperamento. Su aristocracia intelectual le apartaba de la popularidad a que tanto aspiran los mediocres. Sin embargo no entraba en el sistema del aislamiento, pues sabía que la única manera de apreciar los hechos y de comprender la índo-

le humana, es la de penetrar a fondo en su condición o naturaleza. Ciertos actos que tienen una apariencia fácil y accesible, no descubren a primera vista las causas primarias y realmente determinativas, y por eso el arte de analizar requiere más penetración y buen sentido que talento, mayores conocimientos experimentales que abstractos.

Por otra parte, la felicidad estable, a mi entender, consiste principalmente en mantener las armonías interiores, en regular su ritmo y establecer la debida relación entre la lógica del pensamiento y la sinceridad de los actos, para que éstos respondan con fidelidad a la propia conciencia. Lo que Goethe más admiraba en Schiller, y lo que él habría podido admirar en sí mismo, era precisamente *el gran estilo de la vida*. Y ese gran estilo lo poseía Cané, viviendo la vida, buena o criticable, de su propio albedrío.

X. - En esos tiempos que se me antojan sencillos por lo viejos, pero que en realidad eran complicados en la lucha y en la gestión política, antes de la invasión extranjera que nos introdujo el virus de los negocios y la ambición por las riquezas, el alma argentina rebozaba de entusiasmos y de ideales nobles y morales. La acción personal debía ser gallarda y caballeresca; los hechos colectivos, gloriosos. Era aquella una vida más ideológica y romántica que práctica. Se dejaba a los inmigrantes los bajos menesteres del comercio, con los cuales se enriquecían; reservándose las actividades políticas, las carreras universitarias, el ejercicio de las armas, para vivir la pobreza altiva del hidalgo.

Nuestro temperamento meridional está en mucha parte formado por aspiraciones hacia una perfección sentida, pero no precisada. Toda la felicidad que puede alcanzarse no extingue jamás el deseo, porque una vez satisfecho nace otro más imperioso. De ahí el desencanto, la plegaria doliente, el anhelo hacia lo imposible. En literatura ese estado de alma contribuyó al desenvolvimiento del romanticismo. Aquella generación era en todo eso un trasunto de la pléyade francesa de 1830. Se seguía la moda. Vigny, Hugo, Lamartine, Musset, Gautier, aspiraban en sus escritos a una felicidad absoluta que ellos mismos no sabían en qué consistía. Espronceda y los españoles de su escuela la cantaban a voz en grito. Era "el deleite divino, — como en mi mente imagino, — como en el mundo no hay". Y desde ese concepto convencional se partía para afirmar que la sociedad era prosaica, mal constituída, el hombre decadente, y la vida terrenal insuficiente para realizar ideales. *Donnez-moi le je ne sais quoi sublime, ou je me casse, la tête contre le mur,* decía la última palabra romántica francesa. Más adelante la crítica filosófica consideró a estos escritores con

un cierto rigor, sin tener en cuenta la atmósfera recalentada del invernáculo que les dió vida y les permitió florecer. "Se dijo que la transformación romántica había tenido por objeto hacer de la literatura un procedimiento para falsificar la realidad de la vida. Tertuliano afirmaba que el hombre es cristiano naturalmente y por inclinación; del romanticismo puede decirse que es inhumano necesariamente, no en el sentido cruel, sino de contrario a la naturaleza del hombre". (1)

Taine, sostenedor de la tesis tan celebrada, según la cual es necesario estudiar el medio ambiente para juzgar en conciencia, afirma que Víctor Hugo, por ejemplo, es un representante del romanticismo con el cerebro al revés. Y después de esta enormidad dice "con excepción de unos doscientos versos, sus *Contemplaciones y Leyenda de los siglos* no son sino una mezcla de locura, de ostentación; y nada me disgusta tanto como los místicos charlatanes. Es esta una enfermedad intelectual. El delirio ambicioso que describen los alienistas y que se complica frecuentemente con la

(1) B. Sanin Cano.

melancolía, con la sobreexcitación nerviosa, con contracciones del rostro y languidez erótica, forman el fondo de estos romanticismos exagerados" (1).

Goethe sostenía que lo clásico es sano, y lo romántico enfermizo, y refiriéndose a la tragedia de un poeta nuevo, agregaba: "Es un producto patológico o romántico, si lo prefiere usted, según nuestra teoría" (2).

Está Werther de por medio, Werther, delirio de romanticismo sentimental y trágico. Pero el mismo Goethe lo explicó, sin disculparse, diciendo que fué una cura aplicada para extirpar de su interior el fermento romántico que lo agitaba. El viejo doctor José Francisco López, filósofo y diplomático argentino muy versado en sutilezas alemanas, me decía que Werther era en verdad una cura del romanticismo *goethiano,* hecha por homeopatía psicológica.

Para aquellos argentinos sentimentales anteriores a Cané, los héroes de Byron, de Chateaubriand, de Lamartine, y del mismo Goethe (Werther), desfilaban en la pantalla de la vi-

(1) H. Taine "Sa vie et sa correspondance", Tomo III, pág. 249.
(2) Eckermann, "Conversaciones con Goethe", Tomo II, pág. 96.

da cotidiana con formas tangibles; y entonces cada joven de veinte años se creía nacido para reformar el estado de las cosas y la condición de lo humano. En amor no consentían en que Abelardo, Romeo o Werther hubieran sido más apasionados que ellos; en filosofía el gusto por la abstracción y por los términos generales, les permitía deslizarse dulcemente fuera de las realidades. Su logomaquia hacía de las tesis un simple juego de palabras. En el lenguaje literario castigaban la forma, abusaban de la metáfora, y contaban con énfasis hechos simples que se les antojaban heróicos. En poesía, las odas eran éxtasis; los poemas, exaltaciones de la pasión en toda la escala de lo patético y de lo exagerado. Dice un autor que se probó y se refutó en hermosas estrofas la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. "Ningún poeta se contentó con ser simplemente poeta. Cada uno pretendió explicar el hombre y el mundo, y además salvar la humanidad".

Vino entre nosotros la generación del 80, con ideas parecidas, pero un tanto atenuadas en las exageraciones de fondo. Sin sujetarme a la exactitud cronológica, puesto que voy evocando recuerdos, en los cuales ella no es indispen-

sable, debo señalar la llegada y absorción literaria de los novelistas psicólogos, entre los cuales triunfaban Paul Bourget, Guy de Maupassant y Pierre Loti. Aparecían las primeras traducciones francesas de Tolstoi y de Dostoievsky. Alrededor de Verlaine y de Mallarmé se constituía un núcleo de modernistas, con su afición declarada por cierta erudición. Comenzaba el reinado de Mauricio Barrés, Emilio Hennequin, Remy de Gourmont, Paul Adam; y cito sólo a los franceses, porque el espíritu literario de Cané era intrínsecamente francés.

XI. - Cané fué también envuelto en esa propensión a los idealismos pasionales, pero supo escapar de los extremos y detenerse en la delicadeza de la forma y de los gustos y en el refinamiento de la noción estética, desde la concepción abstracta hasta su aplicación a las cosas materiales o usuales, al moblaje que hace amable el hogar, al vestido que consagra la nobleza del porte, a todas esas elegancias domésticas, modos y disposiciones que a primera vista son desdeñables, pero que en realidad revelan una cultura que no es vulgar. Al escribir, no cultivó la preciosidad de la frase, y en vez de rebuscar o de torturar el vocablo, haciéndolo servir donde no cabe, continuó aplicando la palabra clara, precisa, que cae al alma como semilla y revelación.

Creía con Jacques que no debe separarse al artista del sabio, ni la literatura de la ciencia, repitiendo la vieja fórmula, según la cual, lo bello no existe fuera de lo verdadero. "La verdad entendida, he ahí la ciencia, según la palabra de Jacques; la verdad sentida, he ahí la poesía y el arte. La literatura es la expresión genuina, bajo formas muy variadas, de este atractivo que el espectáculo del mundo físico y del mundo moral ejerce sobre el alma sensible del hombre. Sentir enérgicamente, y para ello entender claramente: he ahí toda la retórica" (1).

Refiriéndonos a la época contemporánea encontramos dificultades para un juicio fiel y cabal sobre los caracteres y acontecimientos que se desarrollan a nuestro lado. Nos falta la medida justa que viene con la distancia, en el tiempo. Sólo ahora percibimos en toda su intensidad el resplandor de algunas de nuestras estrellas desaparecidas. Como aquellas siderales de que nos hablan los astrónomos, continúan en nuestros graves espacios espirituales, envián-

(1) Publicado en "La Revista de Buenos Aires". Citado por Aníbal Ponce.

donos una luz que ya no existe: Cané, del Valle, Lucio López, Carlos Encina, Estrada, Wilde, Goyena. Todo se transforma, y parece que cada generación cambiara la composición de su propia sangre al renovar sentimientos, creencias, simpatías, pasiones, como si la vida no fuera eternamente la misma. Pero hay un fondo de identidad de la generación presente con la generación pasada, pues el corazón continúa como amo y señor de las grandes acciones. Con su enorme y perenne palpitación, hoy como ayer, engendra la fe, el entusiasmo, el amor, soberano del Universo, que perpetúa la vida.

Todos ellos, como Cané se manifestaban apasionados por la música, considerada como la expresión de una aspiración íntima, con virtualidades y sentido filosófico; concurrentes de la antigua Sociedad del Cuarteto de Buenos Aires, de los conciertos de Lamoureux, de Colonna y del Conservatorio de París, *wagnerianos* de primera fila y peregrinos regulares de Bayreuth, cuando se encontraban en Europa. Cané sentía la música de una manera intensa. Tenía ese instinto musical interior que brota espontáneo, se desenvuelve y adquiere proporciones con el desarrollo del sér. Cuando de él se

carece es inútil toda teoría o estudio. "A la música sólo le es dado brillar libre del ergotismo académico y de la enseñanza escolástica; ella sólo puede penetrar en el alma y depositar allí el sentimiento de la belleza, sin que nada de lo material turbe su límpida impresión. No hay dolor sobre la tierra, no hay amargura que no se disipe fugazmente cuando se oye una melodía melancólica. El espíritu abandona el mundo y parece entrever un pedazo del cielo" (1).

Más tarde esa melodía melancólica, esa música sentimental de sus ensueños, cedió en su preferencia a la de Wágner, por cuya concepción del arte musical tuvo profunda admiración. "En la deplorable decadencia, dice algunos años después, determinada por la perversión general del gusto público. Wágner, con la majestad de su estilo, la pureza de sus intenciones, diré más, con el aspecto escultural de sus obras, se levanta, como en el siglo XIII se levantó Dante sobre la turba de trovadores, que bajo el oropel de la gaya ciencia, mataban la poesía. ¿Quién, desde Bach, habló como

(1) Miguel Cané. "Ensayos", págs. 34, 100 y 173.

Wágner el lenguaje musical? ¿Quién, desde Beethoven, dió a la orquesta esa alma divina que se expresa en acentos desconocidos al oído cansado de los hijos de la tierra? Cada ópera es un mundo, hondo y amplio, que exige sin duda cierta preparación, pero que encierra en su seno elementos capaces de transformar al hombre que alcanza a penetrarlos. Wágner domina, tiraniza a veces, pero impone siempre el respeto".

XII. - No ocurre poner título o etiqueta de escuela a su literatura. Tiene esa personalidad en el estilo que nace de la originalidad del pensamiento. Podría repetirse que ese estilo parece más la piel misma del escritor que su vestimenta visible. Al comenzar la página, y desde las primeras frases, nótase la creación espontánea, la novedad en la manera de encarar el tema, en la naturalidad de la narración, en la descripción pintoresca de hechos y cosas, y especialmente en la precisión del análisis para llegar a la sensación de la verdad visible, palpable. Generalmente se escribe como se debe escribir: él escribía siguiendo su propio pensamiento y no el convencional o de moda. "Un hombre que escribe bien, decía Montesquieu,

no escribe como se escribe, sino *como él escribe*".

Sus ideas pasan en hilación lógica, dando la sensación de la armonía. Esas condiciones de claridad y de equilibrio hacen agradable la lectura, permiten penetrar en la intimidad del escritor, conocer sus calidades humanas, y apreciar el valor sugerente de sus ideas. La frase corre y se escucha el pensamiento, como lo quería Amiel. Es la conversación con un amigo discreto y amable, que remueve las fibras íntimas y nos revela rincones hermosos y escondidos de nuestra propia alma, cuya existencia antes ignorábamos.

Es sabido que el lenguaje copia la vida; emplea los términos del medio ambiente, las expresiones corrientes de la sociedad plebeya, democrática o aristocrática en que se vive. Observad el estilo, los términos de Zola, de Stendhal, de Bourget, de los Goncourt, de Flaubert, de Barbey d'Aurevilly, tan variados entre sí, y tendréis una idea de la clase de gente que cada uno de ellos frecuentó. La sociedad de grandes señores, de hombres refinados y de mundo de la época de Luis XV, consagró el estilo más culto y más hermoso que había aparecido has-

ta entonces. El estilo de Cané no admite palabras raras, y se desenvuelve con las de su medio personal. Es como el de esos artistas antiguos, de paleta sobria, que realizaban en pintura milagros de expresión y de matices con pocos colores. Tenía acentos y sonoridades expresivas, afirmándose en la elocución por medio del vocablo armónico, pero siempre exacto. Como Flaubert, creía en el valor del signo, del verbo, que es la idea en marcha; de la palabra que a veces empleamos sin que responda exactamente a la idea, en cuyo caso creemos hacer juicios y raciocinios de ideas, y sólo hacemos juegos de palabras. El, por el contrario, al encadenarlas dentro de su sintaxis limpia y sin sinuosidades, daba precisión a la forma íntima e invisible del pensamiento.

Sus ensayos son estudios llenos de enseñanzas, reflejos de épocas pasadas que nos instruyen sobre los anhelos de toda una generación; sobre sus costumbres, su manera de encarar la vida, sus aspectos sociales, filosóficos, científicos, y aun políticos y diplomáticos. Porque de todo eso se ocupa en sus obras. Podría decirse de él sin caer en exageración, lo que Taine de Sainte Beuve: "tenía la naturalidad y la varie-

dad de los tonos del estilo tan matizado y al mismo tiempo tan fluído, del *saber vivir* encantador que le permitía decirlo todo, hablar de sus enemigos, o lo que es aún más difícil, hablar de sí mismo. Ningún escritor ha tenido esa facilidad para circular alrededor de las cosas, para rozarlas, indicarlas, y al mismo tiempo palparlas, sondearlas, medirlas, sin faltar jamás al buen gusto, a los atractivos de la gracia" (1).

(1) H. Taine. "Derniérs essais de critique et d'histoire", pág. 96.

XIII. - Detestaba la pedantería y evitaba el despotismo de la autoridad ajena, sin dejar por eso de respetar las opiniones discretas. De todo puede sacarse sana y provechosa enseñanza, y no existe persona que no pueda ser maestro de otra en alguna materia. Hay escritores que se dan un trabajo infinito para decir cosas vulgares en forma obscura y misteriosa, olvidando que precisamente todo el arte de escribir consiste en expresar con claridad conceptos que no sean comunes. Formulaba sus apreciaciones, ateniéndose a su propio razonamiento, puesto que en las letras no hay más grande señorío que el propio. A las veces nos resulta menguado, pero conserva siempre la calidad de genuino y personal. Usaba poco los términos que no son de uso general, esos que nos obligan a leer, re-

volviendo el diccionario. Todo eso es pedantería en vez de erudición. "Así como en los adornos de la vestimenta, dice Montaigne, es poquedad de ánimo el querer señalarse por alguna hechura o moda, o invención particular e inusitada; del mismo modo, en el lenguaje, la rebusca de frases nuevas y el empleo de palabras poco conocidas, viene de una ambición escolástica y pueril" (1).

Es bueno discurrir y demostrar el propio entendimiento, pero no de una manera ampulosa que revele bachillería; y él decía que no podía llevar a término la lectura de esos libros en que se acumula una erudición enciclopédica de biblioteca, para el desarrollo de un tema glosado, estudiado y agotado de tal modo que no nos deja sitio para la reflexión; pues la parte mejor de la lectura, que es la sugestión, queda ya prevista y figura en el texto. Para ser grande en todos los temas, y aun en los actos de la vida, es necesario ser simple y natural, y ha sido repetido que todo género es bueno, excepto el fastidioso; y colocaba también en este último a aquellos retóricos correctos y fríos,

(1) Montaigne. "Essais", Livre I. Chap. XXV., pág. 139.

de estilo artificial a fuerza de reglas que no les permiten destacar los contornos y relieves singulares de la personalidad, acaso por carecer de ella; y cuya frase, libre de errores y defectos, pero monótona, fastidia y adormece como el rumor insistente y siempre igual de la pequeña fuente, refrescante en verano, pero tedioso en toda estación.

Su ironía, al producir la alegría del espíritu, es fina y casi imperceptible por su delicadeza. El primer movimiento de su ánimo percibe el ridículo, el defecto de la persona, la debilidad, el desequilibrio o la falta de armonía en el conjunto; y entonces bástale la palabra sutil, la sonrisa traviesa. No necesita la risa que termina en carcajada, y no se complace en los yerros ajenos involuntarios, ni en los posibles extremos ridículos del amor, de la bondad o de otros sentimientos nobles. El segundo movimiento es el de corregirse, amonestarse, conmoverse, y, — como lo quería Rodenbach, de Alfonso Daudet, — el de ver más allá de la silueta cómica de un minuto, de la palabra tonta, del gesto falso, al ser humano, a ese pobre ser humano con el que tenemos un fondo común de ternura, de dolor, de humanidad, de solida-

ridad, y en definitiva, un mismo destino. En cambio acentúa la mofa contra los malos y los tontos, a quienes, sin ella, "podríamos tener la debilidad de aborrecer" (1)

En muchos de sus relatos emplea esa oposición de la burla y de la ternura, pasando inopinadamente de la sátira a la elegía. De este choque dentro de las facultades sensibles obtiene efectos admirables en *Juvenilia,* donde hay páginas, que producen el llanto y la risa, sucesivamente, en el relato de acontecimientos nimios; juego de contrastes que frecuentaba Dickens. Su frase brota entonces sin afectación, casi desaliñada, con lo cual resulta más clara y verdadera. Se creía encontrar un escritor, y nos quedamos enajenados al encontrar un hombre; (2) pues allí aparece el Cané íntimo, en la plenitud de su espíritu inquieto y burlón, contento, con la alegría sana del muchacho sagaz y astuto, que deja no obstante percibir un marcado fondo sentimental. Ríe en sordina hasta llorar... y después, acaso llora de veras.

(1) Beaumarchais.

(2) "Quand on voit le style naturel, on est tant étonné et ravi; car on s'attendoit de voir un auteur, et on trouve un homme". Pascal. "Pensées", Art. XII, pág. 28.

XIV. - Cané, que era tan sincero dentro de su sentimiento poético, no escribió jamás un verso. "¡Oh! ¡si yo fuera poeta, decía, si encontrara en mí esa fuerza creadora que concentra el mundo, el espacio, los cielos y todo lo creado en una idea envuelta en armoniosa frase musical!"

En cambio de los versos hállanse trozos de verdadera poesía escritos en prosa pura y abierta. En uno de sus ensayos relata el encuentro en las montañas de Suiza, con dos pequeños músicos saboyanos, una niña y un varón que disputaban vivamente, mientras la fuerza de la costumbre hacía que los dedos de la una arrancaran notas perdidas a las cuerdas de la viejísima arpa pendiente de sus hombros, y el otro rascara con su arco estridente las de

un violín más viejo aun. Parecían tener de diez a once años de edad, y la semejanza de sus fisonomías revelaba que eran hermanos. Su traje era el habitual de los ambulantes. Describe la miseria que les obligaba a hacer cabriolas y música alegre por pocas monedas de cobre; a caminar durante el día y a dormir al cielo abierto y muchas veces bajo lluvia y tempestades, para poder llevar a la madre que les esperaba en el hogar lejano, unas pocas monedas como producto de su lamentable excursión de funámbulos filarmónicos. Les da algunos sueldos y les invita a comer, siguiendo con ellos el camino de la montaña que conduce a Chamounix. Todo eso está descripto de una manera sentida y emotiva. Los niños, ante la perspectiva de la buena cena, se ponen alegremente en marcha al son de esa bella melodía que Donizetti hace cantar a Pierrot en *La linda,* y que en ese momento tenía un sabor local admirable.

"Antonio no caminaba, dice Cané, saltaba, brincaba como un cervatillo.

"Anda, salta, ríe y goza, pobre saboyanito, que pronto las tempestades de la vida, que, como las del cielo, caen sobre el pino gigante

y sobre la pequeña planta, sobre el poderoso y el humilde, derramarán en tu alma todas sus amarguras.

"Salta, saboyanito, por la alegre senda de la montaña, mira los cielos, aspira el suave perfume de los valles, sonríe de placer a las mágicas visiones de tu imaginación de niño; goza al sol, que la nieve se acerca y cuando cubra tu cabeza, penetrará acerada a helarte el alma.

"Salta, saboyanito; los pájaros cantan, las nubes se tiñen de rosa, el lago brilla a lo lejos como un pedazo del cielo; el porvenir está lejano para tí, los golpes rudos de la vida, no aquellos que fatigan el cuerpo, sino los que hieren el corazón, aun son fantasmas vanos que tu pensamiento tímido no alcanza.

"¡Oh! ¡cómo envidio tu alegría, jovial saboyanito que vas por la montaña gozoso como un pájaro en la mañana! el horizonte de tu espíritu es pequeño, y si te abrieran el corazón encontrarían un angel dormido en el plácido sueño de la inocencia.

"¡Dame tu alma, niño, y toma la mía... no, pobre saboyanito; guarda en tu seno el ángel que reposa y sigue tu marcha cantando por la alegre senda de la montaña!

"Me miras, y al ver las ropas que me cubren, la expresión de mi fisonomía, crees que vivo en el mundo de los felices, mientras tú andas por las villas y los caminos buscando, como las aves, el pan de cada día.

"Mira a los cielos, alegre criatura, que allí está la luz y la vida; aparta tus ojos de los míos, porque puedes ver sombras que querrás huir; aparta tus ojos, saboyanito, que esta tarde quiero arrastrar mi alma al mundo de la luz y vivir a tu lado la celeste vida de los niños.

"¡Salta, saboyanito, que un humeante plato está cerca; corre, niño, la mesa espera y allí serás feliz!"

Quien conoce los *lieder* de Goethe y de Schiller, y se ha complacido en este género de poesías sinceras, y ha sabido penetrar en su dulce y sencilla sentimentalidad, sabrá dar a este *lied* argentino el valor que en realidad tiene, y que muy poco ha sido apreciado por nosotros.

Artísticamente, y especialmente del punto de vista sentimental, las descripciones de los paisajes que figuran en el libro titulado "En viaje", son admirables. No las encuentro mejores ni más sentidas entre las de los autores clásicos de las antologías. La sensación de belleza

es fuerte, surge como una emanación poderosa del ánimo conmovido ante lo sublime de la naturaleza. Sentía profundamente el lenguaje del paisaje, y lo transmitía en la descripción literaria, idealizándolo, pero con esa idealidad que sabe servirse de los medios reales, de modo que la verdad resultante después de embellecida, produzca la ilusión de ser real. Embellecía lo real, como lo quería Goethe, el más profundo admirador de la naturaleza y de la verdad.

En esa sucesión de cuadros, o más bien de impresiones anotadas apresuradamente al pasar, como desahogo de un hervor impetuoso de sensaciones, son dignas de ser señaladas las referentes a Colombia. "¡De nuevo ante mis ojos el incomparable espectáculo de los bosques vírgenes, con sus árboles inmaculados de la herida del hacha, sus flotantes cabelleras de bejucos, sus lianas mecedoras, llevando el ritmo de la sinfonía profunda de la selva, perfumando sus fibras con la savia de la tierra generosa o aspirando la fresca humedad en el vaso de un cactus que vive en la altura, guardando como un tesoro en su seno el rocío fecundo de las noches tropicales!"

Y después de describir el salto del Tequendama: "Nada de espanto ni de ese profundo recogimiento que causan los espectáculos de una grave intensidad; nada de bullicio en el alma tampoco, como el que se levanta ante un cuadro de las llanuras lombardas. Una sensación armoniosa, la impresión de la belleza pura. No es posible apartar los ojos de la blanca franja que lleva disueltos los mil colores del prisma; una calma deliciosa; una quieta suavidad que aferra, al punto que hace olvidar de todo... La óptica produce aquí un fenómeno puramente musical, la atracción, el olvido de las cosas inmediatas de la vida, el tenue empuje hacia las fantasías interminables. El ruido mismo, sordo y sereno, acompaña, con su nota profunda y velada, el himno interior. Es entonces cuando se aman la luz, los cielos, los campos, los aspectos todos de la naturaleza".

XV. - Cané, como escritor, no es precisamente clásico ni romántico; es el producto de ambas escuelas, en la evolución descendente de la una y en el resurgimiento de la otra. Su modernismo respondía al pensamiento más avanzado de la época, y afirmaba la libertad literaria con el maximum de carácter personal. Tomó la crítica como materia de muchos de sus ensayos; pero la suya no es esa crítica que deprime y rebaja, según los principios de un derecho penal literario que cree en la teoría de la expiación, a que se refiere Heine, y ve en cada libro que no es el suyo, un delito intelectual bien punible; ni la que se reduce al arte de encontrar razones para no admirar, por aquello de que los eunucos viven en cólera permanente contra los libertinos; sino la crítica elevada a

la categoría de investigación filosófica, con valor estético suficiente para desentrañar la significación de las cosas, enseñando su alcance y transcendencia. El crítico tiene entonces oportunidad para exponer ideas fundamentales a propósito del tema tratado, en vez de desempeñarse con generalidades inferiores al texto criticado, y aplicables del mismo modo, por analogía, a cualquier autor y a cualquier obra parecida.

Todo esto no fueron simples palabras en aquellos tiempos en que la producción literaria era escasa, y el pensamiento filosófico reducido a los límites de escuela. "Publicar un libro en Buenos Aires, decía Cané en 1875, es como recitar un soneto de Petrarca en la rueda de la Bolsa de Comercio" (1). La crítica ordinaria de los diarios y revistas, más que un arte y una ciencia, es generalmente un oficio que exige mayor laboriosidad que talento; es algo que cambia con el medio, o si se quiere, con la moda, cuando es ejercida por escritores cuyo discernimiento es inferior a su cultura.

(1) Miguel Cané. "Ensayos", pág. 140.

Se cae con frecuencia en la adulación de los gustos mediocres. "Si no es una crítica con valor filosófico, como por ejemplo la de Schlégel, muere y se entierra con su época. Los tiempos nuevos, al recibir nuevas ideas, reciben también nuevos ojos y ven nuevas cosas aun en las viejas obras del espíritu" (1).

La crítica de Cané fué educadora, y a ella debemos mucho en el desarrollo de las ideas y aun de su perfeccionamiento. Generalmente al considerar las condiciones de los jóvenes que entran en la vida y en la carrera después de nosotros, nos inclinamos a notar sus defectos, y sólo apreciamos más tarde sus calidades. El, por el contrario era inclinado a la alabanza, sin llegar jamás a la adulación; les ayudaba desde el primer momento, trataba de descubrir sus condiciones y de fomentar las apreciables. Al verles adelantar, sentía orgullo, pero nunca emulación, por más que tal arrogancia sea bien humana. La emulación surge de esa tendencia que hace penosa al hombre la superioridad de otro hombre. Ya lo dijo el maestro que imaginar un bien es desearlo, y que ver ese bien poseí-

(1) Enrique Heine. "Cuadros de viaje". Tomo II, pág. 19.

do por otro, es sufrir ([1]). Poco lisonjeaba a los poderosos; nó por modestia, que no la tenía, sino porque él también se consideraba como un superior, por un sentimieto muy natural en el hombre que conoce su talento. No podía imaginar que ellos pudieran pensar de él algo inferior a lo que él pensaba de sí mismo.

Su obra no debe ser considerada según las reglas estrechas de la crítica profesional, sino de acuerdo con la sensación de belleza que desarrolla y con la sugestión filosófica que despierta.

(1) Spinoza. "Ethique". Livre III. Teorema XXXII.

XVI. - Su aspecto físico era atrayente. Tipo fino, delicado, de apariencia nerviosa, fecundo en impresiones rápidas e intensamente sentidas. Tenía gallardía y gentileza; su acento, su mirada, el gesto bondadoso y al mismo tiempo ligeramente altivo, revelaban la superioridad del ánimo. Hay detalles y minucias en el aspecto exterior que no pueden ser confundidos. Existen sutilezas naturales e instintivas hasta en los ademanes. "Un necio no entra ni sale, no se sienta ni se levanta, no se calla ni permanece en pie como un hombre de ingenio", observa La Bruyére.

Lo mejor en él era la conversación. En los círculos íntimos, en las antesalas del Congreso o del Comité político, sabía adaptarse al me-

dio general, y también a la condición intelectual perezosa del interlocutor, sin hacerle sentir su superioridad; y así por grados e inadvertidamente su palabra discreta transformaba el tema y le daba interés general; o bien contaba rasgos y sucesos con espíritu crítico, anécdotas de la historia patria, de la vida diplomática, aventuras de viaje, dramas y comedias pasionales, intrigas entre bastidores de la política, pero todo con perfecta naturalidad. Sabía que el verdadero arte de la conversación es el de hacerla sin arte.

Reducía toda cuestión abstracta a términos concretos, buscando el hecho aplicable, el acontecimiento familiar, el apólogo, la parábola, a fin de que la abstracción tomara cuerpo y penetrara clara y asequible. Este procedimiento restaba gravedad a sus razonamientos, por lo cual, a pesar de decir cosas muy profundas, ellas aparecían a las veces con aspecto de ligeras. Tenía aptitudes para las ideas generales, pero no caía en el hábito tan común de generalizar a cada paso. Poseía la capacidad bien rara de saberse colocar en el punto de vista del contrario: revelando así su tolerancia y aun su respeto por las ideas ajenas. Sabía también que al

tratar ciertos temas íntimos conviene no dejarse arrastrar, ni penetrar a fondo. Entonces es mejor saber ignorar. Ante el interlocutor verbalista e indiscreto, es menester callar en la medida de la paciencia; porque saber escuchar oportunamente, es también saber conversar con discreción. Demuéstrase con ello un tacto que se aprecia más por lo que no se dice, que por lo que se dice.

En el viejo club del Progreso había un rincón cómodo y agradable en el salón que daba sobre la calle de Victoria, donde se reunían en tertulia algunos de los socios, conocidos como gente seria, ostensiblemente, pero en el fondo un tanto apicarada, algo chusca y de amena compañía. En aquel círculo la conversación era chispeante, los cuentos arriesgados, la moral cómoda, los chismes de subido color: una evocación jocunda de Bocaccio en pleno *Decameron* porteño. El ligero pesimismo que reinaba era hasta divertido, pues se encerraba en un estado de epigrama permanente contra el prójimo. Al hablarse de un libro, de un gesto resaltante, se lanzaba el nombre del autor y se le colmaba irónicamente de elogios. Venía la crítica al galope y ella servía de pretexto para colocar el chiste,

la palabra provocadora de sonrisas; y el pobre criticado, con mayor razón si era amigo o pertenecía al círculo, quedaba cubierto de ridículo; para lo cual ellos no necesitaban ingenio sino el olfato del cerdo rastreando trufas.

Cuando Cané llegó a ese grupo, llamado *de los alacranes,* supo modificar discretamente aquellas tendencias a la befa pueril, que en mucho derivaban de la emulación, y elevar el nivel de la charla; y fué así como algunos años después, en el mismo sitio, los mismos consocios rodeaban a Cané desde que entraba al salón, y escuchaban atentos su palabra que se refería siempre a temas interesantes, tratados con amenidad y altura. Era esa también una de sus facetas de educador social, en la que aparecían como discípulos arrepentidos los mismos viejos alacranes.

Desahogábase con placer contra la estupidez humana, bien convencido de que un tonto es peor que un perverso: *un sot vaut bien un méchant;* y la especie abunda. "El acervo de la Simpleza resulta millonario de curiosos matices, dice el filósofo, porque en el fondo del hombre más inteligente hay siempre un principio de tontería agazapado en los rincones del

cerebro, dispuesto a irrumpir al menor descuido" (1).

En historia natural los animales inferiores son hoy reconocidos como personajes importantes, por el papel que desempeñan en la evolución y transformación de los seres. Los insectos, los parásitos, los microbios rudimentarios tienen una actuación de primera fila en la función de los órganos, en la vida humana fisiológica; y del mismo modo los desequilibrados, los imbéciles y los tontos la tienen en la vida moral y en el ambiente social, dentro del cual son también células vibrantes. Y así como es necesario estudiar los protozoarios patógenos para defendernos de ellos, es también indispensable ocuparnos de los tontos en la vida de relación. Por eso el autor citado les dedica todo un volumen lleno de sutiles observaciones y de fina ironía.

Una gran regla del *saber vivir,* es la de saber olvidar, y así lo afirmaba Cané escribiéndome de París, y perdonándome una falta involuntaria cometida en épocas pasadas; "aque-

(1) Guillermo Correa. "La zoncera", pág. 24.

llo es como si no hubiera existido, ¡qué sería de nosotros sin el olvido!"

Creía que en la práctica no conviene singularizarse. Se dice que en política, por ejemplo, vale más ser loco con todos que cuerdo a solas. En la sociedad debemos vivir en común; y como los ignorantes y los mentecatos forman número respetable, no hay provecho en contrariar sus preocupaciones. Nuestra actitud en esos casos, o si se quiere, nuestro desdén, debe ser íntimo, reservado, pero siempre ecuánime y sin caer en la hipocresía que para nada sirve. Son los apóstoles, los hombres singulares y los enamorados de la quimera, quienes se empeñan, a pura pérdida, en querer transformar las cosas para arreglarlas según su propia percepción y juicio. Obstinarse en morir por una idea, es, a veces, como lo observa Montaigne, otorgar un alto precio a conjeturas.

XVII. - ¿Cuáles fueron las razones que tuvo Cané para aceptar el puesto de Ministro diplomático en Colombia, que el Presidente Roca le ofreció en 1881, por intermedio del Ministro de Relaciones Exteriores doctor Yrigoyen? Cané era diputado nacional y no tenía otro medio seguro de vida que su dieta, pues el estudio de abogado que había instalado con otros dos compañeros, sólo servía de salón para conversaciones políticas y literarias, y le ocasionaba gastos. Debía entonces escribir para los diarios, y ésto, poco le seducía. No miraba con simpatía a los hombres de letras, y a veces de talento, que venden su pluma a tanto la línea. Como Alfieri, altivo y soberbio, él les llamaba: *hombres de vocación pecuniaria.* Pero Alfieri, el gentilhombre piamontés, era rico.

Los escritores profesionales que tienen como fin el de obtener dinero, posiciones, interés o fruto material de su talento, escriben consultando el gusto de su público; y a ese gusto adaptan el estilo, la moral y el desenvolvimiento de la obra. Ocurre a menudo que el público consumidor es de una atroz mediocridad; y entonces, como en esas zonas intelectuales tiene mayor aceptación el autor que mejor penetra y expresa la sensación ordinaria del momento, resulta que, aparte del provecho pecuniario y del éxito libreril, el autor adquiere una popularidad no muy selecta, pero bastante ruidosa como para ser confundida con la gloria. Por el contrario, quien ama la belleza o la verdad por sí misma, y la ama en su esencia productora de emociones sinceras, escribe por el placer de la germinación y de la gestación de su trabajo, haciendo abstracción del éxito. Tiene el pensamiento original, pero no necesita pregonarlo: le basta decirlo. Los críticos o comentadores se encargarán después de consagrar una fama tardía pero firme. Leibniz hizo imprimir tan sólo diez ejemplares de uno de sus más importantes estudios metafísicos, considerando que no habría mayor número de es-

tudiosos interesados en esas ideas. Spinoza no alcanzó a publicar en vida su libro fundamental sobre la *Etica,* estimando, en su triste pesimismo, que acaso sus contemporáneos no le comprenderían. Stendhal decía que no sería leído ni apreciado sino cincuenta años después, y ese vaticinio se realizó con toda exactitud.

Encontrábase Cané en esos días, en la misma situación que Macaulay, cuando todavía no era *lord,* y el gobierno inglés le ofreció el cargo de miembro del Consejo Supremo de la India. Macaulay tampoco era adinerado. Tenía, como Cané, una banca en el Parlamento y algunas perspectivas políticas en el propio país; pero también como él necesitaba escribir para llenar su presupuesto familiar. En una carta dirigida a su hermana Ana Macaulay, queda precisada la semejanza con la situación de Cané. "Me ofrecen el cargo en lejanas tierras, y me aseguran que puedo vivir allí con cinco mil libras anuales, y economizar otro tanto. No codicio el dinero, ni me quita el sueño la falta de él. Pero aunque de día en día ansío menos la riqueza, de día en día veo más claramente cuán necesaria es una posición desahogada para un hombre que desea ser grande o útil. No

puedo continuar como hombre público si dejo mi puesto en el Parlamento. Para vivir a lo señor, necesitaría escribir, nó como lo he hecho hasta aquí, sino con regularidad, y aun diariamente. Jamás he sacado al año, con mi pluma, más de doscientas libras, y no puedo pasar holgadamente con menos de quinientas. Sería, pues, desacertado rehusar el puesto que se me ofrece en la India, donde desempeñaré funciones de un peso no excesivo y de la índole más elevada y respetable. Disfrutaré de comodidades y grandezas, y mi ausencia no será tan larga que me exponga a ser olvidado de mis amigos" (1).

Idénticas han debido ser, punto por punto, las consideraciones que motivaron por parte de Cané, su renuncia de diputado y la aceptación del cargo diplomático. Quería viajar, experimentar sensaciones nuevas y raras, gozar del paisaje, de los honores, sin dejar por eso de servir cumplidamente a su patria, y de satisfacer en el honroso cargo la natural vanidad de los treinta años; contando para ello con las cinco

(1) "Vida, memorias y cartas de Lord Macaulay", publicadas por Jorge Travelyan. Tomo I, pág. 5.

mil libras anuales que tranquilizaban el ánimo y fomentaban las aptitudes epicúreas del famoso historiador *whig*.

Siendo Ministro diplomático, de Estado, u ocupando otros puestos, ni por asomo conoció la vanidad, ni sufrió turbación de ánimo al sentirse encumbrado. Supo continuar con su habitual sencillez y bondad, pues tenía la certeza, por haberlo observado desde afuera más que por haberlo aprendido del filósofo, que el hombre recién elegido para un alto cargo no consulta generalmente con su razón y su espíritu la norma que le conviene adoptar consigo mismo y con los demás, "dedúcela de su puesto y de su estado; y ese es el germen del olvido, de la arrogancia, de la dureza, de la ingratitud que ocurre en el encumbramiento de ciertos espíritus pequeños rápidamente elevados a las regiones de la soberbia".

En razón de los altos cargos que ocupó en su patria, y de su posición diplomática en el extranjero, tuvo ocasión de conocer en una relativa intimidad, a muchos personajes de primera categoría, estadistas, militares, escritores, sabios especialistas en materias científicas, y de hacer un estudio detenido de su manera de ser,

de sus conocimientos, de sus métodos para tratar los asuntos políticos, de su concepción de la sociedad y del Estado, de su filosofía para encarar los problemas de la vida. Frecuentando pensadores y autores de libros famosos, pudo conversar con ellos, como si en realidad conversara con sus libros, pedirles explicaciones, hacerles objeciones... y *los libros le respondían*. No cabe una cultura más amplia del propio ingenio.

"El hábito de hablar frecuentemente con los representantes más altos de la inteligencia argentina, dice Cané, me ha facilitado la comprensión de los caracteres de nuestro intelecto nacional. El colorido vagamundo de Sarmiento, la elegancia y erudición de López, la forma armoniosa de Avellaneda, la inimitable charla de Goyena, con la viveza de sus golpes de vista y las finísimas picaduras que la esmaltan, la claridad de del Valle, la claridad, que es la inteligencia, la vida intelectual; la malicia de Lucio Vicente López; la firmeza de Pellegrini; la clarísima percepción de Gallo; la originalidad atrevida de Wilde".

En su vida diplomática fué un agente de cultura nacional. Examinando sus escritos, y es-

pecialmente los informes y memorias que existen archivados en el Ministerio de Relaciones Exteriores, se comprueba que ellos han tenido siempre por objeto un fin práctico relacionado a las necesidades de su pueblo. El diplomático que toma su carrera como el ejercicio de un deber, y no como una vanidad ostentosa de su vida doméstica, tiene que prestar positivos servicios. Aparte de lo que él escribió irónicamente sobre ciertos diplomáticos profesionales, de quienes se burla con razón, pues son los que forman el elemento decorativo, pintoresco y ridículo de la carrera, pudo muy bien, en plena conciencia, repetir las palabras del Príncipe de Bulow: "el diplomático debe regular los casos concretos entre el país que representa y el país donde está acreditado; debe mejorar las relaciones entre los dos Estados; tener trato y frecuentación con los círculos influyentes; y acerca de lo que son círculos influyentes debe tener una idea amplia. Sus relaciones en la época presente no han de reducirse a la Corte y a los salones, como en otros tiempos, sino también extenderse a los círculos comerciales, industriales, financieros, parlamentarios y, "last not least" periodísticos. Sí, eso es; debe esfor-

zarse en obtener *buena prensa* en el país donde vive, para el país al cual sirve. Debe saber producir un fluido de confianza y de simpatías entre una Corte y otra, entre Gobierno y Gobierno, entre Parlamento y Parlamento, entre prensa y prensa... Pero semejantes resultados no pueden conseguirse por medio de las comidas y recepciones, por muy elegantes que sean, como lo creen los ramplones de la vieja escuela, ni mediante cuentos, folletines o informes líricos, por muy interesantes que parezcan" (1).

(1) En un artículo crítico que escribió Cané en "La Nación", bajo su firma, poco antes de morir, se refirió a los deberes diplomáticos y a la manera como él entendía que deben cumplirse. Haciendo el análisis de un libro de carácter diplomático, comienza diciendo: "El autor ha probado una vez más, con este libro, que es uno de los más útiles que hayan visto la luz pública entre nosotros, desde muchos años atrás, que en el extranjero se puede servir al país tan eficazmente como dentro de él. Basta preocuparse un poco con el corazón y la cabeza, de las cuestiones que afectan nuestro progreso moral y material. La circunstancia poco común de encontrarse reunidos en ese funcionario celoso en el cumplimiento de su deber, alta y ampliamente comprendido, condiciones excepcionales de observador, y no menos raras de escritor, hace que la lectura de ese volumen no sólo deje una utilidad práctica, sino que produzca un real placer intelectual. Es de este modo como debe ser concebido y practicado el servicio diplomático argentino". (*)

(*) "Estudios sociales" por Belisario J. Montero. Bruselas 1904. Fragmentos de la crítica sobre este libro publicada en "La Nación" por Miguel Cané el 29 de Agosto de 1904.

XVIII. - Era muy sensible a la amistad, a la amistad virtuosa y sincera, que no depende de un entusiasmo transitorio, sino de un fervor permanente y de conciencia. Estaba con los compañeros en toda situación de pena o de desgracia; y sabía también acompañarlos de corazón en el éxito; lo que no es común, porque el éxito del amigo provoca a veces reticencias imprevistas e inconfesables.

La substancia de su pensamiento en este capítulo tan delicado, está contenida en la dedicatoria de su traducción del *Enrique IV* de Shakespeare. "A la memoria de Aristóbulo del Valle dedico este trabajo. El me lo aconsejó, en días amargos y sombríos, para disciplinar mi espíritu inquieto y angustiado. En esa labor

mecánica, que el contacto con el alma del poeta soberano hacía deliciosa, el recuerdo del amigo no se apartó de mí... El ha entrado ya en el reposo eterno, sin haber dado, a los ojos de los hombres, la medida de su inteligencia noble y levantada. Pero ese recuerdo queda, y por la vida, en el alma de los que le amamos y parece iluminarla, orientándola hacia cuanto es leal, justo y elevado. Quizá la impresión profunda que dejan tras sí los grandes espíritus, sea el único y real patrimonio humano, legado incomparable, porque él determina todo lo que ennoblece a la especie, el culto del honor, la aspiración al ideal, al desinterés, la cultura del propio intelecto y el amor sin límites a la tierra natal. De esa arcilla divina estaba formada el alma de Del Valle, y ante su memoria inclino reverente mi corazón de amigo".

XIX. - Frecuentaba con placer esas reuniones de compañeros elegidos, en que se cultiva las cosas finas y delicadas para el espíritu, para los ojos, para la imaginación; y también las tertulias y comidas íntimas, casi epicúreas, en uno de esos hoteles particulares, como los hay en nuestro Buenos Aires moderno, en una calle apartada y aristocrática, sin tiendas ni almacenes, ni comercios, ni vidrieras, ni muestras luminosas al aire libre. A veces el dueño de casa es un gentilhombre cumplido, a pesar de ser improvisado en primera generación, pues los argentinos tenemos una admirable capacidad de adaptación para todas las situaciones. El padre fué plebeyo y avaro; el hijo es hoy gran señor de mano abierta. A primera vista muéstrase

sincero, pero a través de su reserva se adivina la presunción; detalle que no me permito señalar como defecto, por ser demasiado común. ¿Quién no mantiene recatadamente en su jardín interior un pequeño rincón de amor propio?

Ha regresado de Europa con chifladuras exquisitas: cuadros antiguos, ediciones más o menos auténticas de Etienne y de los Elzevir, debilidades por el caviar rubio y por el viejo Johannisberg, y muy especialmente por un blasón y escudo de armas parlantes para su uso familiar, pues ha descubierto antepasados de verdad y de solar conocido en los cerros de Ubeda: escudo criollo, probablemente vaca sobre azur, herradura sobre púrpura y cabeza de potrillo campante sobre gules; pero todo justamente acuartelado según las reglas de la buena heráldica. Por lo demás sus gustos no resaltan sino cuando se les pone en caricatura, ¿qué cosa seria resiste a nuestra mala lengua cuando tenemos envidia? La casa es confortable, la mesa excelente, el servicio correcto, los invitados espirituales, dispépticos y desagradecidos. Cuando más ocho o diez personas que se conocen, tienen un nombre o un talento y se mi-

ran despectivamente por sobre el hombro. Pero de estas minucias no se hace caso, y todo se desarrolla de una manera agradable, como lo deseaba Taine: "mucha tranquilidad; cuando hay ruido o confusión, ya no hay conversación, y la conversación viva, variada, es el mejor postre. Damas que agradan la vista como un ramillete; ni tímidas ni provocativas; que discreta y justamente pueden juzgar en materia de música y de literatura, que conocen la sociedad y el mundo, han viajado y no son mojigatas. Y sobre todo esto la crítica ágil y pasajera, paseada en pocos instantes sobre veinte temas, compuesta de retratos, de anécdotas sobre los hombres públicos, las intrigas de la política y de la sociedad, pero siempre exenta de pedantería y de intolerancia. En fin, la discreta alabanza mútua, perpetua, y tan agradable que gusta, aunque se la adivine falsa"... He ahí el lado bello e incomparable de la aristocracia, decía Cané, cuando es sinónimo de suprema distinción, de belleza y de cultura, cuando crea una atmósfera delicada, en la que el espíritu y la forma se armonizan de una manera perfecta. La aristocracia, bajo este prisma, es una elegancia de la naturaleza.

Como lo digo antes, tuvo ocasión y obligación de frecuentar los mejores salones de las capitales europeas, donde pudo estudiar tipos, costumbres y caracteres. Cruzábanse allí los mismos personajes de la híbrida familia diplomática, fastidiados y fastidiosos, pasando de uno a otro círculo en la misma tarde, a la hora del te, o en la misma noche durante las recepciones. Y después en los banquetes y comidas ceremoniosas, con mucho aparato y tiesura, donde nadie habla sino con la persona que tiene a su lado; y como por el cargo diplomático elevado corresponde a la derecha una dama de alto copete, resulta que esta compañera es siempre una de las más viejas, de las más feas y de las más orgullosas. Y comprobaba la vacuidad y el espíritu forzado de muchos personajes de gran valor en el mundo político y oficial, pero bien triviales y carentes de importancia en el social. Así lo consignó en sus páginas de estudio al criticar la deformación profesional del diplomático de carrera en las cortes europeas, de los embajadores viejos y pomposos, de los ministros llenos de presunción y de soberbia, de los secretarios jóvenes y afectados, de los oficiales de legación imberbes, perfectos tin-

terillos henchidos de vanidad y de patriotería, creyéndose los representantes de Júpiter sobre la tierra.

Idénticas observaciones me hizo en Roma, cuando nos visitó en nuestra Legación, en una época feliz en que los placeres y las distracciones no nos dejaban tiempo para indignarnos contra el vecino. Pero allí encontró una sociedad excepcionalmente agradable, la vida mundana del Quirinal y de los salones de la nobleza romana, en los cuales todo era aristocracia, en el talento, en la sangre, en el ambiente de los salones decorados por los grandes maestros del Renacimiento; donde se escuchaba la palabra amable de Minghetti, de Torlonia u Odescalchi, la charla encantadora de lord Dufferin, embajador de Gran Bretaña, que regresaba de su virreynato de la India; la sabiduría sencilla y armoniosa del célebre Jacobo Moleschott, la verba elocuente de Pascual Estanislao Mancini.

Cané comprendía entonces los entusiasmos de Stendhal por análogos círculos romanos en el pasado siglo. Es imposible que un grupo de indiferentes reunidos en un salón, se proporcionen recíprocamente mayor placer intelectual;

¿no es ésta la perfección de la sociedad? decía Stendhal.

Es sabido que esa buena frecuentación desenvuelve el tacto, la discreción, el deseo de agradar, puesto que nos reunimos para desarrollar esas calidades; y quien no las tiene no es persona deseable.

Las antipatías ceden ante el ademán afectuoso, y ante la frase complaciente. Jamás una discusión apasionada, un altercado violento, y siempre ese respeto por el parecer del interlocutor que afirma la mútua consideración. En ello no cabe hipocresía sino cultura. En Buenos Aires, en los viejos tiempos, no había corte ni cortesanos, pero he alcanzado en algunos de sus salones, como en los de don Bernardo de Yrigoyen, don Diego de Alvear, don Luis Sáenz Peña, don Eduardo Lahitte, don Nicolás Avellaneda y don Benjamín Victorica, ese trato amable que se conservaba en la sociedad como herencia de los antepasados coloniales; y a ese círculo de gente culta pertenecía Miguel Cané.

XX. - Gabriel Martínez Campos, actual Ministro Plenipotenciario, que fué su secretario en Europa, me contaba que muchas veces, después de las recepciones en las embajadas o de las fiestas de la Corte, Cané se retiraba solo y triste a su alojamiento, buscando un rincón de soledad para meditar. ¡Quién hubiera pensado que ese amable y chispeante *conversador*, lleno de verba y entusiasmo un momento antes, se encerraba en el alto silencio, encendía su lámpara de filósofo, leía a Epícteto o Marco Aurelio, anotaba un pensamiento en su diario, y pasaba horas de vigilia, mientras que sus compañeros de diplomacia le creían en alegre y complaciente compañía! Y acaso, al amanecer, como lo practicaban los antiguos pitagóri-

cos, abría su ventana y elevaba los ojos al cielo para contemplar los astros que se borraban, y sentir la existencia de *esos seres* cuya eterna vida y movimiento obedece a leyes eternas. ¡Cuán limitadas debieron entonces parecerle las acciones humanas, cuán vanas las satisfacciones que perseguimos, cuán fugitivos los placeres! Y después, la melancolía vaga y profunda, el pesar indefinido, el sufrimiento que nos aferra a las realidades de la existencia.

En esos momentos de pesadumbre de que no pueden substraerse los más altivos, aparecen las lágrimas como un desahogo. Ellas forman el lenguaje de las almas fuertes cuando hablan a Dios. Concentran toda una sublime filosofía, y brotan cuando la palabra cesa, para expresar lo inefable. "Nunca he tenido el rubor de mis emociones, dice Cané; las lágrimas son una bendición porque si no brotan de los ojos, caen al fondo del corazón, donde se petrifican en una fría y árida misantropía".

Hay también otras lágrimas ocultas en toda la vida y en todo el Universo, lágrimas tan naturales, que aunque no tuvieran causa, como lo observa Lacordaire, correrían sin causa y sólo por el único encanto de la tristeza indefinible,

de la cual nuestra alma es el fondo profundo y misterioso.

Este aislamiento espiritual revela un estado místico o contemplativo; pero como él tenía fuertemente arraigado el sentido de las realidades, sería menester buscar su explicación en causas de otro orden. ¿Era acaso un amativo? Por mi parte creo, repitiendo un lugar común, que el amor, con los sueños encantadores que engendra, es algo hermoso y conforme con los instintos y facultades del hombre, y por consiguiente conforme con los designios del Creador. El arraigaba este sentimiento muy a fondo en su concepción de la existencia, que fué siempre dedicada a preferir lo bello sobre todas las cosas, en las armonías de la forma, en la sensualidad de la emoción y aun en el misticismo de un ideal. En este orden de consideraciones, si le encontramos faltas ellas son bien excusables, porque tienen su origen en las *pasiones amables* a que se refiere Vauvenargues, pasiones que son el germen de ideas creadoras y de acciones nobles.

La influencia de la mujer sobre el hombre es sutilísima. El amor junta a los individuos en convivencia tan estrecha y omnímoda, dice Or-

tega y Gasset que no se deja entre ellos distancia para percibir la transformación que el uno produce sobre el otro. "Sobre todo la influencia de la mujer es atmosférica, y por lo mismo ubícua e invisible. No hay manera de prevenirla y evitarla. Penetra por los intersticios de la cautela, y va actuando sobre el hombre amado como el clima sobre el vegetal. Sus modos radicales de sentir la existencia, oprimen suave y continuamente las facciones de nuestra alma, y acaban por transmitirle su peculiar alabeo".

Conoció, pues, lo que hay de sublime y de delicado en los variados matices del amor. Tropezando en la vida, como todos vamos tropezando, cayó cierta vez en una pasión que le produjo felicidades sin cuento, y las correlativas alternativas del dolor. Como todo enamorado sincero, perdía en congojas más de lo que ganaba en placer. A pesar de que en esos trances, él mantenía mucha discreción, llegué a conocer la dama, que pertenecía al gran mundo y era muy digna de honor por sus antecedentes de familia; pero algo afectada, un tanto coqueta y con la consiguiente medida de vanidad. Y asimismo era deliciosamente román-

ca, una de esas románticas auténticas que exigen actos raros y extravagantes de sus adoradores: que estén de rodillas, de cerca y de lejos, con el cuerpo y con el espíritu, nutriéndose de ensueños y quemándose en la fiebre. Y por cierto que la locura que despertaba estaba en relación de sus atractivos físicos. Recuerdo la expresión de su rostro, su sonrisa, su ademán, su frescura, su distinción rara y al mismo tiempo natural, la hermosura de su enorme cabellera rizada a la manera antigua, y encuadrada, en la última vez que la vi, por un sombrero de paja florentina, de anchas alas, guarnecido con flores y cintas de suaves matices, que le daban el aspecto encantador de la princesa Lamballe, como en el famoso retrato pintado por Madame Vigée Lebrun.

El la había preferido en tiempos tristes, acaso para borrar pesadumbres. Comenzó por el cariño suave y tranquilo, por la gentil adoración mística y respetuosa, siguió la inevitable cristalización *stendhaliana,* y terminó por una exaltación irresistible, con vehemencia de alma y embriaguez deliciosa a la sombra del árbol de tentación.

—El deber me obligó, díjome, a sacar esa pa-

sión de raíz. Sentí el desgarramiento de las propias fibras, como arrancadas con tenazas, y comprendo las palabras de Job, pues "al recordarlo me asombro y toma temblor mi carne" (1).

Ese dolor nos redime, nos purifica y nos cura para siempre del vicio de pasiones absorbentes y extravagantes; pecado hermoso que yo también he cultivado en tiempo y edad oportuna, y que no deseo a mi mayor enemigo.

(1) Job. Cap. XXI. 6.

XXI. - Hay en el fondo del corazón tres anhelos íntimos, acaso tres misterios que nos acompañan en la vida: Dios, el amor y la libertad. Los dos primeros encuentran satisfacción dentro del cristianismo puro, cuando se tiene fe; pero la libertad no ha sido jamás alcanzada en su sentido intuitivo y absoluto. Para ello el hombre necesitaría quedar muy cerca del animal o tener algo de la naturaleza divina, aislarse como el águila o como el león, que reinan porque viven solitarios. Los usos, leyes y tradiciones que respetamos dentro del orden de la naturaleza, parecen muchas veces contrarios a este orden, porque hacen del hombre un esclavo social voluntario; pero al dictarlas, él ha ejercido una función de su propia

libertad: la de elegirse una esclavitud personal y permanente a su gusto. La complicada red de reglamentos con que la legislación inglesa envuelve a los suyos, les hace víctimas de los prejuicios convertidos en dogmas, que perduran de generación en generación; y es tal la fuerza de esa herencia, que en realidad ellos no piensan ni obran en libertad y personalmente, sino de una manera colectiva, con arreglo a la vieja mentalidad de los antecesores, y a los preceptos de una educación aplicada ex profeso para conservar la misma en los descendientes. Todo eso forma el espíritu de la agrupación en marcha: el alma nacional. Y a medida que ese conjunto se hace más unido, más tupido, más compacto, el alma nacional se hace más fuerte y resistente. ¿Quién discute hoy el imperio de su moral social, política y religiosa? Ellos creen poseer la verdad pura que excluye todo vínculo con lo relativo, la verdad ilimitada, absoluta, *la verdad inglesa.*

Dentro de estos principios herméticos, se consideran independientes; se mueven y marchan satisfechos a su manera, aprisionados por un vestido estrecho que les oprime, pero que sufren resignados, estimándolo respetable, có-

modo y útil para proveerlos de lo que ellos consideran como felicidad. El resto del mundo que les contempla en prosperidad material, dentro de su monarquía constitucional, les cree libres, les admira y trata de imitarlos. Pero en estas condiciones, y de acuerdo con nuestra concepción de la libertad, ¿son ellos realmente libres?

Cané admiraba la literatura inglesa y era apasionado por sus grandes historiadores, filósofos y políticos, pero no pudo adaptarse a los usos y a la vida de Inglaterra. Allí no tuvo arraigo, y por eso, en sus viajes, prefirió siempre la residencia en París y en Italia, donde vivió sus mejores años. Italia es la patria espiritual de toda alma sensible. ¿Cómo no había de preferirla? Todo nos liga a ella por simpatía, en el arte, en la naturaleza, en el paisaje, en los recuerdos de su historia, que fué un día la historia del mundo, en la manifestación poderosa de sus pensadores, en la afabilidad de sus habitantes, en la suavidad de su clima tan parecido al de nuestra tierra argentina. Es con verdadera nostalgia que recuerdo ese país donde he vivido durante doce años, nostalgia persistente y singular que me resulta ingenua a fuerza de

ser exagerada. Pero sé que sueño en buena compañía.

"Yo conocía Italia, dice Cané, y la amaba como a uno de esos recuerdos puros de la infancia que refrescan el espíritu en las tristes horas de laxitud moral". Como Byron, él admiraba su dulce lengua latina que se funde como besos en la boca de las romanas, "que se desliza y resbala como si debiera escribirse sobre raso, con sílabas que respiran la suavidad del Mediodía, con vocablos que se insinúan y acarician, sin un solo acento rudo. Amaba también las mujeres, (perdonad mi locura, dice Byron) desde la deliciosa mejilla de la paisana, de un rojo bronceado, y sus grandes ojos negros con descargas de relámpagos que dicen mil cosas de golpe, hasta la frente de la noble dama, melancólica, tranquila, con su mirada límpida y poderosa, su corazón en los labios, su alma en los ojos".

Goethe tenía idénticos entusiasmos, y ya bastante avanzado en edad, decía: "recuerdo todavía la impresión que me hizo Italia. Hasta puedo decir que sólo en Roma he sentido lo que es un hombre. Nunca logré después subir a

tal altura de pensamiento, a tal felicidad de sentimientos" (1).

Roma es moralmente grave y digna; recibe al extranjero en el primer momento con ceño adusto, pero cámbiase pronto esa impresión por la simpatía que despierta su vejez hermosa y venerable. Su influencia es grande en la manifestación artística e intelectual. No se va allí para estudiar la técnica de las ciencias o de las artes; se va para cultivar la mente en las ideas generales, para elevar el alma en la contemplación de los monumentos que son como libros abiertos y luminosos para los espíritus que saben evocar los grandes hechos de la historia, comprender las formas primorosas del arte puro, la vida concentrada de civilizaciones sucesivas; se va con el anhelo de alcanzar las grandes concepciones, de colocar el propio sentimiento en un diapasón capaz de hacer germinar y producir cosas superiores, personales y duraderas. Cada piedra es un recuerdo, cada estatua una perfección, cada línea, en la gramática de las artes gráficas, un himno a

(1) J. P. Eckermann. "Conversaciones con Goethe". Tomo II, pág. 26.

la belleza. La idea, la frase musical, el cuadro, el pensamiento, el libro, la concepción de las cosas se eleva sobre lo vulgar cuando se entra en contacto con ese ambiente evocador y sugerente.

Los romanos saben retribuir de sano corazón los sentimientos del extranjero que aprecia la eterna belleza del *Alma mater*. Roma reconoce y estima el mérito de las personas, ateniéndose tan sólo a la nobleza de sus actos y propósitos, y por eso dentro de sus muros no prospera el advenedizo. Roma es la única ciudad del mundo donde la pobreza no es motivo de desprecio.

XXII. - El gobierno político era ejercido por un grupo de patriotas que al regresar del destierro se transmitían el mando y los altos cargos, según los pactos y necesidades del momento. Predominaba esa gente un tanto ideóloga que al principio trató de realizar un gobierno de ideas, como en los buenos tiempos en que Marco Aurelio pretendía gobernar con sabios el imperio romano. Recuérdese los nombres de los eminentes ciudadanos directores de la Confederación en la época de Urquiza, los de la provincia de Buenos Aires cuando gobernaba Mitre, y los de las primeras presidencias de la nación. ¡Qué jefes, qué ministros, qué oradores parlamentarios! Siempre había un piloto que sacaba enseñanza de las borrascas y

se hacía experimentado; el cual veíase obligado a cambiar su tranquilidad y bienestar personal por las ostentaciones del mando. Así eran aquellos primeros gobernantes constitucionales, mezcla de orgullo y de patriotismo, de vanidad y de abnegación. Considerándolos con imparcialidad y con el debido agradecimiento, debemos reconocer que su acción enérgica e inteligente contribuyó poderosamente a la organización de la patria.

La política del año 70 al 80 fundábase en un concepto simplista con un cierto sabor patriarcal antiguo, saturado de personalismos, ambiciones, deseos de honra, dignidades y fama, y de todas esas pasiones egoístas que se nos figuraban principios. Degeneraba en lucha personal entre hermanos y no tenía nada de atrayente. Nos inscribíamos en los comités y seguíamos al caudillo, que en el fondo no era sino un trasunto del *cheik* árabe ancestral, y sugestionados por su palabra ardiente y por su gesto profesional, trabajábamos en los atrios donde funcionaban los comicios, que más de una vez debíamos conquistar por la fuerza. En realidad no había principios fundamentales en la gestión y denominación de los partidos, pero

los afiliados marchaban de buena fe, como a la conquista de un ideal. El triunfo de los unos o de los otros no determinó jamás la implantación de nuevas doctrinas, ni el cambio de gobierno. Después de la batalla de Pavón no triunfó ninguna revolución o levantamiento contra el orden nacional constituído; y continuamos siendo republicanos, federalistas y demócratas un tanto iconoclastas, pero siempre oprimidos por una constitución franca y descaradamente dictatorial que ha tenido la sagacidad de introducirnos un Dictador, disfrazándolo hipócritamente con el título de Presidente, y acumulándole una suma de poderes constitucionales, mayor de la que tiene cualquier soberano europeo. Los vencedores de esas contiendas llegaron a la cumbre, y los vencidos fueron despreciados, sin que en nada sufriera la ideología pura, porque los hombres, especialmente en política son honorables o despreciables según el éxito. La misma acción es calificada de celo o de vanidad, de libertad heroica o de locura, y así pasó con los vencedores y vencidos de 1874. En un orden más general recuerdo que a don Juan de Padilla le cortaron la cabeza porque

fué vencido, y a Guzmán Blanco le elevaron estatuas en vida, cuando resultó vencedor.

Cané era uno de los jóvenes más apasionados dentro de esa vida cívica, que él mismo resume en rasgos briosos y gallardos. "Los debates de las Cámaras, en los que, si a menudo predominaba el entusiasmo, las ilusiones y la vana oratoria, jamás, o bien rara vez, asomaba la cabeza el reptil bastardo del interés privado; las reuniones de los clubs políticos, a las que concurría el pueblo entero, como un reflejo de la vida griega, para debatir apasionadamente sus derechos y sostenerlos con fiereza sin igual; el tono de las arengas tribunicias, inflamado, exacerbado, con un dejo inconsciente de reivindicación socialista; las luchas electorales, las escaramuzas de club a club, la noche que precedía el acto, la batalla en el atrio, por fin, en la que a menudo se encontraban frente a frente los hombres más distinguidos y los jóvenes más brillantes de la sociedad local; las polémicas por la prensa, ardorosas, sinceras, a veces deslumbrantes, en las que se abrían camino los caracteres y los talentos, en las que se aprendía a pensar y a encontrar bellas formas para vestir el pensamiento; la sociabilidad misma,

culta y de intensa actividad dentro de aquel cuadro restringido, todos estos factores reunidos, determinaban una vida cívica tan extraordinaria, que su recuerdo parece alejarse en el tiempo y el espacio, como si hubiera pasado en otro siglo y en otra comarca".

El poder de atracción de Alsina, Mitre y de otros caudillos, nacía principalmente de que sus partidarios estaban seguros de conseguir sus fines y de ver colmadas sus ambiciones, si se dejaban guiar ciegamente, pues la disciplina política era rigurosa. La simpatía en favor de ellos tenía un cierto carácter egoísta, pues con el triunfo obteníase la recompensa. Nadie sirve a otro en valde; y si considera que sirviéndolo se beneficia, lo hace con gusto. El patronato político para la distribución de los cargos y empleos públicos, al que nunca han querido renunciar los Presidentes argentinos, porque es un patronato constitucional (1) ejercíase con toda amplitud.

(1) "Artículo 86. El Presidente de la Nación tiene las siguientes atribuciones. 10.º... por sí solo nombra y remueve los Ministros del despacho, los oficiales de sus Secretarías, los Agentes consulares y demás empleados de la Administración. *Constitución de la Nación Argentina.*

Cané era querido y considerado en el Comité político a que pertenecíamos; pero en realidad no era populachero. No tenía las cualidades comunes de los que formaban opinión, esa opinión que a veces no es sino una potencia o dominio forjado por la audacia de unos pocos, sobre la cobardía de muchos. Cada jacobino de entonces, porque creía figurar en la mitad más uno de los votantes más o menos analfabetos del sufragio universal, creía reflejar y representar la opinión culta y sensata del país.

Hablando de hombres políticos, decía Eduardo Wilde, que son populares aquellos que más se prestan a que cada uno, por insignificante que sea, pueda decir de ellos: "este se parece a mí; ha hecho lo que yo haría, y dice lo que yo diría; éste piensa como yo". Son populares los que dan motivo a que cada uno se sienta vivir en ellos. Si llegan al gobierno, cada insignificante de los que forman mayoría en el partido, piensa que tiene una parte de su persona gobernando, encarnada en el mandatario que acaba de subir. Es muy comprensible que por ese lado estuviera Cané en situación inferior a los caudillos de barrio, y a esos oradores públicos a que antes me refiero, de cuyo gesto con-

servamos el recuerdo, pero cuyo nombre nos escapa.

En el Comité directivo del partido autonomista donde actuaban ciudadanos graves y de consejo, como Luis Sáenz Peña, Vicente Fidel López, Bernardo de Yrigoyen y Victorino de la Plaza, y en los serios momentos de conflicto, su palabra, que en ese círculo no necesitaba exageraciones emotivas, sino por el contrario mucha discreción, era escuchada con deferencia. Fué precisamente por estas calidades de varón prudente, que su nombre fué incorporado desde muy temprana edad, a las listas de diputados, y más adelante a los Ministerios, de modo que continuó sus batallas políticas en el Parlamento y en el Gabinete Nacional. Para ello no tuvo necesidad de gritar en la plaza pública las incongruencias, mentiras y exageraciones que todo Comité exige de sus afiliados.

En los artículos de propaganda doctrinaria política, aparecía siempre como impulsado por una emoción que en realidad era sincera. Pero su gran acento de convicción en vez de halagar al populacho, lo confundía y turbaba, porque sonaba desde una cierta altura aristocrática y algo desdeñosa. Se daba cuenta de su

papel y no caía en la adulación vulgar de las pasiones. Envolvía el concepto en forma correcta, irónica y firme. En realidad sólo le faltaba ser amargo para parecer profundo.

Era naturalmente ambicioso, como todo hombre que conoce su talento. La ambición es un elemento dinámico dentro de la política de los países libres. Su moralidad o legitimidad dependen del objeto que persiguen y de los medios empleados. Los temperamentos enérgicos son siempre ambiciosos, y tienden a la acción viril para educar, fortalecer, dominar y dirigir con arreglo a principios y a conveniencias que pueden ser buenos o malos según el punto de vista. En sus anhelos no entró jamás la vanidad de honores o distinciones de que gozó desde temprana edad. Quería más bien la realización de ideales útiles y tangibles, y así lo probó durante su permanencia en los cargos públicos administrativos. La popularidad no le atraía, y bastábale la comprensión de sus iguales, considerando el éxito ruidoso y exterior como un accesorio.

Por lo demás, y en lo íntimo de su conciencia era un decidido opositor al sufragio universal. "Todos los publicistas, pensadores y go-

bernantes, dice en alguna parte se afanan por predicar la pureza del sufragio universal, la libre y espontánea manifestación de la voluntad popular; ninguno de ellos duda, no obstante, que el día en que el sufragio universal se ejercite legítimamente, esto es, que las masas electorales sólo obedezcan a la voz de su conciencia y elijan como representantes a hombres que tengan sus mismas ideas sobre la organización social y el arte de gobierno, tendremos la revolución más formidable que registre la historia" (1).

(1) Cané. "Notas e impresiones", pág. 207.

XXIII. - Cuando Carlyle escribía su *Cronwell,* hizo una excursión a los condados mineros e industriales, y pudo allí comprobar lastimosamente la miseria de las clases trabajadoras. Ese espectáculo que formaba contraste con la riqueza y la ociosidad de los terratenientes y de la aristocracia ocupada en cacerías, caballos y diversiones, le impresionó sobremanera. ¿Cuál era la causa de semejante estado de cosas? ¿Cuál era el motivo que impedía ser dichosa a Inglaterra, en pleno desenvolvimiento de civilización material? Este sino o maleficio arrojado sobre la patria inglesa, provenía, según Carlyle, del error fundamental en que reposan las teorías sociales modernas; y de esto ya sabemos mucho en todos los países del mun-

do. Se había hecho libres a los hombres e iguales en el derecho, pero se les había dejado al pie el grillete de la desigualdad económica. La idea del Deber estaba proscripta de la política, en la cual no existía sino el egoísmo. La comunidad humana perdía de vista a Dios y el objeto ideal de la vida; ella no tenía otro fin que la satisfacción de los apetitos sensuales.

Idénticas reflexiones podían entonces hacerse sobre nuestra incipiente vida de nación libre, en su remedo de ciertas costumbres e instituciones extrañas de carácter secular. Así como en el orden material se distinguen los climas por los grados de latitud, en el orden psicológico puede calificarse los climas morales por los grados de sensibilidad de la raza o agrupación. Las diversas maneras de obrar, de pensar y de sentir en el medio en que nos desenvolvemos, no constituyen exteriormente un conjunto de condiciones pasivas; viven, se realizan en cada uno de nosotros, y contribuyen a formar la atmósfera que nos envuelve y nos domina. En el orden económico, por ejemplo, así como en el orden espiritual, el individuo no está aislado sino por abstracción; puesto que recibe en realidad del grupo social a que pertenece, su ma-

nera de obrar y de pensar. En el hecho la sociedad es el elemento universal y primario, y el individuo el fenómeno contingente y pasajero. En la vida particular del individuo, la reputación social y personal que se nos acuerda está fundada en la simulación que forjamos afanosamente para que se nos considere como deseamos y no como somos; y entonces las cosas no figuran por lo que son, sino por lo que parecen. Nuestros defectos son generalmente superiores a nuestros méritos, y pasamos el tiempo tratando de ocultarlos, a fin de que se nos coloque bien alto en la consideración de los demás.

Esa situación social que encontró Carlyle a su paso, se reproducía en gran parte en la Argentina, que era simplemente rural y ganadera, pero donde también el contraste visible e inmediato de las grandes fortunas con la extrema pobreza de las clases trabajadoras, hacía hervir interiormente un fermento de descontento contra la plutocracia; la cual creaba y mantenía una clase ociosa al lado, y rozándose con el peón, con el gaucho, con el obrero, con el trabajador manual, eterno cuitado de su propia debilidad. En el caso, parecía tener

razón quien afirmaba que tal sociedad reposa completamente sobre la resignación del pobre. Nosotros reconocíamos esta situación de hecho dentro de la patria, pero francamente no teníamos condiciones de apóstoles, y creo que nos faltaba el coraje. Y por otra parte, todo eso era tan general, no solamente en la Argentina sino en el mundo civilizado, que cualquier protesta resultaba ineficaz y hasta ridícula. ¡Cuán lejos estábamos entonces de lo que actualmente es un socialismo fuerte y vigoroso, pero sólo en las intenciones, porque hoy como ayer, a pesar de ese socialismo, el pobre sigue trabajando en las mismas condiciones, y el rico gozando de los mismos beneficios!

Tales fueron las causas, y siento confusión al decirlo, por las cuales desertamos de esas doctrinas sociales bien hermosas, pero llenas de impedimentos. Nada se encontrará al respecto en los escritos de Cané, porque no era dado a expansiones públicas de este género. Las sentía y callaba. Nuestros corazones jóvenes, batiendo con vigor los entusiasmos de la edad, amor, justicia, humanidad, democracia práctica, tuvieron que reconcentrarse y poner

una discreta sordina a los arrebatos líricos. Dimos tristemente el paso a la ley fatal de la vida egoísta, y seguimos en la urbe soportando la supuesta superioridad de los unos, e imponiendo la nuestra a los demás. Y a esos actos de respectiva humillación continuamos llamando vida social.

XXIV. - La agudeza un tanto burlona de ciertos escritores, ha formado una opinión despectiva y humorística sobre aquellos alumnos, que habiendo obtenido los primeros premios en el colegio, no supieron o no pudieron después hacer valer esos triunfos, y quedaron relegados a planos inferiores. De ellos, por contraste, se ha servido Daudet, Anatole France y otros autores, para señalar el error, en materia de educación, de rellenar el cerebro de conocimientos teóricos, descuidando los que afirman las capacidades prácticas que servirán para afianzarlos. Pero de ahí, y del caso de Binomio, citado por Cané, no debe deducirse que corresponda abandonar en lo más mínimo el desenvolvimiento integral del individuo.

Cané estaba convencido de que todo éxito procede del estudio ordenado y regular en los primeros tiempos. Los que no lo han realizado, pueden brillar aparentemente, pero dejan traslucir en todo momento y en todas las cosas, la falta de esa cultura metódica. En realidad el estudiante que trabaja más y mejor, entre los otros tan capaces y ambiciosos como él, se esfuerza por hacerlo todo bien, con la idea persistente de llegar a ser un hombre superior. Su empeño denota facultades no comunes, que, bien dirigidas, pueden prestarle servicios en lo futuro. Esa temprana asiduidad y perseverancia en los estudios, revela la existencia correlativa de buenas cualidades, como laboriosidad, atención, desinterés, aspiración a distinciones honrosas, y deseo vehemente de conquistar la consideración de los suyos; con lo cual se afirma la presunción de una buena conducta futura.

A este respecto, y volviendo sobre el caso de Binomio, Cané escribió una frase en *Juvenilia,* que muchos años después de su muerte (en Septiembre de 1926), fué grabada en bronce y colocada en los muros del mismo Colegio Nacional en que él se educó. Refirién-

dose a Jacques, decía que él era el gran maestro que les hizo amar el estudio y la ciencia. "Sí, ¡amar el estudio! a esa impresión primera debemos todos los que en el Colegio Nacional nos hemos educado, la preparación que nos ha hecho fácil el acceso a todas las sendas intelectuales. Se pueden emprender los estudios superiores en cualquier edad; los preparatorios, no. Es necesaria la disciplina que sólo se acepta en la infancia, la dedicación absoluta del tiempo, el vigor de la memoria nunca más poderoso que en los primeros años, la emulación constante y la ingenua curiosidad. Mucho se olvida más tarde, el tecnicismo, el detalle, pero a la menor concentración intelectual, los caracteres perdidos en el fondo de la memoria reaparecen con la claridad de las líneas de un palimpsesto ante un reactivo que borra el último trazado. En una semana, un hombre regularmente dotado, puede estudiar a fondo una cuestión de derecho; pero si no tiene una preparación sólida, si no ha ejercido su espíritu en los largos años de bachillerato, la expondrá como un notario, jamás como un jurisconsulto. Falta de ideas generales, mis amigos.

Yo diría al joven que tal vez lea estas líneas, paseándose en los mismos cláustros donde transcurrieron cinco años de mi vida, que los éxitos todos de la tierra arrancan de las horas pasadas sobre los libros en los años primeros." (1).

(1) "*Juvenilia*", pág. 205.

XXV. - La instrucción que entonces se daba, desconocía las especialidades y los especialistas. Los programas en materia científica eran relativamente elementales, pero se enseñaban más materias. Estimábase que la especialización intensiva estorba el desenvolvimiento integral del individuo. Cierto es que la humanidad necesita genios y cierta calidad superior de especialistas, y por eso no tengo la más lejana idea de referirme a los héroes de la ciencia, como Darwin, Moleschott, Berthelot, Poincaré, Pasteur, Metchnikoff y otros, que cuentan como excepción. Pero para el bien general se decía que la instrucción amplia da mejores resultados.

Se nos obligaba a asistir a las clases de la Fa-

cultad en que nos habíamos inscripto, y también a determinados cursos de Facultades afines. Los alumnos de medicina, por ejemplo, cursarían matemáticas en la Facultad de Ciencias físico-naturales; los del derecho, ciertas asignaturas de la Facultad de Filosofía, esto, "además de establecer sólidos lazos entre organismos casi en absoluto desvinculados, evitaba los peligros de la especialización *a outrance*, ampliando el horizonte de las ciencias respectivas. La enseñanza preparatoria, según Jacques, debe abrir al espíritu todas las perspectivas y descubrirle todos los horizontes, ejercitar la observación y fomentar la sagacidad en la experiencia, así como habituar al cálculo y dar el secreto de su alcance; acostumbrar a la inteligencia a remontarse a los principios primeros de las cosas, y a bajar a las últimas consecuencias de los principios; mezclar a la teoría la práctica que la fecundiza, e ilustrar la práctica por la teoría, sin la cual es aquella una rutina bruta y ciega". Nada podríamos agregar al comentario de proyectos tan magníficos, agrega el doctor Aníbal Ponce, si dijéramos que aun después de cincuenta años, en esos estamos todavía.

En literatura todos eran clásicos, porque se nos enseñaba la antigüedad griega y romana, cuya grandeza sabíamos admirar; y éramos al mismo tiempo románticos, porque obedecíamos a los impulsos sentimentales de la edad, más que a los imperativos de la razón. Considerábase por otra parte que las cosas susceptibles de investigación son infinitas, y que jamás el sabio llegará a conocerlas. Circunscripto generalmente a un limitado programa de disciplinas, cree saberlo todo, cuando en realidad no llega durante toda una vida sino a explorar un punto perdido de ese empirismo ordenado y catalogado que constituye la ciencia. En el encadenamiento de causas y efectos, de observaciones sujetas a la falacia de los sentidos, de amaestramiento para operaciones materiales que exigen más atención que inteligencia, más destreza manual que talento real, una persona intelectualmente mediocre puede llegar a ser un buen artífice, como pasa en cirugía. Se estimaba como superior la enseñanza de la otra ciencia del espíritu, porque su ejercicio requiere condiciones de un orden más elevado, y sobre todo una instrucción que en vez de quedar circunscripta al tema, debe

ser ampliada por otros conocimientos generales. Alguien creía que no hay gente más ignorante de la ciencia de la vida que los llamados sabios especialistas, con grandes conocimientos respecto a algún rincón del mundo físico, y con una ingenua ignorancia del mundo moral y de la vida que vamos recorriendo fuera de esos rincones.

Cané repetía con un eminente universitario, "que la especialización es una piedra de moler que pulveriza las ideas y necesita el correctivo de las ideas generales. El hombre moderno de alta cultura, no es, ni puede ser el producto único de una escuela especial. Para darse cuenta clara y precisa de todo lo que necesita saber, si quiere mantener elevada su inteligencia, requiere, no el haber agotado las enseñanzas parciales, sino haberse habituado a las generalizaciones fecundas, que sólo se alcanzan apoyándose en el espíritu universitario".

Y mucho tiempo después he visto confirmadas esas apreciaciones en boca de pensadores modernos. Ortega y Gasset, dice: "La cultura de los especialistas ha creado una forma específica de incultura más grande que otra al-

guna. El que es un buen médico o un buen ingeniero, y sabe mucho de una cosa, no se determinará a confesar su perfecto desconocimiento de las demás. Transportará el sentimiento dominador que, al andar por su especialidad, experimentará sobre los temas que ignore. Más como los ignora, su soberbia, — más gremial que individual, — no le consiente otra actitud que la imperial negación de esos otros temas, de esas, y de otras ciencias. El buen ingeniero y el buen médico suelen ser en todo lo que no es ingeniería o medicina, de una ignorancia agresiva, o de una torpeza mental que causa pavor. Son representantes de la atroz incultura específica que ha engendrado la cultura demasiado especializada".

Y antes que Ortega, Taine había dicho: "Muchos de nuestros doctores cuando saben un poco de algo, creen saberlo todo. Observad nuestros médicos, químicos, físicos, matemáticos. No admiten que hayan ciencias morales e históricas distintas: creen saberlas, en virtud de un buen sentido infuso, y porque han estudiado un punto de la naturaleza física, se creen expertos y maestros en todo el

grupo de las ciencias que tratan de la naturaleza humana" (1).

En realidad el tiempo empleado en la vida para distinguirse o perfeccionarse en los estudios de una especialidad, no permite disponer del necesario para instruirse en otras, o en los temas primordiales del saber humano, cuyas generalidades no debe ignorarse. Así lo sostenía el doctor Gutiérrez, nuestro rector universitario al preconizar la educación amplia, que prepara para la labor diaria en contacto con los otros hombres. Por eso en los cursos preparatorios para las carreras definitivas, estableció el estudio obligatorio de matemáticas y humanidades, historia natural y filosofía, química y griego, física e historia, alternando las ciencias morales y conjeturales, con las ciencias exactas y físico-naturales. No éramos especialistas en ninguna, pero sabíamos lo que ellas significaban.

(1) H. Taine. "Sa vie et sa correspondance". Tomo IV, pág. 134.

XXVI. - Debemos recordar que la humanidad en sus momentos de angustia ha buscado siempre consuelo en la religión, que es una forma de la esperanza. Su eficacia en el dolor la coloca sobre toda filosofía. No necesita extraviarse en un razonamiento complicado, pues al hombre en esos trances, le basta el refugio en la fe; ella le sugestiona provocando una energía confortante y consoladora. Los cultos difieren en sus ritos y aspectos visibles, pero en el fondo existe la unidad de las religiones, en cuanto ellas alimentan grandes pensamientos y sentimientos generosos que tienen por objeto el de hacer aceptar al hombre lo inevitable.

La concepción cristiana de los primeros siglos ha sido el más potente y hermoso de to-

dos los esfuerzos tentados por la humanidad para comprender y explicar el Universo. Hay mucha belleza moral en aquella doctrina con su fondo de filosofía estóica prácticamente humanitaria; y estudiada de este punto de crítica, nuestra religión fué la que más se aproximó y llenó los anhelos del alma acongojada. Ajustábase a las ideas de esa época que consideraba a nuestro planeta como el centro de la creación; y es así cómo formó una de las etapas más importantes del espíritu humano en su marcha progresiva hacia el perfeccionamiento religioso.

En la niñez y primera juventud nos conservamos tranquilos dentro del dogma heredado de nuestros antepasados. Es aquella una patria moral donde nos encontramos felices; y nos considerábamos orgullosos de pertenecer a ella. En la escuela primaria balbuceábamos el credo al mismo tiempo que las estrofas del himno, con el mismo fervor íntimo y primitivo, dentro de una pureza y delicadeza de alma, que jamás, en ninguna otra ocasión de la vida se nos ha presentado. Aquellos recuerdos, y especialmente el de la primera comunión hecha en un ambiente de misticismo fra-

gante y delicioso por su pureza, se nos presentan a lo lejos como la imagen de un momento del paraíso que hemos vivido. Las creencias religiosas obraban entonces en nuestro interior de una manera refleja, dentro de un terreno virgen, como si obedecieran a un determinado automatismo moral. Todo eso trabajaba en ciertos dominios inexcrutables y recónditos de la conciencia, cuya explicación nos escapa.

Más tarde, en la edad en que se manifiesta la luz de la razón, comienza a sospecharse que hay algo más allá, fuera de las propias creencias. Nace el espíritu de crítica, y con él la duda sobre la autoridad de los principios sencillos y piadosos de la religión familiar. No estando conformes con las respuestas a veces sabias, a veces ingenuas o misteriosas que ella tiene preparadas para los problemas referentes al Universo y a la vida, nos damos a considerar que no son verdaderos; lo cual provoca una crisis moral de cuya resolución dependen las futuras orientaciones. Los unos, ofuscados ante las osadías del libre pensamiento, se detienen temerosos, dan un paso atrás, evocan la gracia, y por intermedio de la fe se

substraen al vértigo del más allá. Colócanse entonces en el terreno religioso como sobre un dominio natural, y por consiguiente legítimo, del espíritu. El sitio de la religión en el alma humana, se dicen, así como el de toda satisfacción interior, es el sentimiento, cuya soberanía tiene preeminencia sobre la razón; y por eso la autoridad de la gracia es superior a todo criterio de verdad de orden experimental. La gracia provoca una energía sobrenatural, y de acuerdo con ella debemos seguir la vida como Dios nos la ha dado, sin queja, ni protesta, sin lamentación ni encono, con todo optimismo dentro del propio temperamento moral, en la seguridad de que al terminarla, el mismo Dios nos dará otra clase de existencia, según nuestros merecimientos, *del mismo modo y por la misma causa que nos ha dado la actual.* Viven, pues, penetrados de la revelación, la cual, si bien ocasiona zozobras de ánimo, tiene su compensación en ciertas alegrías puras e intensas. Esa concepción de la vida, calma la angustia experimentada, al considerar la oposición entre lo infinito a que aspiramos, y la naturaleza limitada de nuestro ser.

Los otros, siguiendo paso a paso la ruta del escepticismo, tratan de formarse una especie de religión filosófica, una manera de acallar y de adormecer sus anhelos de verdad pura, creando para su conciencia ideas generales y causas finales, o sea dogmas de razón, en substitución de los de fe que abandonaron; y con ellos una ética hasta cierto punto conservadora, porque consideran que en lo referente a los valores morales, no ocurre la revisión por el simple gusto de innovar. Innovar no es progresar; muchas veces es destruir, y es entonces necesario tener a mano el material para la reconstrucción a fin de que ella signifique progreso. Refiriéndose a este estado de alma, dice Taine que en esa edad sintió dentro de sí la voluntad y la energía necesarias para vivir como un hombre honrado, aun después de haberse desligado de su religión. Estimaba demasiado el valor intrínseco de su razón para creer en otra autoridad superior. No quería que dependiera sino de sí mismo la regla de sus actos y la dirección de su pensamiento; y se indignaba ante la idea de ser virtuoso por temor, y de creer por obediencia.

XXVII. - Fué por un análogo proceso mental que Cané y muchos de los compañeros menores se emanciparon de las hermosas y consoladoras creencias de la niñez. Andábamos de un lado al otro dando de bruces sobre diversos sistemas, fórmulas y convenciones de moda, asistiendo a sermones y conferencias de pseudo apóstoles de la metafísica, de la ciencia, y aun del espiritismo. Seguíamos haciendo y rehaciendo nuestra vida, substituyendo una pasión por otra, ensayando y probando diversas ocupaciones, usando y abusando de afectos, placeres, aflicciones, manías, prejuicios, para exclamar al final de cada ensayo, que todo es vano; con lo cual creíamos haber dicho algo nuevo, sumamente sabio e irrefutable. Pe-

ro a pesar de todo conservábamos en alto un girón del estandarte abandonado, pues seguíamos bien penetrados de que Dios es un producto del sentimiento más que de la razón, dentro de esas virtualidades del alma, que en término de escuela llamamos facultades. Su concepción obedecía a un movimiento reflejo y espontáneo del corazón. Lo imaginábamos perfecto; pero no nos parecía solamente perfecto, porque en realidad El debía estar más arriba, más allá de las posibilidades contenidas en la perfección pensada por nosotros.

Por otra parte encontrábamos degradante para la divinidad la idea antropomórfica con que la conciben casi todas las religiones; antropomorfismo que no se limita a la representación material del Sér supremo como un hombre hermoso y de líneas esculturales perfectas, a la manera de los griegos, o como un patriarca majestuoso dentro de su espesa barba y enorme cabellera flotante, como lo pintó Miguel Angel en la Sixtina. Y lo considerábamos aún más amenguado cuando ese antropomorfismo le suponía fabricado en su naturaleza psíquica con los caracteres y contrastes humanos del odio, de la venganza y de otras pa-

siones, a la manera del tremendo Jehová de Moisés. Para esto era preferible la franca comedia del Olimpo, con los dioses carnales de Homero, comensales o encubridores de los hombres, con quienes compartían la vida cotidiana tomando participación en sus placeres y dolores, en sus querellas, en sus fiestas y combates, en sus amores y paternidades. Eran dioses de francachela, con Júpiter a la cabeza, el primero de todos por su imperio y por sus picardías, que lo mismo tomaban la forma de un toro que la de un cisne, de una lluvia de oro o de un pastor de Arcadia para seducir a las mujeres y hacer desgraciados a los maridos. Eran dioses encubridores y arteros, con todos los vicios de la humanidad, porque en el fondo según Evhemero, filósofo griego contemporáneo de Alejandro, ellos han debido ser en su origen hombres famosos, héroes de epopeya, que en razón de su pujanza han sido divinizados por la superstición popular. Amiel, con su espíritu poético filosófico defiende este género de religión, pues tenía una cierta sensación de la grandeza del Olimpo. Dice que la mitología griega es la religión del ideal. Cada ser, grande o pequeño, agrega, cada ciudad o

individuo lleva consigo inconscientemente una idea: su idea. Librarla, reconocerla, fijarla es encontrar el faro, la religión, el dios de la vida particular. El dios de cada existencia es el ideal esculpido en ella; cada vida no tiene sino un dios. Con lo cual entiendo que Amiel quiere decir que la idea de Dios es personal, y que no hay dos seres que lo conciban de idéntica manera.

Sin ocurrir a la mitología griega, tenemos a menor distancia, en el tiempo, a nuestro vecino del Perú, Manco Capac, que por los beneficios hechos a su pueblo, y en reconocimiento y admiración de su sabiduría, fué considerado como hijo del Sol y de la Luna. Todas las personas de nuestro santoral, a las que se da culto ortodoxo, han sido en vida hombres superiores, a quienes nosotros venerándolos sin adorarlos, hemos llevado a los altares en señal también de admiración por sus virtudes y por el prestigio natural del genio. San Agustín, Lactancio y otros controversistas cristianos de los primeros siglos, se servían de la doctrina de Evhemero en sus ataques contra las creencias religiosas de los griegos y de los romanos, a quienes reprochaban la adoración de dioses

que no eran dioses, puesto que se había reconocido que eran simples mortales divinizados.

Andábamos, pues, de Júpiter a Jehová, de Apolo a San Gregorio Magno, cuando llegó a nuestros oídos la relación de hechos extraordinarios provocados en reuniones nocturnas, obscuras y misteriosas por cierto médium espiritista. Miguel Cané se puso en comunicación con Brédif, quien nos dió algunas nociones elementales del fenómeno y de la doctrina, en la esperanza de prepararnos para que acogiéramos la experiencia con simpatía. Pero ella no era sino la reproducción de los juegos conocidos, repetidos después por los profesionales de ese culto, que, por otra parte, contaba con muchos creyentes respetables y de buena fe. El señor Brédif se decía médium de influencia física, con poder para provocar manifestaciones ostensibles, movimiento de objetos, ruídos, gritos, apariciones. Pretendía además tener caracteres morales, con aptitudes para escribir bajo la influencia de los espíritus, por lo cual se titulaba *psicógrafo* y *pneumatógrafo*. Pero era más bien parlante y evocador de formas, que reproducía viejas prácticas de falso espiritismo con ayuda de intermediarios o de per-

sonas interesadas. Al conversar con nosotros sobre su doctrina, sostuvo su carácter religioso: Dios, la inmortalidad del alma, las penas o recompensas como consecuencia del mal o del bien realizado durante la vida corporal. Como moral, adoptaba la cristiana en toda su pureza primitiva; y explicaba con Kardec que hay en el hombre tres cosas esenciales: el alma o el espíritu en que residen el pensamiento, la voluntad y el sentido moral; el cuerpo como envoltorio material, que pone al espíritu en relación con el mundo exterior; y el *periespíritu*, envoltorio fluido, ligero, que sirve de intermediario entre el espíritu y el cuerpo. Cuando el envoltorio exterior se usa y consume, viene la muerte. Pero en realidad es sólo el cuerpo el que muere, pues el espíritu sobrevive y la muerte del cuerpo le sirve para recobrar su libertad. Deja el cuerpo material y queda con el periespíritu que constituye para el alma una especie de cuerpo etéreo, vaporoso, imponderable para nosotros, y que conserva la forma humana. En su estado normal el periespíritu es invisible, pero el espíritu puede introducirle ciertas modificaciones que le hacen momentáneamente accesible a la

vista y aun al tacto. Y es por esto que algunas veces puede mostrarse en apariciones. Es el mismo periespíritu el que produce los diversos fenómenos de ruído, movimiento y escritura.

Además de la famosa sesión de espiritismo que describe Miguel Cané en su estudio sobre Carlos Encina (1), realizamos otras con asistencia del mismo médium, señor Brédif, que vivía en casa de un señor Franck, en la calle Larga de la Recoleta (hoy Avenida Quintana), frente a la casa de Baltazar Moreno. Dicho señor Franck, algo viejo, gozaba de una buena reputación social y era hombre de fortuna. Inconsolable por el reciente fallecimiento de su esposa, llevó a Brédif a su casa, y por su intermedio conseguía comunicarse con ella, tener prolongadas conversaciones y a veces materializaciones, según lo afirmaba con el más puro y sincero acento de convicción.

Una noche llevamos a Brédif a casa de Rodolfo Moreno, reuniéndonos los mismos amigos, sin que faltara Carlos Encina, que era acaso el más entusiasta de todos. Antes de co-

(1) Miguel Cané. "Charlas literarias". *Carlos Encina.* Recuerdos íntimos, págs. 157 y siguientes.

menzar se ató al médium en un sillón, y se hizo en la atadura un nudo de los que llamamos *potreador,* para evitarle todo movimiento. Las luces fueron apagadas, y pocos momentos después apareció sobre una cortina colocada entre el médium y nosotros, una mano pequeña, bien formada, como de mujer, que nos saludó. Luego se levantó una de las extremidades de la cortina, y apareció una forma femenina que volvió a saludarnos, moviendo lentamente las manos y la cabeza. Allí terminó la materialización parecida en sus detalles a las que realizan frecuentemente los espiritistas, valiéndose de médiums. Se hizo en seguida la luz, y desatamos al señor Brédif, que se encontraba extenuado, con las ligaduras en el mismo estado en que las habíamos dejado un momento antes.

Al salir de esta conferencia, Alejandro Sorondo, que era uno de los concurrentes a las sesiones con mayor espíritu de observación, y con más ardiente deseo de aferrar cualquier verdad que pasara al alcance de sus sentidos, nos manifestó que no era necesario dar a este género de fenómenos mayor importancia que a cualquier experiencia de magnetismo en el ga-

binete o laboratorio de física experimental. "De estas manifestaciones o apariciones tan sugerentes, nos decía, no deben deducirse consecuencias, ni leyes generales para fundamentar una doctrina de carácter esotérico, o una religión de consuelo. No hay ni puede haber sino una sola verdad. No conviene caer en las sugestiones del espiritismo, que a veces son peligrosas para la salud espiritual. En cambio encuentro que la teosofía que nos viene de Oriente, es superior a todo eso. Dentro de su amplia concepción del Universo, comprende toda clase de fenómenos análogos, que son bien conocidos y practicados en la India. La teosofía funde en una sola fuerza las energías del sentimiento y de la razón; ha estudiado esas evocaciones espiritistas, y les da el valor que en realidad tienen. Esos fenómenos no obedecen a las mismas causas. La teosofía separa el grupo de los que en realidad son producidos por seres desencarnados, que proceden con relación al médium, de los otros fenómenos que, sin la intervención consciente del médium, son en unos casos el resultado de la acción del cuerpo *astral* de éste, o del de alguno de los circunstantes; y en otros la obra de ciertas

entidades extrañas que conviven con nosotros, aunque evolucionen en distinto plano de existencia, y que aprovechan, para manifestarse en el nuestro, del estado especial, psíquico y físico en que se encuentra el médium. Esas entidades son llamadas *elementales* por los teósofos.

En cuanto a los fenómenos de la categoría de los que acabamos de ver, — prosiguió, fenómenos de *levitación,* materialización, etc., creo que son de carácter físico, y por lo mismo son los que más atraen y sorprenden. En esta categoría se encuentran también otros de menor importancia, como los que obtienen varias personas, cada vez que se reúnen con un médium alrededor de una mesa, creyendo que basta el deseo y el hecho de poner las manos sobre un trípode, para que las almas de los muertos acudan presurosas a su llamado. Por los inconvenientes de diverso género que suelen presentarse, y hasta por el mal que a veces llega a ocasionar, no es recomendable la práctica de estas cosas. La teosofía, por su doctrina de alta filosofía y de sana moral, está muy arriba de tales fenómenos de física experimental, cuyos efectos son innegables, pero

cuyas causas son bien diversas de las imaginadas por los espiritistas. Creo por mi parte, que espíritu y materia no son sino las dos contrarias manifestaciones de una sola y única substancia, manifestaciones que se complementan, y por medio de las cuales se realiza la Suprema Armonía que preside las funciones de lo creado".

XXVIII. - Habíamos seguido entretanto los cursos de filosofía ecléctica, entonces de moda en el Colegio Nacional y en la Universidad. Conviene que sobre este punto concentre mis recuerdos, porque el fondo de estas ideas, a pesar de los cambios visibles operados más adelante, quedó latente en nuestro interior, al metodizar, hasta cierto punto nuestro criterio de verdad en sus aplicaciones prácticas.

En filosofía considerábamos a Cousin y a Jouffroy, como los antiguos a los padres de la Iglesia. Ellos respondían a las necesidades ideológicas del ambiente, y por eso se imponían. Los grandes filósofos se explican fácilmente si tenemos en cuenta el medio en que nacieron y se desarrollaron, la naturaleza del

país, el limo social que les dió vida. Cousin, al comenzar la evolución que le llevó a su doctrina ecléctica, fué atraído por la elevación casi mística de las teorías alemanas sobre el infinito y sobre la razón pura y eterna. Deteniéndose en Kant, en Schelling, y especialmente en Hegel, a quien descubrió, y reveló a los franceses, lo mezcló todo con Platón, Descartes y Leibniz, a los cuales vuelve a encontrar en su camino. "Esas doctrinas brillaron en su imaginación como otras tantas luces en una linterna mágica, un poco confundidas, un poco cambiadas y algo transformadas" (1). Cada filosofía al deslizarse sobre su espíritu dejó en depósito algunos vestigios, especialmente la de Hegel, cuyas nebulosidades trató de aclarar, adaptándolas al pensamiento latino. En su célebre curso de 1828, tan citado en nuestras clases, Víctor Cousin empleó ideas y construyó frases, a la manera alemana, cayendo en fórmulas panteístas. "Todos los momentos de la esencia divina pasan en el mundo y luego retornan". "¿Qué es Dios?, es el pensamiento en sí, el pensamiento absoluto con sus momentos

(1) H. Taine. "Las philosophes classiques au XIX siecle", pág. 130.

fundamentales". Y cuando Hegel tuvo conocimiento de esto, dijo irónicamente: "Cousin ha atrapado en su red algunos de mis pescados, pero los ha ahogado bien en su salsa".

En realidad esos autores alemanes eran y son obscuros, tanto para nosotros los latinos como para los mismos germanos, según lo dice Goethe; y Cousin hizo bien al aclararlos con su salsa, pues gracias a ella hemos podido penetrar algo en su esencia. Cané, con salsa y todo no los digería. "Yo no entiendo, decía, lo que han querido decir la mayor parte de los filósofos alemanes. En esta deficiencia mía entra en mucho mi educación. He crecido leyendo libros tan bellos como claros: mi espíritu se ha enamorado de la luz, y vive en el horror de las tinieblas" (1). Muy raros son los autores que usan esta franqueza. Creen que confesar su incapacidad para penetrar y entender estas nebulosidades, amengua su reputación o su crédito. En cambio Jouffroy, filósofo de primera línea, declaró, con una modestia *bien altiva,* que él no comprendía la teoría de Spinoza sobre la libertad, y que des-

(1) Cané, "Ensayos", pág. 36.

pués de un estudio muy atento, no podía explicar la conexión entre su moral y su metafísica. Muchos filósofos, aun de los nuestros, que han refutado la "Etica", y otros que hoy la comentan, podrían en conciencia hacer idéntica declaración.

Y buena razón tenía Cané, así como Jouffroy, para expresarse de este modo, pues el mismo Taine hablaba de idéntica manera, antes de *domar* a Hegel. Taine se elevó a las alturas del filósofo alemán, al que consideraba como a un Spinoza agrandado por Aristóteles. "Cuando uno asciende los primeros escalones de la *Lógica* de Hegel, decía, se experimenta la misma emoción que en la cima de una gran montaña. Falta el aire, túrbase la vista; no se está en país humano, y desde el principio no se apercibe sino un amontonamiento de abstracciones formidables, soledad metafísica donde parece que un espíritu con vida no puede habitar" (1).

Esta opinión de Taine sobre los filósofos alemanes era exajerada, y más adelante tuvo ocasión de volver sobre ella. Trataba, como Cou-

(1) H. Taine. Philosophes classiques, pág. 133.

sin, de descubrirlos y de comprenderlos, para revelarlos a sus compatriotas, y al fin los asimiló y se saturó de tal modo que cuando se presentó al concurso para optar una cátedra de la materia, en la verbosidad de su examen brotaba Hegel por todos los poros. Uno de los miembros del jurado, Adolfo Franck, filósofo y miembro del Instituto de Francia, dijo: "los alemanes son obscuros, pero esta filosofía del candidato es más que alemana". Taine fué reprobado.

Aníbal Ponce en su admirable trabajo sobre Amadeo Jacques, dice que un estudio de Cousin sobre Kant, destinado a la "*Revue des Deux Mondes*", no fué admitido por su director. Las razones eran, sin embargo, convincentes: Buloz lo había leído desde la primera línea hasta la última y no había comprendido una palabra... La revista se dirigía al gran público, y no era posible ofrecerle lectura tan profunda.

XXIX. - Cousin era más predicador que filósofo. El mismo lo dice: "No traigo una nueva visión sobre la naturaleza de los seres, ni una nueva opinión sobre el método de las ciencias; traigo una exhortación a la virtud. Mi filosofía no es una obrera de la ciencia; es un instrumento de moral. Su objeto no es el de descubrir lo verdadero, cualquiera que sea, sino el de hacer gentes honradas, cueste lo que cueste. Es la aliada natural de todas las buenas causas. Sostiene el sentimiento religioso, secunda el arte verdadero, la poesía digna de este nombre, la gran literatura; ella constituye el apoyo del derecho; rechaza tanto la demagogia como la tiranía; enseña a todos los hombres a amarse y respetarse. Yo no establez-

co una fórmula: anuncio una cruzada. No doblóis la rodilla ante la fortuna; acostumbraos a inclinaros ante la ley. Conservad el noble sentimiento del respeto; sabed admirar; mantened el culto de los grandes hombres y de las grandes cosas. Defendeos de la enfermedad de vuestro siglo, de este gusto fatal de la vida cómoda, incompatible con toda ambición generosa. En cualquier carrera que se emprenda es necesario tener un fin elevado. Poned a su servicio una constancia inquebrantable. *¡Sursum corda!!* tened en alto vuestro corazón; he ahí toda la filosofía".

Y fué precisamente en esta profesión de fe, que Cousin resumió durante los últimos años todos los rodeos, vueltas y contradicciones aparentes de su doctrina. Detengo mi atención en Cousin, que hoy y a primera vista no aparece con mayor importancia para nosotros, porque fueron esas ideas las que nos transmitieron nuestros maestros, a través de sus respectivos caracteres y temperamentos. En la cátedra, era Cousin el tipo del orador en plena elocuencia persuasiva, manejando las fibras fáciles del sentimiento, apartando toda materialidad y toda metafísica que no tuviera un fin de mo-

ralidad práctica. Y era ese el discreto y prudente eclecticismo que nos transmitían, y al que se refiere Cané al hablar de Jacques. Pero el mismo Jacques, en su fuero íntimo, profesaba otra filosofía diferente de la desarrollada en el clásico manual que escribió en colaboración con Julio Simón y Emilio Saisset. El mismo autor citado anteriormente agrega: "Otra noche confesó Jacques, los primeros esbozos de una filosofía de las ciencias en que andaba preocupado. Su sólida cultura lo había ido apartando poco a poco de las explicaciones palabristas y de perenne glosa inútil. Y al inaugurar la clase de filosofía y refiriéndose al manual, tan respetuoso de las supersticiones vulgares, habría de declarar públicamente que aquélla era filosofía ecléctica, y que el día en que escribiera su filosofía, empezaría por quemar ese manual".

No obstante ese texto tenía el atractivo de la vigorosa belleza de su dialéctica, como lo observa el doctor Aníbal Ponce. "Desde la introducción, de una severa elegancia, hasta el párrafo final en que pretende demostrar la espiritualidad del alma, tiene tan recia contextura su edificio lógico, que parece levantarse

de un sólo ímpetu desde las piedras de los cimientos hasta las columnas de la bóveda. En este sentido puede afirmarse que los capítulos dedicados a la teoría de las facultades del alma, del libre arbitrio y del entendimiento puro, son verdaderos modelos de argumentación filosófica. Expuesta la premisa inicial, como el enunciado de un teorema, los silogismos se suceden con el rigor de una demostración impecable, y no es posible recorrer sin una viva voluptuosidad, tan largas avenidas bordeadas de análisis y de abstracciones. Voluptuosidad a un tiempo mismo, de geómetra y de poeta. ¿No ha sido acaso el mismo Enrique Poincaré, quien señalara la sensibilidad estética como uno de los factores primordiales del razonamiento matemático?" (1).

(1) Aníbal Ponce. "Ensayo sobre Amadeo Jacques", Introducción a la *Psicología* de Jacques, publicada por "La Cultura Argentina", pág. 13.

XXX. - Una cosa es la doctrina que el profesor desarrolla con arreglo a los programas oficiales establecidos, y otra bien diferente es la que se reserva como esencia permanente y exclusiva de sus pláticas interiores. No es que falte sinceridad ni veracidad. Por el contrario, un sentimiento noble acompaña siempre la investigación de la verdad; pero a veces sobra el temor de no ser alcanzado, de no ser comprendido en la profundidad y en la pureza de las intenciones. ¿Fué acaso una restricción de este género la que impidió a Jacques la continuación de su tratado de filosofía científica? El también había dado su corazón al estudio, y comprobado que en relación a la tranquilidad del alma, no hay objeto en devorar los

libros, como lo dijo el *Eclesiastes,* "porque el mucho estudio aflicción es de la carne, y en la mucha sabiduría hay mucho enojo" ¿Qué pasó entonces en el fondo de ese enorme contemplador de ideas? ¿Por qué quiso destruir ese tratado de psicología "el más admirable que se haya publicado en Europa", según Cané, antes de exponer lo que consideraba como su verdadera y genuina filosofía científica? La palabra de Jacques será tal vez explicable si tenemos en cuenta la altura de la vida en que la pronunció, allá en un crepúsculo que se le hacía sombrío; y si consideramos el ambiente contemporáneo de las escuelas científicas europeas. Contemplando el pasado en su visión de conjunto comprobó acaso que después de estudiarlo todo, nos encontramos con que más allá de lo que comprendemos, hay algo de incomprensible; y más allá de lo que vemos, hay siempre algo que no vemos, pero que existe; y este imperio invisible produce en nosotros, seres transitorios, hijos del tiempo, una angustia involuntaria, una sensación inenarrable.

La filosofía en su mayor parte es una meditación de la muerte, como lo es también la

religión. El materialismo antiguo cerraba las puertas de la esperanza; pero el materialismo que se desarrolló en tiempo de Jacques, con Büchner, Darwin y Moleschott, las abría en nombre de la ciencia experimental, dándonos a palpar los hechos y los fenómenos para establecer la certidumbre casi tangible de las transformaciones dentro de lo creado. Fué Lamarck quien formuló las leyes generales del transformismo. Apoyándose en la paleontología estableció que las especies actualmente vivas descienden de especies desaparecidas, y son el resultado de la transformación producida por el medio, por las reacciones de la substancia viva bajo la influencia de los agentes exteriores. Los seres se adaptan a las condiciones del medio, y los caracteres adquiridos por adaptación se transmiten por herencia. A su aparición esas ideas no tuvieron éxito brillante; pero Darwin fué más feliz, porque llegando más tarde pudo apoyarse en observaciones posteriores que ya habían sido incorporadas a la ciencia. Admitió con Lamarck la descendencia y la transformación; y se aplicó especialmente a encontrar cómo persisten las modificaciones, llegando así a su famosa doctrina de la selección na-

tural que todos conocemos, según la cual la lucha por la vida suprime a los débiles. Los fuertes, los mejores armados para la adquisición de los nuevos caracteres, triunfan y persisten. La ley, como lo dijo después Spencer, se funda en la persistencia *del más apto.*

La filosofía científica a que aspiraba Jacques después de su eclecticismo universitario, debió tener por base la biología, ciencia que estaba en retardo en relación a su amplio desenvolvimiento posterior. Carlos Darwin publicó en Londres, en 1859, su famoso libro sobre el origen de las especies, que obtuvo un éxito ruidoso, y fué traducido al francés poco después, y publicado en París por la célebre Clemencia Augusta Royer. Jacques, estudioso como ninguno, seguía indudablemente el movimiento, y tal vez, ante la visión de esas claridades, sintió germinar la nueva idea, y estallar la chispa de su propio genio.

Pero es también posible que, fatigado por la gran jornada de trabajo que fué su vida, se reconcentrara, en su postrimería, en la contemplación y en la abstracción casi mística que invade a los más fuertes, al final del viaje, ante la última certidumbre, en la hora grave

de las eternas despedidas. Y por eso consideraría vano todo nuevo esfuerzo, y pura vanidad la nueva tentación de gloria. Le bastaba reconcentrar todo en su interior y conversar en su celda consigo mismo. "Aunque estemos en viaje, dijo el suave panteísta de Asís, debemos ser modestos como si estuviéramos en nuestra ermita. En cualquier sitio de la vida en que nos encontremos, tenemos siempre nuestra celda con nosotros. Nuestro hermano el cuerpo es nuestra celda, y el alma es el ermitaño que la habita".

XXXI. - Sosteníase en nuestros cursos eclécticos las ideas absolutas de la verdad, del bien y de la belleza, porque eso es moral; la existencia de Dios, porque es moral; la voluntad libre, porque es el fundamento de la moral. Combatíase el panteísmo como contrario a la moral, y el escepticismo, porque es inmoral no creer en nada. Agregábase que fué Cousin quien dijo que si Dios no existiera sería menester inventarlo como centinela guardián de la moral. De todo lo cual resultaba que en el fondo no se tenía en vista la verdad, sino la moral; pero por otra parte en esos estudios no era la verdad en sí misma lo más interesante, sino la investigación de la verdad, es decir, el despliegue de las fuerzas del alma.

Corresponde además tener en cuenta que la filosofía no es solamente una ciencia y una investigación, sino también una doctrina y una fe, y en este sentido puede ella ser considerada como una religión. La doctrina epicúrea se convierte en Lucrecio en una especie de religión, y ¿qué otra cosa es la filosofía estóica dentro de nuestra doctrina evangélica; y el platonismo en la escuela de Alejandría; y el panteísmo indio al evolucionar en el espíritu religioso de Spinoza; (1) y el panteísmo de Spinoza transformándose paulatinament en religión dentro del colosal Universo de Goethe?

Aun los ateos y los escépticos del siglo XVIII tenían fe en los destinos de la humanidad y de la civilización. Jacobo Moleschott y Carlos

(1) Refiriéndose al supuesto ateísmo de Spinoza, dentro de su panteísmo, decíase irónicamente que Spinoza negaba a Dios como un sirviente que afirma que su amo ha salido, pero en tal tono y de tal manera que deja a la gente una sospecha y una esperanza de que pueda estar adentro.

"Para hablar debidamente de Spinoza, sería menester volver a encontrar los acentos de Lucrecio cuando habla de Epicuro. Spinoza es uno de los grandes héroes de la humanidad. Ha arrebatado a los hombres el vano temor y la vana esperanza de ser inmortales, haciéndoles sentir y experimentar que son eternos". Preámbulo del tomo III del "Chronicon Spinozarum" publicado por la Sociedad Spinozista de La Haya. — 30 de Enero de 1924.

Buchner, que hace medio siglo eran considerados en Europa como los jefes de la escuela científico-materialista, en el fondo eran religiosos. El célebre Moleschott fué duramente tratado en uno de sus libros clásicos, por Tiberghien, filósofo espiritualista, rector de la Universidad de Bruselas, que le calificaba de ateo. Y Moleschott dijo: "Al mismo tiempo que hombre de ciencia, yo soy un ente religioso y moral, porque el sentimiento religioso constituye una facultad, o al menos una fuerza en el fondo de la conciencia, *independiente de los conocimientos de carácter científico o experimental.* Los críticos, en su visión unilateral, hablan de materialismo en el sentido grueso y ordinario del vocablo, sin imaginar que dentro de eso puede existir oculto un intenso idealismo. El sentimiento de la religión es el más sagrado entre las facultades humanas, y es independiente, pero independiente en modo absoluto, de la opinión que el hombre se forme sobre las causas del Universo y de sí mismo, independiente de cualquier creencia. Sócrates y Spinoza no eran menos religiosos que Jesús y Agustín; Galileo fué más religioso que sus perseguidores, y Vol-

taire mucho más que todos los inquisidores del mundo" (1).

(1) La influencia de los libros y de la personalidad de Moleschott sobre muchos hombres de ciencia, y especialmente en Italia sobre César Lombroso, fué decisiva. En Lombroso, más que una influencia parece una seducción, pues él mismo en sus cartas dice que su intelecto se abrió al soplo de las palabras del maestro y que el libro clásico de Moleschott, *Circulación de la vida*, le dominó y le hizo palpitar en su juventud.

Viajando por Italia con el General Roca, tuve en Roma la satisfacción de ponerle en comunicación con Moleschott, que era el médico del Ministro argentino, doctor del Viso, y de mi familia, la cual mantenía con la suya cordialísima amistad. Al pasar Roca a Turín, recibió allí la visita de Lombroso que había sido advertido por Moleschott; y él, con Edmundo de Amicis, fueron los dos complacientes amigos que nos guiaron en el estudio y conocimiento de la capital piamontesa. Lombroso, examinando la cabeza de Roca, encontró la accidentada conformación de sus protuberancias craneanas, de acuerdo con las hermosas calidades y condiciones de carácter que hacían del General un hombre excepcional. Al examinar la mía, después de oprimirla y de tantearla minuciosamente en todas direcciones, me rechazó como decepcionado, diciendo: "*troppo regolare: ne matto, ne mattoide*". Con lo cual sufrí desengaño.

Nadie como Moleschott conoció la versatilidad e inconstancia de los juicios humanos, pues fué sucesivamente combatido y elevado a las nubes. Todo esto le conservaba indiferente, pues era intrínsecamente bueno y optimista. A la amargura de adversarios y contradictores como Liebig, Fischer, Schopenhauer, etc., opuso el alegre sentimiento de gratitud hacia los buenos y fuertes amigos que siempre le respetaron y amaron: Humboldt y Renán, De Sanctis, Alma Tadema e Israeli, Carducci y Gabriel D'Annunzio que le adoraba. Todos ellos al llegar a Roma, subían como en peregrinación al Esquilino, a su modesto salón de vía Volturno, por donde también

Todos los maestros del pensamiento francés de esa época, y entre ellos especialmente Amadeo Jacques, que había llegado a nuestro país con cierta fama, y con la notoriedad y el prestigio de la persecución, todos esos maestros eran personales y desemejantes. Fuera de las doctrinas de escuela referentes al programa y selección de los conocimientos, en los que estaban de acuerdo, su propia ideología no se sujetaba estrictamente a un sistema determinado y definido. Esas divagaciones íntimas quedan explicadas por la naturaleza misma de la doctrina ecléctica, que ocurre a diversas fuentes, sin arraigar en ninguna. Pero había un punto que unía a todos: la explicación suprema debía ser buscada en lo que hay de más elevado, y jamás en lo inferior; el fondo de las cosas es el espíritu, el pensamiento, la libertad, y no la materia, que, a pesar de las manifestaciones de los sentidos alucinados, no es sino la sombra y la apariencia de la realidad. Al transportar del exterior al interior las condiciones de la existen-

pasaban Wágner, Litz, Eleonora Duse, Matilde Serao, pues la reunión era tan artística y musical como filosófica o científica. La velada no tenía el carácter de académica y no había manera de fastidiarse en abstracciones metafísicas.

cia, en lugar de subordinar el pensamiento a los objetos, corresponde subordinar los objetos al pensamiento y hacerlos servir en su provecho y utilidad. No pensamos en la naturaleza porque existe, sino que existe porque pensamos en ella. No podían ser más espiritualistas, y es este espiritualismo el que armonizaba los detalles y aparentes contradicciones de cátedra (1).

(1) Ver Paul Janet. "La philosophie francaise contemporaine", pág. 68 y siguientes.

XXXII. - Pedro Goyena enseñaba filosofía en las aulas de la Universidad, al mismo tiempo que Jacques y de la Plaza en las del Colegio Nacional. Pedro Goyena procedía en mucha parte del sabio profesor de la Sorbona, y también de Jouffroy, que fué suplente del mismo. Amaba ese género de enseñanza, y le agradaba tener discípulos atentos y respetuosos como lo éramos nosotros al escuchar sus lecciones, moderadas y hermosas en el estilo, y con mucha convicción moral y de conciencia en lo esencial. Siendo literato al mismo tiempo que filósofo, no cayó en la filosofía literaria, que en definitiva no es sino un recurso de retórica en que predomina el encanto de la forma sobre la austeridad del fondo. Dentro de

esas disquisiciones daba entrada al sentimiento religioso, porque era observante y militante. Al mismo tiempo que confesaba los dogmas católicos, aceptaba las doctrinas políticas que de ellos se desprenden, sus actitudes sociales, sus resistencias ante las reivindicaciones contrarias. Sabía que Cousin había dicho que la filosofía y la religión no difieren sino en la forma, puesto que encuentran idéntico el fondo y por eso en su fervor religioso, Goyena no iba tan lejos como el doctor Félix Frías, su compañero de credo, insigne cruzado contra los infieles argentinos del libre pensamiento, que se encerraba en dogmas de granito, declaraba que la verdad es una, es católica, y todo lo que se aparta de ella es error y carece de derechos, por lo cual la tolerancia es sólo debilidad. De ahí su religión autoritaria, su gesto indignado de inquisidor laico, amenazando y blandiendo el crucifijo, símbolo clásico de caridad y de perdón, que en sus manos trémulas transformábase en arma de guerra que acomete y castiga con dureza.

Pedro Goyena era soldado de paz, espiritualista y suave. Creía en las causas finales, en las ideas innatas y demás manifestaciones interio-

res que no han pasado por los sentidos, y que se le presentaban tan reales como los mismos hechos exteriores y sensibles. Deducía de esto que hay una observación interior de conciencia tan verídica como la observación exterior de los sentidos; y que hay en la ciencia del alma un objeto y un instrumento como en la ciencia de los cuerpos. En todo lo cual no andaba lejos de Jouffroy, también entonces de moda, de cuya "Estética" decía Taine que era la única que se podía leer después de la de Hegel.

Goyena fué el director de la filosofía universitaria de su tiempo, a pesar de su contradicción manifiesta con el liberalismo del rector Juan María Gutiérrez; lo que nos revela la tolerancia de éste, y la libertad completa dejada a los profesores en su cátedra. Lo mismo sucedía con los cursos de José Manuel Estrada.

Más adelante, Miguel Cané, Decano de Facultad, decía oficialmente: "En la alta enseñanza, la libertad del profesor no debe tener más límites que los que su propia cultura moral e intelectual le señalen".

Cada filósofo tiene su capital de ideas que se complace en considerar como sistema. A Goyena no le debemos un sistema, sino más bien

un método para apreciar el estudio de la moral, ya que ésta constituye en la práctica la más útil y provechosa aplicación de las doctrinas filosóficas. Cané estaba en fundamental contradicción con Goyena, a quien respetaba por una cierta diferencia de edad, y admiraba por la sabiduría y por la corrección clásica de su elocuencia. Cané opinaba que la moral no es absoluta, ni susceptible de progresos, sino de adaptaciones; y yo, por mi parte, sostenía que en moral no se hace descubrimientos sino aplicaciones de principios relativos y adecuados al medio. Más que a reglas o cánones inmutables, ella depende de la manera de practicarla, pues cada sociedad, cada pueblo, cada agrupación tiene sus puntos de vista; y en este sentido, más que una ciencia con principios fijos, es un arte que se aplica a la buena y sana convivencia para realizar los actos de acuerdo con las costumbres del medio; de donde se deduce que para ser moral es necesario obrar como los otros, repetir sus actos, y no singularizar la propia vida dentro de la sociedad, es decir, hacer todo lo contrario de lo que hizo lord Byron. Rara vez los genios son equilibrados y morales. Calificamos generalmente de inmoral toda mo-

ral que no es la nuestra. Pero lo mejor es poder llegar a esa paz del espíritu que no reconoce otro juez que la propia conciencia. Se necesita mucha bondad, mucha sabiduría, mucho carácter, y una gran altura de alma para conseguirlo. Y sosteníamos eso con toda petulancia y desenvoltura ante las obscuras e imponentes barbas del profesor.

Goyena pretendía que su filosofía universitaria, entraba o tenía cabida en las grandes concepciones de la libre metafísica. ¡Libre metafísica! Así él la llamaba con acento convencido. Y dentro de ella introducía un ligero matiz de religiosidad y un sentimiento moral conmovedor; persuadido acaso con Cousin que la filosofía es siempre la hija de la religión, "hija indiscreta, que a veces pega a su madre, pero que al fin acaba por servirla".

El maestro no decía si era o no conveniente que tuviéramos una especie de filosofía oficial, una filosofía de escuela con su manifiesta pretensión de poseer, enseñar e imponer la verdad, pero se aferraba a ella en la cátedra. Con lo cual confirmaba que antes y después de que Poncio Pilatos hiciera a Jesús su célebre pregunta, ¿qué es la verdad? ha habido y hay profesores

detentadores de la misma. Ya en esa época universitaria Schopenhauer revolucionaba la Alemania docente contra la filosofía oficial, y algunos ecos llegaban hasta nosotros (1).

El eximio crítico de las ideas estéticas en la literatura argentina, refiriéndose a nuestro profesor, dice: "Pedro Goyena, orador en la cátedra universitaria, parlamentaria y forense, es algo más que un recuerdo para las generaciones que no escucharon sus discursos o que leyeron sus fragmentos en prosa: ¡es un *momento* de nuestra historia espiritual!" (2).

Ricardo Rojas, en su magna obra sobre la literatura argentina, recuerda que a Goyena se le suele citar como a un gemelo de José Manuel Estrada, "y sin duda lo era, por la fuerza de su fe, la amplitud de su cultura, el temple de su carácter, el refinamiento de su sensibilidad, la elocuencia de su palabra. El recuerdo de esa elocuencia, unido a la sensación de su silueta cordial y de su voz seductora, ha quedado en

(1) Schopenhauer. "Uber die Universitats-Philosophie". Sobre la filosofía universitaria.

(2) Jorge Max Rohde. "Las ideas estéticas en la literatura argentina". Tomo IV, pág. 252

la memoria de quienes le oyeron. El tiempo transcurrido desde entonces ha venido borrando esos perfiles, pero ha subsistido la leyenda de un gran tribuno y de un ingenioso conversador. Acaso esta parte oral de su pensamiento ha sido lo mejor de su obra; pero la oratoria es de tal naturaleza, que resiste pocas veces al tiempo, o sólo quedan sus documentos como un desvirtuado testimonio de lo que fué su encanto" ( ).

(1) Ricardo Rojas. *Obras*. "La literatura argentina", Tomo XV, pág. 957.

XXXIII. - Después de esto continuamos vagando de un círculo o capilla a otro. Refiriéndose a esos tiempos, dice Cané: "Yo era entonces, como casi todos los jóvenes de esa edad que han recibido una educación análoga a la mía, un dechado de escepticismo, hasta cierto punto inconsciente. Había estudiado filosofía casi del mismo modo que se estudia derecho internacional, esto es, pasando revista a las opiniones de las autoridades consagradas por el juicio universal. Voltaire y los enciclopedistas me parecían irrefutables, y las doctrinas materialistas no me presentaban duda alguna" (1).

Esto era un poco exagerado, pero en reali-

(1) Miguel Cané "Ensayos", pág. 165.

dad correspondía a la postura de moda, a la *pose* de la edad, pues como es sabido, la juventud ama las frases, los grandes gestos y los colores chillones para llamar la atención antes de merecerla. En realidad, sin conocer el camino que debíamos recorrer, partimos frescos y animosos para realizar la vida, como se va a las avanzadas en el combate, bravamente, sin pensar cómo se volverá del fuego. Escribimos artículos en los diarios y revistas, hicimos traducciones de propaganda, explotamos a los enciclopedistas y demás filósofos libre pensadores del siglo XVIII; pronunciamos discursos y conferencias con mucha vehemencia, teniendo la ingenuidad, a nuestra vez, de creernos poseedores de la verdad. En breve llegamos al fanatismo filosófico, más intransigente y menos excusable que el religioso.

Nos llamábamos libre pensadores, pero conviene advertir que dentro de ese libre pensamiento no habíamos abandonado, como lo digo anteriormente, ciertas nociones primarias y fundamentales que continuaban figurando en las discusiones de la Universidad, ideas fundadas en probabilidades más que en un criterio de verdad pura. Tratando de personificar las ideas

abstractas, es decir, de darles formas tangibles dentro de las cosas de la naturaleza, y también una adaptación práctica en la vida de relación, buscábamos la aplicación adecuada en el terreno institucional, y en las orientaciones de la cultura científica, social y política; y con tal objeto, y con la cooperación de hombres de todos los partidos, contribuímos a la fundación del Club liberal.

Fué hermoso y atrevido aquel hervor y levantamiento de voluntades y de caracteres; y hoy después de cincuenta años, con la perspectiva de tiempo necesaria para corregir las exageraciones del momento, podemos afirmar que en nuestro país no ha habido jamás un movimiento de opinión, con motivos y tendencias doctrinarias, que fuera más acreditado por el valor moral de los promotores. Examinando sus nombres encontramos los más representativos dentro de la cultura intelectual y universitaria de la época. Y sin embargo, la acción primitiva liberal de esos hombres, que fué la originaria de las reformas actuales, es desconocida de las generaciones del presente. Buscando y refrescando recuerdos que deseaba documentar, he encontrado antecedentes inéditos en los ma-

nuscritos del doctor Juan María Gutiérrez conservados en la Biblioteca del Congreso, y también el manifiesto original que precedió al acta de fundación, con las firmas de muchas personas que dejaron después un nombre en nuestra historia nacional; personajes cuyo origen netamente liberal es ignorado, porque en el correr de los acontecimientos siguieron la evolución tantas veces repetida, del sujeto revolucionario, que al subir al gobierno transfórmase en estadista conservador.

XXXIV. - El Club liberal fundado por el doctor Juan María Gutiérrez, rector de la Universidad, con la cooperación de los doctores Vicente Fidel López, Salvador María del Carril, Juan Carlos Gómez, Carlos Pellegrini, Lucio Vicente López, Miguel Cané, Olegario Andrade y otros, tenía por objeto ostensible el de reunir a los compatriotas de buena voluntad, sin distinción de partidos políticos, en un centro intelectual que diera dirección conveniente a las fuerzas morales y activas del pueblo. Decíamos en términos generales y usando de un lenguaje pomposo y altisonante, que ello significaba la prosecución del ideal encarnado en los grandes hombres que nos habían enseñado la ruta; dando a la humanidad la mayor suma de bienestar

posible; dignificando la conciencia de los individuos y de las naciones por la práctica de la virtud y el ejercicio de los derechos legítimos.

El Club liberal trataría de combatir en la teoría y en la práctica, todos los obstáculos que se presentaran contra el desenvolvimiento progresivo de nuestras instituciones libres. La lucha, en la teoría, consistiría en la organización de una propaganda activa para extirpar de la conciencia del pueblo los errores y las supersticiones acumulados durante largos años. Sin salir de la órbita legal, se concentrarían los esfuerzos allí donde el error y el atraso pretendieran imponerse. El libro, el diario, la conferencia pública, la tribuna parlamentaria, la cátedra, la escuela primaria, los puestos públicos, los cargos profesionales, los elementos mismos del Gobierno, serían los fuertes y baluartes desde donde se combatiría. Especialmente en la escuela la propaganda se convertiría en acción, trabajando para que la educación y la legislación alcanzaran las graves reformas exigidas por el espíritu moderno.

Y después, refiriéndose al objeto principal, se declaraba que era llegado el momento de reunir a todos los hombres de ideas liberales, por-

que el clericalismo pretendía reconstruir en América el imperio que había perdido en Europa. Y no obstante, declaraba que no se sentía guiado por un espíritu hostil al sentimiento religioso, pues reconocía que él es una de las bases en que reposa la moralidad de las naciones; pero trataba de transformar ese sentimiento, dándole los caracteres nobles y elevados que son propios de su esencia misma, y despojándole de las trivialidades de forma impuestas en el culto externo.

Se hacía también un llamado al patriotismo, diciendo que así como hemos brillado en la América independiente por los esfuerzos y sacrificios de nuestros ejércitos, debemos mantener esa gloriosa tradición argentina, completándola dentro de la conciencia americana por el vigoroso desenvolvimiento de nuestras fuerzas morales.

"Al ponernos en movimiento, decía el doctor Gutiérrez, redactor del manifiesto, declaramos que no nos afecta la mínima duda ni inquietud sobre la suerte de la civilización a cuyos progresos pertenecen nuestras creencias. No tememos que los predicadores del *Syllabus* puedan prevalecer jamás en el seno de un pueblo

libre y civilizado. Si ellos cuentan con el sedimento rezagado que al pasar de los siglos queda en todas las sociedades humanas, nosotros contamos con algo más: contamos con la cabeza de la columna que marcha en el sendero del progreso y de la emancipación moral de todo el mundo; contamos con los intereses irresistibles de la libertad, y si no estamos servidos por la ignorancia, tenemos en nuestra mano las soluciones de la crítica y de la ciencia para derramar luz en la conciencia del pueblo y en la inteligencia de las nuevas generaciones. Todos los adelantos y las conquistas de las ciencias naturales, van a servirnos de texto para poner de relieve los errores con que se pretende alterar la naturaleza de nuestras creencias y desacreditar la emancipación de la razón moderna.

Los libros evangélicos y los libros bíblicos mismos, van a darnos las pruebas de las verdades que queremos defender. Examinados por la vigorosa exégesis de los grandes eruditos de nuestro tiempo, ellos sirven para poner en transparencia las falsificaciones y los artificios en que reposa el edificio del fanatismo".

Tales ideas, demasiado generales en sus términos, fueron desarrollándose e infiltrándose en

los círculos intelectuales, y en las otras clases del pueblo. Sólo llegaron a su realización parcial después de algunos años, al ser concretadas en leyes y reglamentos que dieron carácter laico a la educación pública, establecieron el Registro Civil e hicieron cesar el poder legal del matrimonio religioso (1)'

(1) De entre los documentos inéditos referentes al Club Liberal, conservados en el archivo del doctor Gutiérrez, copio las siguientes firmas de adherentes, en el orden en que figuran en las fojas volantes repartidas con ese objeto:

Juan María Gutiérrez, Salvador María del Carril, Vicente Fidel López, Juan Carlos Gómez, Mariano Varela, Delfín Gallo, Carlos Pellegrini, Olegario V. Andrade, Carlos Encina, Enrique B. Moreno, Miguel Cané, Belisario J. Montero, Alberto Navarro Viola, José María Ramos Mejía, Lucio Vicente López, Alejandro Sorondo, Francisco P. Moreno, Pedro N. Arata, Carlos Berg, Bernardino Speluzzi, Eduardo Aguirre, Francisco Lavalle, Luis Silveyra, Emilio Rosetti, Jorge Coquet, Juan Coquet, Juan Pirovano, Carlos Stegmann, Adolfo Buttner, Edgardo Moreno, Ignacio Pirovano, Miguel Puiggari, Rodolfo Moreno, Julio A. Costa, Vicente L. Casares, Miguel Sorondo, Bernabé Artayeta Castex, Eliseo Acevedo, Juan Ignacio Garmendia, Edelmiro Mayer, Rodolfo Lagos, Temístocles Obligado, Hilario Lagos, Antonio V. Obligado, Manuel Bilbao, Adolfo Saldías, Carlos L. Marenco, Carlos Roseti José Antonio Capdevila, Juan Carballido, Florencio del Mármol, Ernesto Pellegrini, José A. Viale, Julio Velar, Isaac P. Areco, Carlos Molina Arrotea, Francisco Seeber, José María Bustillo, Manuel Arana, Bruno V. Quintana, Alberto Costa, Francisco C. Casares, Josué Moreno, Juan N. Acuña, Agustín Silveyra, Bartolomé Viale, Agustín Silveyra (hijo), Alberto Dessein, Arturo Reynal O'Connor, Ramón J. Lista,

José María Muñiz, Juan R. Silveyra, José María Lagos, José García Fernández, Juan María Gutiérrez (hijo), Francisco Casares, N. Reynal O'Connor, Matías Calandrelli, Manuel Eguía, Arturo M. Saubidet, Oscar Knoblauch, Tomás Moncayo, C. Sauvaire, E. Nelson, Juan B. Ballesteros, Otto Schnyder, Mariano Cabral, Eduardo Munilla, C. Amenábar, P. M. Cortina, Juan C. Migoni, Pablo Marengo, Manuel Arauz, Juan N. Acuña, Alvaro Pinto.

Faltan otras fojas con millares de firmas que no fueron conservadas por el doctor Gutiérrez. Pero el Estado Mayor estaba formado por las personas antes indicadas. Con excepción de una media docena, todos esos firmantes han fallecido.

XXXV. - En la lista anterior no aparece el nombre del doctor Nicolás Avellaneda, que era una de las figuras sobresalientes del grupo universitario, y que en la primera juventud, tuvo su primavera de liberalismo.

En un estudio titulado "El doctor Zuviría", decía en muy hermosos términos: "No participamos por cierto de todas las opiniones del doctor Zuviría; e inclinándonos como él ante el sentimiento religioso, que, como el amor de lo bello y la idea de lo infinito, son una facultad del espíritu humano que jamás podría arrancársele, no lo acompañamos, empero en esa reconstrucción obcecada que él se obstina en hacer de los monumentos derruídos del pasado. Esa máquina del catolicismo, que un día, tan

pesada como es, gravitara sobre el mundo, y que el doctor Zuviría quisiera levantar de nuevo, está bien donde Dios y la marcha progresiva del espíritu humano la han puesto, sepultada bajo el polvo de los siglos. El catolicismo autoritario y el renunciamiento conventual, resucitados con su extinguido prestigio, serían la reconducción al pasado, los instrumentos rotos de un despotismo caduco, el despotismo de la conciencia, puestos otra vez en movimiento, y las cadenas ya quebrantadas traídas de nuevo para trabar el libre desenvolvimiento de los pueblos. Desde que Descartes desencadenó la razón del hombre para que paseara por el mundo su luz y sus sombras, el argumento de *autoridad*, vieja palanca del catolicismo, desapareció para no volver más a la tierra. Podrían así señalarse muchos errores y prejuicios en el libro del doctor Zuviría; pero... es de reconocerse que, cristiano militante y convencido, no se halla cegado por el fanatismo, y ninguna de sus páginas brilla con su fuego sombrío" (1)'

Este liberalismo decreció paulatinamente,

(1) "Escritos y discursos del doctor Nicolás Avellaneda", tomo I, pág. 25.

hasta que el doctor Avellaneda, todavía en temprana edad, fué llamado por el doctor Adolfo Alsina, a compartir las tareas del gobierno de Buenos Aires. Alsina en materia religiosa era católico, aunque no observante, amigo personal del Arzobispo Aneiros, al cual llevó como afiliado al partido autonomista, haciéndole encabezar la lista de diputados, cuya admisión al Congreso nacional sirvió de pretexto a la revolución de 1874. De este punto de vista Alsina y su Ministro Avellaneda se entendieron admirablemente. Sabían que una cosa es el libre pensamiento sin las responsabilidades del mando, y otra la acción del hombre de Estado que conduce las sociedades. Y así fué como Avellaneda conoció en las altas esferas del gobierno práctico todo lo que se debe rebajar de los entusiasmos juveniles, y todo lo vano que era el esfuerzo liberal para fundar algo permanente sobre ideas en contradicción con los sentimientos de la masa del pueblo, que era católica. Este sentido realista en el orden público institucional, trabajó sus ideas primarias, y le condujo después, y especialmente durante su presidencia, a una política conservadora dentro de las agitaciones de carácter religioso que

conmovieron nuestra sociedad. La habilidad y ponderación de esa política trajeron una relativa calma durante la presidencia tan trabajada de ese gran patriota y estadista.

Refiriéndose a los últimos meses de su gobierno, dice Miguel Cané: "Debo al doctor Avellaneda la contemplación de uno de los espectáculos morales más bellos, que mayor impresión hayan producido en mí: la plena serenidad de un hombre en el momento de prueba. Me refiero a la crisis de 1880, en Belgrano. Desde los primeros días duros y angustiosos, hasta la hora del triunfo, su valor tranquilo, reposado y sin alarde, no se desmintió un instante. No era por cierto indiferencia, porque la honda preocupación del momento se leía en su rostro demacrado y hasta en el descuido de su traje y cuidados personales.

Pero nunca aceptó ni el consejo pusilánime, ni el violento; se resistió a alejarse de Belgrano cuando sólo le rodeaba un puñado de hombres, e impidió la toma por asalto, de Buenos Aires, por horror a la sangre y por respeto a la ciudad histórica. En aquellos días, la sonrisa había desaparecido de sus labios; pero la expresión de su pensamiento tuvo siempre su

habitual forma elegante, reflejando en su mesura, el ritmo sereno y tranquilo de su corazón".

XXXVI. - Recuerdo la actividad y el entusiasmo comunicativo del doctor Gutiérrez, a pesar de su grave edad. Tenía el cabello níveo y el corazón ardiente. Era uno de esos espíritus inquietos que aman la investigación por sí misma, y en el fondo temen el hallazgo, porque cuando lo encuentran ya no hay que buscar. Hubiera dicho, como Lessing, que si Dios quisiera regalarle la verdad, renunciaría a ella, prefiriendo el esfuerzo de buscarla por sí mismo. En su fervor de polemista lleno de sutilezas, complacíase en la región de las dudas y de las contradicciones, dentro de la cual su agudeza y su fino entendimiento se desenvolvían maravillosamente. En esa exploración de ideales tenía el sentimiento de una dignidad científica in-

comparable, estimando que en cierto sentido el trabajo del espíritu humano para resolver un problema, constituye un hecho experimental de sumo interés, y digno del mayor respeto, aun en los casos en que el éxito no responda al esfuerzo. Estaba en ese estado de ánimo a que se refiere el viejo pensador: "Vale más leer los grandes libros, y cultivar pensamientos elevados, que derrochar las energías en las cosas triviales que preocupan a los hombres modernos. ¡Felices aquellos que saben hacer de la realidad su única ilusión, y que emplean su tiempo en hacer dichosos a los demás!"

En aquella contienda doctrinaria, la Iglesia marchó sin detenerse a través de sus enemigos del Club liberal, acaso servida por ellos... a pesar de ellos. A cada golpe, en vez de abatirse, se consolidaba. Triunfó en lo permanente, como siempre, y triunfó "por su debilidad engendradora de su fuerza, de su omnipotente fuerza de inercia; por su aspecto venerable de madre insultada; por su paciencia inmóvil que desgasta y fatiga las tempestades".

Después de estos trances soportados con toda buena fe e ingenuidad, cesamos las abnegaciones y los apostolados de círculo, y nos echa-

mos a vivir haciendo magra filosofía, pero por nuestra propia cuenta, convencidos de que el hacerla en pandilla, por más selecta que ésta fuera, cohartaba nuestra libertad. Como regla práctica adoptamos la de declararnos independientes, abandonando esa porfiada costumbre de arraigar en el propio espíritu la opinión y el pensamiento de los demás. Y así proseguimos el camino haciendo reflexiones más o menos simplistas sobre los hechos observados, y concentrando las ideas madres de que pretendíamos deducir leyes generales.

¿Qué nos quedaba de todo eso? En el fondo creíamos en una armonía universal, puesto que las cosas de la naturaleza están ordenadas más allá de todo lo que puede concebirse. La observación de la regularidad enérgica, pausada y continua de los fenómenos, tranquilizaba las naturales inquietudes, y nos aproximaba espiritualmente a la doctrina de la resignación, como si hubiéramos escuchado el sermón de Benares. Por otra parte considerábamos los aspectos físicos de esos fenómenos, como manifestaciones variadas de la energía dinámica esparcida en el Universo. Tiempo, espacio, materia, fuerza, realidades relativas, símbolos de

una realidad absoluta, todas esas nociones fundamentales de la ciencia experimental, establecidas sobre apariencias sensibles, escapan al análisis y a la precisa definición, puesto que no son sino formas particulares del infinito; y por otra parte, definir es bien fácil cuando no se trata de señalar la naturaleza íntima de las cosas. Generalmente lo que se define son los nombres, los vocablos, los aspectos exteriores, el envoltorio visible, pero no el sentido preciso, ni la esencia de la cosa definida.

La religión, fuera de la ciencia, considera esas nociones con mucha prudencia y discernimiento, pues no las analiza a fondo, y las deja flotando en su misterio, en su impenetrable misterio, del que hace un dogma o artículo de fe. Tratar de comprender las armonías y la razón universales por nuestros medios comunes y limitados, es tarea vana. Cuando Goethe nos presenta a Fausto desviando su rostro pálido de los libros donde ha buscado los secretos del sér, y pidiendo al amor una intuición más viva, más ardiente del infinito, expresa poéticamente una eterna verdad; porque el amor, así como la fe, puede darnos una visión de lo divino.

XXXVII. - El doctor Gutiérrez pasó sus últimos años en el retiro del claustro universitario, "Es un hombre que vive en un mundo encantado, decía Miguel Cané, porque despreciando la ola furiosa del positivismo que ha pasado a sus pies, se ha encerrado en su modesto Túsculo, y, como el filósofo latino, ha empleado las horas de su vida en adornarlas de emociones puras".

El doctor Gutiérrez abandonó la política militante en la que había figurado con brillo, pues fué Ministro durante la Confederación y ejerció otros altos cargos y también la tutela política de ciertos personajes; y comprobando que el sufragio universal permite el triunfo de los mediocres; que la mayoría comicial de la plebe ex-

cluye a los mejores; y que las muchedumbres analfabetas, cuando conquistan el poder sólo engendran dictaduras y despotismos, volvió desengañado y triste a las ideologías de los primeros tiempos. Quiso entonces relacionar y aplicar la idea liberal, y la filosofía, a la política práctica. Reconoció que en este orden de pensamientos, la filosofía, entre nosotros, se había limitado a desenvolver principios generales y abstractos, en vez de estudiar las condiciones morales que deben hacer a los hombres capaces de ser ciudadanos, en armonía con principios de cultura de que carecíamos.

Declarar y proclamar en términos pomposos y retumbantes, la libertad física y de conciencia, la abolición de los privilegios, la libertad de cultos, los derechos del hombre, y demás frases que, a título decorativo y ornamental figuran en la portada de las constituciones o estatutos de los países que se creen libres, es cosa fácil para los ideólogos. Forman un capítulo bien conocido de sus meditaciones profesionales. Pero con eso no se hace sino determinar la fórmula exacta de un juego de palabras, repetido por la filosofía política de todos los tiempos, y que hoy ha que-

dado reducido a tesis o tema de elocuencia electoral para uso de estudiantes de derecho o para el de candidatos, astutos y sin ideas personales. Lo útil y necesario es que esos principios ofrezcan en la práctica las garantías eficientes para la vida y dignidad del hombre, del pueblo, de la nación.

¿Cómo debemos nosotros, personas sensibles, egoístas y apasionadas, gobernarnos a nosotros mismos? Eso era precisamente lo que correspondía resolver, y para ello el doctor Gutiérrez exigía una educación adecuada que nos transportara a los hechos y realizara dentro de la vida social los principios filosóficos positivos y experimentales. Porque la filosofía es la base de las ciencias. No recibe leyes, pero las da. Es por su espíritu que todo vive, y es por su luz que todo se explica. Aplicada a la política, aun a los menesteres cotidianos de la lucha, contribuye a crear una costumbre, un derecho apropiado y asequible. No se trata, pues, de una utopía, ni de convertir en filósofos a los ciudadanos. Basta tener en cuenta y estudiar las modalidades y los acontecimientos de la vida pública, recordar el pasado y recoger su enseñanza. "Filosofía política práctica: he ahí la

gran palabra", decía el maestro. Educar lenta y pacientemente para destruir en nuestra casa el axioma de Siéyes referente al pueblo: "le peuple qui est tout, et que cependant on ne compte pour rien". (1)'

(1) Y efectivamente en todas las elecciones, y especialmente en las últimas, el pueblo argentino no ha sido tenido en cuenta para nada. "Sólo han concurrido en los últimos comicios, ciudadanos que no alcanzan al 8.80 % del *pueblo*, ni llegan al 49 % de la totalidad de inscriptos. De entre éstos, la representación corresponde a menos del 38 % y las mayorías al 23 % de los posibles votantes. En relación al *pueblo* de la nación, los representantes lo son del 6.87 % de la población. El partido más votado, lo ha sido por el 3.25 % de la población del país; la primera minoría es inferior al 1 y ½ %, y la segunda inferior al 1.20 %. Esta es la expresión numérica actual (1927) del problema del régimen representativo en nuestro país. Estos números y relaciones numéricas demuestran que no se ejerce el gobierno representativo de la mayoría, sino que está en manos de minorías ínfimas, pero organizadas, y que los intereses políticos, económicos y sociales, no están representados en el gobierno sino en forma indirecta, individual y ocasional". Estudio sobre el problema político actual de nuestro régimen representativo, por el doctor Mario A. Rivarola, publicado en la Revista Argentina de Ciencias Políticas, dirigida por el mismo. — Octubre 12 de 1927, Tomo XXXV.

XXXVIII. - Miguel Cané fué considerado en su tiempo y en su medio, como un escritor excepcional, y mantuvo su cetro durante toda su vida. Hoy no existe ninguno que tenga entre nosotros la influencia, el dominio inmediato, el señorío espiritual que él tuvo; y fué ese el *pontificado* a que se refiere Ricardo Rojas, nuestro eminente crítico nacional (1)'

"La influencia de Cané, dice, ha sido enorme en su ambiente porteño mientras vivió, y si después de su muerte, sus libros pueden parecer inferiores a su pontificado de otra época, nadie les negará nativa gracia del ingenio y adquirida elegancia del estilo, pues sus mejo-

(1) Ricardo Rojas. "Obras" *La literatura argentina.* Tomo XV, página 711.

res páginas revelan hasta dónde se había refinado, bajo las sugestiones cosmopolitas, aquel viejo espíritu porteño que solía mostrarse solemne o apasionado en los prosistas anteriores" (1).

Roberto Payró, crítico parco en el elogio, ha dedicado a Cané uno de sus mejores ensayos, que apareció en "La Nación", y después fué reproducido como *Introducción* en el tomo dedicado por "La Cultura Argentina" a los discursos y conferencias del maestro. Payró hace un

(1) Conviene recordar que desde la época colonial, y hasta nuestros días, no ha existido jamás ningún otro ambiente literario digno de ser señalado en nuestra república, que el porteño. Todos los hombres del Interior que se han sentido con calidades, han venido a incorporarse a nuestra vida porteña, a calentarse en nuestro hogar intelectual, donde se les ha recibido con los brazos abiertos, y donde muchos de ellos han penetrado con pie firme, conquistando terreno y sintiéndose dueños de casa desde el primer momento. Así llegaron y se establecieron Sarmiento, Rawson, Del Carril, Frías, Gorostiaga, Vélez Sársfield, Avellaneda, de la Plaza... ¿para qué nombrarlos a todos? ¿cuál es el provinciano de talento que no ha buscado su consagración porteña? ¿qué significaría su voz y su palabra, perdidas en la inmensa soledad mediterránea? Sólo recuerdo a tres: don Domingo de Oro, don José Posse y don Benjamín Villafañe, cuyos nombres, como pensadores, lograron traspasar los límites locales, sin venir a establecerse y actuar en esta Buenos Aires, que, en realidad y de hecho, más que capital política de la nación, es la amorosa madre común, honrada y respetada por todo corazón argentino.

análisis de su vida y de su obra, y su frase rebosa de esa elocuencia nativa y conmovedora que le conocemos. Hablando de los trabajos como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, dice: "Allí, sin tener en cuenta las cátedras que ha dictado con singular lucimiento, allí fué donde exteriorizó más sus cualidades de educador. Pero debe decirse, para honor de su memoria, que, sin mostrarlo, fué educador toda su vida, en su persona, en sus gustos, en sus producciones, en su respeto por todo lo grande, en su admiración por todo lo bello. Como su autoridad de escritor y de crítico era indiscutida, guiaba la opinión, naturalmente, sin esfuerzo, en materia literaria, como si él mismo ignorase su influencia, ¡y cuán noblemente! Su nombre tiene, contra el olvido, la égida invulnerable de sus obras. Pero, ¿quién llenará el vacío que nos deja su ausencia? ¿dónde está, para sucederle en ese sitio único que ocupaba, ese espíritu sutil y elegante, afectivo y espiritual, de erudición y de gracia al propio tiempo, de fuerza y de belleza, bastante amplio para comprenderlo todo, bastante generoso para, conociendo su autoridad intelectual, no usarla sino en aplausos y galardones, siendo cáustico y epi-

gramático como nadie, guardar el aguijón como la abeja, desdeñar el arma por la miel?"

"Miguel Cané, dice Horacio Ramos Mejía, señaló una tendencia que resulta grata para las almas afines: el afán de la cultura intelectual, superior, artística. La fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, fué una de sus aspiraciones, y fué creada, en mucha parte, por los trabajos que él hiciera en su favor. En un momento de la vida intelectual argentina, en que su prestigio de hombre de letras le permitió ejercer un cierto tutelaje paternal sobre los nuevos, supo ser un protector decidido e inteligente. Y saber alentar es como ser bueno: no se aprende, se nace".

En la introducción del libro de Cané titulado *Notas e impresiones,* publicado por "La Cultura Argentina", dice Ernesto Quesada: "Su talento natural, vivo y penetrante, se ha desarrollado durante una existencia llena de luces, pasada en viajes constantes y en el roce de la alta sociedad de los países más diversos; de ahí esa elegancia suprema, esa gracia exquisita que caracteriza el estilo de Cané. Su cultura, se ha dicho, es más de viajes que de biblioteca, lo que, lejos de ser un tilde, se me antoja una alaban-

za. Recuérdese lo que Taine ha dicho en tono de censura: hoy estudiamos, en lugar de objetos, imágenes; en lugar del terreno, el mapa; en lugar del hombre vivo, las estadísticas, los códigos, etc. A ese trato directo con los hombres y las cosas debe quizá no pocas de las muchas simpatías de que goza".

Nicolás Coronado, escritor talentoso, sagaz cultivador de plantas espinosas y de críticas negativas, hace plena justicia a la acción fecunda de Cané, y recuerda muy atinadamente que él despreciaba a los rutinarios, para quienes tenía siempre la aljaba pronta. "Arrojaba la flecha certera y picante contra la ignorancia encumbrada, contra los *parvenus* y los exitistas, contra los que no saben apreciar la belleza, y se ríen un poco de sus encantos. Más que un resultado de su carácter fácil a la ironía, eran esos términos un producto de su selección interior. Como todo aristócrata de las letras, no podía ocultar el profundo desprecio que le inspiraban los improvisadores y los petulantes. Tenía una vasta cultura literaria, pero formada nerviosamente sobre un fondo romántico y extraordinariamente sensible a las manifestaciones del arte. Su diletantismo se explica por su

curiosidad mental, por su deseo incontenido de gustar las emociones hondas y armoniosas de la belleza" (1).

"Lo esencial en él, dice el doctor Norberto Piñero, fué el sentimiento de la belleza y el amor al arte. Era ateniense, por sus gustos y por la fineza y la gracia de su espíritu". (2)

La Señora Guillen de Rezzano, en un meditado ensayo crítico, opina que la producción literaria de Cané es la de un espíritu equilibrado que tiende a una finalidad altruista. "La forma verbal es llana y carece de las divagaciones lexicográficas y obscuridades arcaicas, que han hecho de la moderna literatura un remedo insubstancial del preciosismo decadente del siglo XVII. Su lógica, fundada en la evidencia empírica, revela un espíritu sin pretensiones, ni excentricidades".

Martín García Merou, que fué secretario de Cané, cuenta en su crítica sobre el mismo, de qué manera pasaban las horas en Caracas. "Vi-

(1) Nicolás Coronado. "La personalidad literaria de Miguel Cané", introducción a las "Charlas literarias", edición de "La Cultura argentina", pág. 12 y siguientes.

(2) Discurso pronunciado en la Facultad de Filosofía y Letras por el doctor Norberto Piñero, en homenaje a la memoria de Cané.

víamos juntos, entregados al trabajo intelectual, en un casita pintoresca, con un jardín bellísimo, lleno de plantas y árboles tropicales. Cané era uno de los lectores más formidables e incansables que he conocido. Permanecía horas y horas, desde la mañana hasta la noche, con el libro en la mano, devorando volúmenes de crítica, de historia, de derecho político, de filosofía, de literatura. Entre mi provisión de libros llevaba yo una escogida colección en la cual figuraban, Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Schiller, Goethe, Heine, además de obras científicas que formaban la parte pesada del bagaje. Todas ellas fueron leídas y releídas por Cané, y algunos de esos libros, que han andado conmigo varios miles de leguas, conservan aun en sus páginas sus anotaciones de entonces. . . " y más adelante agrega: "Hay otra faz de su intelecto que él nos oculta por una especie de coquetería incrédula: la faz seria, pensada, un poco ingrata, si se quiere, pero necesaria para penetrar en todo un orden de especulaciones morales y políticas, en el amplio sentido de la palabra, que son las que hoy preocupan al mundo moderno. En la primera edad se comprende que un escritor refinado y lleno de do-

tes amables, se entregue a una especie de epicureísmo que le evite abordar cuestiones abstractas y de naturaleza árida; pero más tarde es necesario olvidar las fantasías y divagaciones, rebosantes del talento e inspiración que concluyen por debilitar el pensamiento y merecer el reproche de frivolidad. Este reproche es el que, con pena, he oído dirigir a Cané por los que no conocen como yo al hombre íntimo, que está muy lejos de ser un sonriente, un complacido; y que, por el contrario, penetra a fondo en la sociedad y en la vida, medita con madurez e independencia, se engolfa en los estudios más áridos y los domina con admirable constancia, y cuando olvida la faz amable del hombre de mundo, se muestra tal cual es en realidad, grave sin afectación, envuelto en una nube de tristeza, desengañado desde temprano y tal vez con pocas ilusiones en el porvenir".

El señor Julio Noé, en una conferencia sobre Miguel Cané, leída en el Jockey Club de Buenos Aires, el 16 de Agosto de 1926, dice, entre otras consideraciones expuestas en hermosísima forma, lo siguiente: "A principios de nuestro siglo no había en nuestro país mentor más escuchado, ni guía de más ascendiente e in-

fluencia, que ese escritor apenas cincuentenario. Con un artículo consagraba una reputación o hacía fracasar una obra nueva. Se le admiraba y se le temía. Acudían al encanto de su tertulia en esta casa, que fué como su segundo hogar, sus contemporáneos y los jóvenes. Su cultura enorme; la gracia de su plática; la perspicacia de su juicio; la experiencia de hombres y de cosas, que había recogido en países y ambientes diversos; sus opiniones sobre política nacional y extranjera, sobre arte, sobre literatura, ofrecían, hace un cuarto de siglo, un atractivo excepcional. Acentuábase por entonces en el espíritu de Cané cierta tendencia a la tolerancia, que había conseguido conquistar con esfuerzo, según sus palabras, "sobre algunas violencias de temperamento".

XXXIX. - Sus discursos y conferencias pronunciadas durante los últimos años de su vida, son obras maestras llenas de buen sentido, de nobleza moral y de profundo conocimiento de nuestras necesidades. La filosofía que de ellos se desprende no es la del pedagogo penetrado de una idea fija, sino la del maestro preparador de métodos y creador de conceptos generales.

No quería que se concibiera la existencia de la Facultad de Filosofía y Letras, a cuya fundación había contribuído poderosamente, como un instrumento para fabricar diplomas. "Los estudios que deben hacerse en ella serán de carácter científico y general; científicos por su método y tendencias; generales por su altura y objetivo. El estudio de la filosofía no debe

servir únicamente para dar ideas al estudiante, sino también para preparar su inteligencia, a fin de poder adquirirlas propias, y por sí mismo".

Hablando de los nuevos métodos en la enseñanza de la historia, desarrollados considerablemente en nuestros días, dice: "Nadie, en ninguna Facultad del mundo estudia para historiador, pero en la mayor parte de las modernas, existen cátedras donde se estudia una modestísima ciencia nueva, muy discutida al principio, un poco aun en el día, pero cuya necesidad empieza ya a imponerse. Me refiero a la *metodología histórica,* que unida a la *eurística,* como se ha llamado al estudio y análisis de los documentos, empiezan a ser consideradas como los fundamentos indispensables de los estudios históricos". Y esas palabras que expresaban entonces una aspiración, y señalaban nuevos rumbos a los estudiosos de esos temas, fueron proféticas, porque algunos años después, en la misma Facultad se creó el Instituto de investigaciones históricas, que ha dado resultados realmente positivos, renovando el viejo criterio clásico, depurándolo, por medio del documento histó-

rico debidamente analizado, de apreciaciones y aun de errores, que ya figuraban en nuestra historia nacional con carácter dogmático.

Refiriéndose al porvenir de las Facultades de Filosofía, dice que es en ellas donde se hará la síntesis de los descubrimientos que las ciencias biológicas están efectuando. "La vieja filosofía escolástica que durante tantos siglos, sirvió sólo como etiqueta a muchos extravíos inexplicables del espíritu, y que no significó sino el arte de jugar con vocablos, no más vacíos que los conceptos que pretendían representar, la filosofía por un fenómeno de regresión muy general en la evolución del espíritu humano, vuelve lentamente a cubrirse con la magnificencia de su ropaje primitivo. Lo que hoy se acepta ya por filosofía, en las altas regiones intelectuales de la tierra, esto es, el conjunto de conocimientos, la resultante general de la infinita investigación parcial en el terreno de la observación científica, es precisamente lo que estudiaron aquellos griegos de estupendo intelecto, cuya concepción de la naturaleza de las cosas, irradia de pronto, bajo la comprobación de la ciencia moderna, como un astro que una nube

tenaz nos hubiera ocultado por millares de años. ¿Dónde sino en los centros dotados de órganos de observación múltiples y tranquilos, porque la especialización no los perturba y apasiona, se podrá estudiar con reposo, entre ese vaivén de derrumbamientos de viejas ideas y principios y el surgir de nuevos y fecundos conceptos, la nueva faz que va a ofrecernos el universo, y en él nuestro microcosmos terráqueo?"

Esos órganos múltiples y tranquilos son aquellos a que se refiere Herrero Ducloux en su visión ideal de la Universidad, concebida como un amable refugio, "colmena de trabajo silencioso y anónimo, núcleo de hombres estudiosos inaccesibles a las pasiones de la plaza pública y a los apetitos de la bestia humana, vivero de espíritus dedicados a la investigación desinteresada, y aun al ensueño, refugio de los que huyen de los negocios y de las riquezas, observatorio abierto sobre los grandes problemas sociales, centro de luz en medio de las multitudes, que destruye errores y prejuicios, y siembra ideales, en una palabra, instituto de selección en el alto sentido del vocablo, para que triunfen los mejores, y no escalera para

que trepen los mancos, los cojos, los lisiados, a fuerza de audacia o de paciencia" (1).

Hablando de los estudios clásicos, decía Cané: "Entiendo por estudios clásicos la especial manera de cultivar el espíritu de los hombres durante la infancia y la adolescencia, puesta en práctica en el mundo occidental, a partir del Renacimiento, sistema que, combinando la luz griega y el poder organizador de los romanos, con la fuerza moral del cristianismo, ha dado por resultado la civilización actual, que, buena o mala, es lo mejor que hasta ahora se ha conocido sobre la tierra. Es a la eficacia de ese sistema que se debe la modificación que, desde el siglo XVI, se ha producido en el alma humana, de los conceptos de la justicia, de la equidad, del honor y del bien. Y me atrevo a deciros, con toda tranquilidad, que la diferencia que podréis fácilmente establecer entre la condición social, la indumentaria, la alimentación, el reposo, la seguridad, hasta los placeres de un siervo del siglo XIV, y un

(1) Herrero Ducloux. "Estudio sobre el doctor Miguel Puiggari".

obrero moderno, se debe únicamente a los estudios clásicos".

Juzgaba indispensable la enseñanza del latín y del griego, especialmente del primero. La utilidad de dicha enseñanza es superior a lo que se cree generalmente. No se trata tan sólo de aprender una lengua, como lo observa Taine, sino un método de análisis y de razonamiento. "Gracias a las declinaciones y conjugaciones, a la construcción sobria y diferente de la nuestra, cada frase conviértese en un problema que el discípulo debe resolver, análogo a los problemas de geometría y de aritmética; con la diferencia de que la materia del problema es moral y no física. Como el latín es una lengua madre, y madre de la nuestra, y como además, es una lengua primitiva hecha por gentes menos complicadas que nosotros, conviene perfectamente a nuestros jóvenes. Por esta razón debe formar parte de toda educación completa. Raramente se sigue con comodidad el sentido exacto de las palabras abstractas, de los términos de moral, de política, de crítica, de legislación, si no se han pasado algunos años y desde la infancia, en el estudio del latín".

Los últimos tiempos de su vida, un tanto agitada, le condujeron a un ambiente y a una visión de calma y de tranquilidad, buscando ese rincón de las regiones intelectuales, donde no es necesario hacer ruido para ser oído. En su fuero interno prefería entonces a aquellos que cultivan el arte en silencio, con sentimiento íntimo y casi religioso, fuera de las vanidades literarias, apartados, y a veces ignorados de las muchedumbres, y sentía por ellos afecto y consideración. Imagino en su mirada y expresión la triste sonrisa de Rodenbach, la soberana bondad de Mallarmé a que se refiere Camilo Mauclair. "Hay en ellas lecciones mudas que no permiten la duda. No he olvidado la mirada de esos dos amigos; y la única recompensa que busco, es la de tener a mi vez, al declinar de la vida, esta expresión en los ojos, la expresión del arte en silencio, de la conciencia en oración, libre de la vanidad y del egoísmo, que son los defectos del escritor, tal como la sociedad lo ha deformado, y que le impiden mirar con serenidad comprensiva, la belleza, la pasión, la naturaleza y la muerte".

XL. - Una de las cuestiones que más interesaba a Cané, era la de la cultura estética, que, a su entender, debía comenzar desde la escuela primaria. No se trataba en realidad de esa filosofía elevada del sentimiento que sólo cabe en los cursos superiores, la cual está fuera del alcance del espíritu elemental y rudimentario de los niños, sino de dar a éstos, desde el primer momento, la orientación verdadera para que puedan apreciar la belleza de las formas en el paisaje, en la naturaleza, en la obra de arte, en los movimientos naturales del alma, y en sus diversas aplicaciones dentro de la vida moral.

Muchos consideran que el arte es una simple distracción. La mayoría de las gentes no es-

tima la vida sino como un campo de acción para las satisfacciones materiales. Pero en realidad, al lado de esa concepción ordinaria, hay la intuición de la belleza artística que nos revela otra existencia superior. Los prejuicios sociales, el convencionalismo y otros engaños dificultan la existencia. El arte la despoja en gran parte de esas trabas y la restituye a la realidad nativa. Es como el descubrimiento de nosotros mismos al contacto con las armonías del universo.

La necesidad de la emoción estética existe en todos los seres normalmente constituídos, y se manifiesta desde la niñez de una manera evidente. El placer que siente el niño al oír en el hogar el canto maternal, o al examinar las imágenes y figuras de los libros y periódicos ilustrados, revela la necesidad instintiva de esas sensaciones. Los ruidos discordantes no le halagan, las cosas informes no detienen su atención, mientras que las frases melódicas, las figuras plásticas de escenas de la vida, los movimientos rítmicos de la danza le atraen y le procuran placer. Esa emoción se desenvuelve, se corrige y perfecciona por medio de una educación apropiada. El maestro, en cada

oportunidad debe hacer resaltar la belleza de las cosas, sin establecer cátedra de la materia, y deduciéndola de los hechos naturales que ocurren a cada instante, de la descripción, de los ejemplos e incidentes que surgen de la escuela. Ella debe, pues, desenvolverse a propósito de todo, es decir, debe impregnarse en todas las materias de la enseñanza, sin constituir una materia especial. Tratando el maestro, por ejemplo, de los elementos de ciencias naturales, después de enumerar los caracteres científicos de los seres estudiados, puede llamar la atención de los niños sobre los detalles estéticos de esos seres. Y conviene aplicar esto mismo procurando desarrollar el sentimiento del orden, de la armonía, de las proporciones, de la limpieza y ornamentación, teniendo en las clases objetos y cosas bellas, como flores, estampas, plantas, copias de esculturas y de cuadros clásicos. El institutor ha de aprovechar además los paseos y visitas a los museos, para entrar más adelante en otro orden superior de educación del gusto.

Las artes y muchas cosas que hemos dado en considerar como supérfluas, son necesarias, y conviene darles un puesto de preferencia en

la educación integral, ya se trate del arte puro o del arte en sus aplicaciones al trabajo industrial. El hombre moderno no debe ser únicamente un atleta ignorante, que no vive sino para triunfar en luchas estériles, ni tampoco un erudito o un sabio de gabinete, de cuerpo débil y enfermizo, divorciado eterno de la belleza. Conviene que la educación imponga a cada individuo un aumento progresivo de valor físico e intelectual, moral y estético, conjuntamente, para realizar la antigua fórmula de los griegos: fuerza, sabiduría, belleza. Así, pues, el arte y la ciencia han de contribuir al desenvolvimiento de la planta humana, penetrando desde la escuela primaria, para que en la edad plena se comprenda la lógica luminosa y civilizadora del arte que convence por el sentimiento.

XLI. - Durante la edad de oro, en la plenitud de la vida, poco pensamos en la ancianidad y en la muerte, pues estamos generalmente penetrados de la ilusión de que viviremos siempre en la cumbre. La mosca efímera que nace por la mañana y muere antes de ponerse el sol, cree que el día es eterno. La edad, como lo observa La Rochefoucauld, no nos da necesariamente la experiencia, ni aun siquiera reglas fijas; sólo el trato y roce con las cosas la conceden; y por eso encontramos con frecuencia a muchos de esos viejos contemporáneos, que no han tenido ocasión de satisfacer sus pasiones juveniles durante la mocedad, y que se entregan a ellas, sin freno, en la vejez, con todos los síntomas de la edad tempra-

na, excepto la aptitud. Lo que corresponde es el uso de una sabia higiene moral y física, y la prudencia necesaria para no decaer, y para no dar lugar a que se repita que los viejos abundamos en consejos, para consolarnos de no poder ya dar malos ejemplos. Guardando ciertas ilusiones consérvase fresco el corazón, a pesar de continuar alojado *entre ruínas*. Hay que saber emplear los años, *sentirlos pasar*, usar el tiempo con provecho, porque una vejez francamente aceptada es como una segunda juventud con experiencia.

Después, cuando ya la decrepitud física, más amarga que la muerte, se apodera del anciano y lo penetra angustiosamente de la necesidad del trance fatal, no hay más remedio que aceptar lo incomprensible como incomprensible; pero siempre con un fondo de esperanza indefinida, de confianza en que las dolorosas tinieblas se aclararán. Y de ahí la conformidad forzosa que nos hace soportable lo absurdo que nos envuelve. El miedo de la muerte ya no proviene entonces del horror de las transformaciones materiales sino de la posibilidad de que ese resplandor, de que ese algo que, a pesar de todo concebimos más allá... no exista!

No pasó Cané por esos trances. No llegó a la vejez, y supo guarecerse a tiempo en la ponderación de su vida moral. La muerte vino en plena cosecha y sazón de frutos, cuando comenzaba la grande actividad sintética de su existencia; y al sentirla llegar, pudo también, con los ojos grandes abiertos ante la belleza de la obra interrumpida, repetir las palabras de Marco Aurelio: "¡Hombre! he vivido como ciudadano de la gran ciudad; pocos, muchos años, ¿qué importa? Lo esencial es vivir según la ley, según la naturaleza que me trajo; voy con el alma serena, así como ella queda serena al despedirme".

Es esa la sublime resignación, mediante la cual la conciencia adquiere su solemne y augusta majestad, como un bien supremo interior, como un fragmento del gran Todo universal dentro del cual nos transformamos.

XLII. - He dicho y lo repito que, a mi entender el sentimiento predominante en el espíritu de Cané, era el de la belleza: de esa que fué el secreto del helenismo. A ella sujetó los actos de su vida que le hicieron feliz o desgraciado. Había nacido bajo la influencia de ese signo, que le retuvo para siempre, irremediablemente, como reflejo concentrado de pasiones ancestrales, o de un determinismo cuyo origen nos es desconocido.

Platón, en uno de los mitos que imagina, nos habla de las almas humanas, transportadas en carros llevados por caballos alados, que recorren el firmamento. Algunos consiguen aproximarse durante pocos instantes al sitio de donde se percibe la región de las ideas; lan-

zan una mirada ávida, y entonces un pequeño número de rayos aislados penetran profundamente en sus almas. Cuando más tarde se encarnan para sufrir sobre la tierra, todo lo que hay de mejor en el corazón humano las conmueve y las atrae, como un reflejo de la luz eterna, como una vaga reminiscencia de ese otro mundo en el cual han podido durante un instante fijar sus ojos. Y acaso cuando ciertos hombres que veneramos y preferimos atravesaron la región luminosa de las ideas, como en el mito platónico, un rayo azul y brillante, el de la belleza, penetró en sus almas.

XLIII. - Cané, en sus últimos tiempos se dedicó empeñosamente al estudio de la enseñanza estética, y me pidió informes sobre la materia en las escuelas elementales de Bélgica y de Alemania, que le remití ampliamente y que fueron después publicados (1).

¿Soñaba acaso con Ruskin, una renovación de la visión del mundo, un sentimiento más amplio de lo bello en las futuras generaciones argentinas, alrededor de nosotros, y aun dentro de nosotros para hacer la vida más digna de ser aprovechada, un nuevo extremecimiento, nuevas fuentes extraordinarias de alegría y de felicidad? El mundo no ha seguido a Rus-

(1) "Estudios sociales" (primera serie) por B. J. Montero, Bruselas 1905.

kin en sus ensueños, como no siguió a San Francisco de Asís, ni a Don Quijote. Pero puede decirse de Ruskin lo que él mismo dijo de Turner: "Es a través de esos ojos materialmente cerrados para siempre, que las generaciones que aun no han nacido sabrán ver y apreciar las bellezas de la existencia".

Cuenta un viajero que hace algunos años el vapor de la carrera de Trieste a Venecia, al aproximarse a esta ciudad, fué teatro de una escena singular. Los marineros no sabían dónde se encontraban, ni cuál era la ciudad a que los llevaba su piloto. Por más atentamente que buscaran en el horizonte el sitio en que debía encontrarse Venecia, no veían el *campanile* que sus antepasados, durante siglos, y ellos, durante muchos años, estaban acostumbrados a contemplar antes que todo el resto de la ciudad. Los pasajeros, más admirados aún, se preguntaban qué locura se había apoderado de la tripulación... era que el *campanile* acababa de derrumbarse, y al desaparecer, los venecianos no reconocían Venecia.

Podremos o no hacer un monumento artístico a la memoria de Cané; pero el monumento inmaterial que ya le hemos levantado en

nuestro interior no tendrá jamás el destino del viejo *campanile*. Por más fuertes que sean los temblores de la tierra, aparecerá a nosotros, invariable, evidente, luminoso, a nosotros los navegantes de esas esferas, que vamos en demanda de un faro o de un puerto de ensueño. Nuestros ojos podrán no verlo jamás ¡nuestras almas siempre lo reconocerán!

Y es así como he vuelto a encontrarle en la plática sentimental y contemplativa que he tenido con él, al caer de las hojas, al llorar de los árboles, en esa tarde triste y lluviosa del Delta en que le evocó mi espíritu...

Obras del Autor publicadas en libros y folletos

«Curso de literatura (segundo año) — *programa y apuntes*». Texto universitario por Belisario J. Montero. — Imprenta de Mayo, Plaza Monserrat. — Cárlos Casavalle, editor. — Año 1869.

El mismo — (segunda edición). — 1870.

«Enrique Sanchez» (estudio biográfico). Buenos Aires. — Imprenta «El Porvenir». — 1881.

«Palabras». — Roma. — 1887.

«Defensa del Rio de la Plata». — Buenos Aires. — 1893.

«De mi diario». — Bruselas. — 1898.

«Congreso nacional de agricultura de Bélgica». — Amberes. — 1902.

«Regeneración de los mendigos y vagabundos». — Bruselas. — 1902.

«Trata de blancas y Moralidad pública». — Bruselas — 1903.

«Estudio sobre la lucha contra la tuberculosis». — Bruselas. 1903.

«Colocación y educación de los huérfanos indigentes». — Buenos Aires. — 1923. — Publicación hecha por el Patronato de la Infancia.

«Exposición geográfica internacional». — Amberes. — 1903.

«Expropiación por causa de utilidad pública». — Estudio de legislación comparada. — Bruselas. — 1903.

«La emigración del norte de Europa». Amberes. — 1903.

«Delitos contra la moralidad pública». — Bruselas. — 1904.

«Las asociaciones agrarias en Bélgica». — Bruselas — 1904.

«Legislación y política económica referente a la producción del azúcar». — Conferencia internacional de Bruselas. — 1904.

«La industria lechera en Bélgica» — Amberes. — 1904.

«Buques de guerra extranjeros en aguas territoriales belgas» — Bruselas. — 1904.

«Organización y servicio del cuerpo diplomático». — Bruselas. — 1904.

«La enseñanza estética en las escuelas elementales de Bélgica y de Alemania». — Bruselas. — 1904 (publicación ordenada por «El Monitor de la Educación común» de Buenos Aires).

«Organización de la Beneficencia Pública». — Bruselas. — 1904.
«Estudios sociales». — Bruselas. — 1905 (primera edición).
«Estudios sociales». — Bruselas. — 1906 (segunda y tercera edición).
«Príncipes internationaux pour la répression des délits moraux». — Buenos Aires. — 1905. — Publicación del «Bulletin de droit international privé».
«Estudio sobre la lucha contra el alcoholismo». — Bruselas. — 1905.
«El Congreso de La Haya». — Buenos Aires. — 1906.
«Mutualidad de tuberculosos». — Bruselas. — 1907.
«Mutualidad escolar, maternal e infantil». — Buenos Aires. — 1907.
«Servicio médico de la mutualidad». — Bruselas. — 1907.
«Congreso Internacional de Lechería». — París. — 1907.
«Mutualidad y Previsión». — Libro publicado por disposición del Ministerio de Relaciones Exteriores. — Buenos Aires. — 1907.
«Estudios sociales» (segunda serie). — Barcelona. — 1910.
«Los seguros obreros en Rusia». — San Petersburgo. — 1912.
«Un filósofo colonial». — El doctor Cárlos Joseph Montero. — Libro reproducido de los «Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales». — Buenos Aires. — Coni, editor. — 1915.
«Organización diplomática y consular». — Buenos Aires. — 1917.
«Almas de artistas». — Buenos Aires. — 1921.
«La filosofía de Eduardo Wilde». — Buenos Aires. — 1921.
«Recuerdos de Roma, Holanda y Flándes». — Buenos Aires. — 1922.
«Ensayos sobre filosofía y arte». — Buenos Aires. — 1922.
«Conversaciones sobre filosofía y arte». — Barcelona. — Tipografía *La Académica*. — 1924.
«La enseñanza de la vieja química». — Buenos Aires. — Coni, editor. — 1926.
«Miguel Cané. — Impresiones y recuerdos». — Buenos Aires. — G. Ricordi e C., impresores. — 1928.

Terminada la impresión de este libro
el día 11 de Enero
de 1928,
en los Talleres Gráficos
de
Ricordi e Co.
en
Buenos Aires

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00051169064